



INTERMITENTE

Rafaela

MARIANA FURIASSE

NUBE **DE TINTA**

INTERMITENTE

Rafaela

MARIANA FURIASSE

NUBE **DE TINTA**

Here I am, a rabbit hearted girl.

“Rabbit Heart (Raise it Up)”

Florence + The Machine

Me pesan más las ausencias. Más que los kilos, más que las miradas. Papá. Simón. Están vivos. Creo. De Simón sé; de papá, no. Pero ponele. Ninguno de los dos quiere saber nada de mí. Ante la posibilidad de tenerme en sus vidas, los dos eligen que mejor no. Estuve pensando este último año, desde el día en que dejé de escribir hasta hoy, si las ausencias no me habrán vuelto invisible. Tal vez me dolió tanto que se fueran que en algún momento quise desaparecer. Como si la ausencia me fuera comiendo a mí. Como si sus miradas me dibujaran. Y si no estaban ellos, papá, Simón, yo tampoco.

Pero sus miradas son solo eso. Y puede que la mirada de los demás nos dibuje, sí, pero no es todo. Ni se parece a todo. Me quedé sin palabras para escribir cuando Simón se borró.

A veces imagino que aparece alguien que puede verme. A mí. A través de todo y entre todas. Lo imaginé tanto que ayer delante del espejo me vi. Y me dibujé con la mirada. Con un acto mínimo y masivo recuperé las palabras para escribir. Me volví presente otra vez. Y acá estoy, mi corazón en crudo, latiendo.

Listo. Ya está.

Me lo corté. De una. Salía de bañarme. Limpié el espejo empañado con la toalla con la que me acababa de secar y me vi con el pelo corto. De un lado y del otro estábamos las dos tratando de ser una. Parada desnuda delante del espejo con el pelo largo hasta la cintura no pude contenerme. Agarré la tijera del botiquín, deslicé la mitad del pelo sobre el pecho y corté a la altura del hombro. Me vi la piel pálida, los lunares, el rojizo de mi pelo entre los dedos. Lo dejé en la bacha. Me miré en el espejo, repetí los mismos movimientos del lado izquierdo. Y volví al derecho, corté debajo de la oreja. Me vi los ojos. Encendidos. Del izquierdo, lo mismo. Sentí que me había dibujado.

—Completamente loca —alcanzó a murmurar mamá después de descubrirlo. Se tapó la boca con las manos, sacudía la cabeza. Y agregó—: Vas a tener que ir igual a la peluquería.

Como si hubiera querido evitar el gasto.

—A mí me gusta —me dijo Aitana.

Y eso sonó a desafío. Mamá la fulminó con la mirada. Por un momento escuché en mi cabeza lo que se contenía de decir: “Por lo menos tenías un pelo divino, ahora se te van a notar todavía más los kilos que tenés que bajar”. Su mirada fue glacial. Ahora entiendo de dónde sacamos la mirada de hielo Aitana y yo.

Y cuando pudo, me preguntó:

—¿Era necesario?

—Necesario para mí era —le contesté y esa fue mi mayor osadía, más que cortarme el pelo.

No había nada más que decir. Esto que decidí es mínimo y masivo porque el no hacer parece que lo aprendí y me lo tatué en algún lado. Así que me lo corté y listo. Por eso me dieron ganas de escribir. Y porque mamá me miró así y sé que pensó de todo, porque le pertenezco, claro, y todo mi ser le pertenece y cualquier decisión que tiene que ver con algo mío parece que tengo que conversarla previamente con ella, como si alguna vez estuviera en casa para que eso fuera posible, como si habláramos. Bueno, sí, hablamos lo básico, lo necesario para la supervivencia cotidiana, nada profundo, nada que importe. Nada real.

Y mi osadía fue cortarme el pelo y no pedirle permiso. Como si hubiera pensado en ella en ese

momento. Sí, pensé. Pensé que no me importaba nada lo que dijera o lo que dijeran los demás. Que me importa, sí, pero en ese momento no me importaba y cortarme el pelo fue como volver ese instante permanente. A n i m a r m e.

Y el segundo después caer, y pensar: “¿Y ahora qué?, ¿me queda bien?”. Voy a tener que ir a la peluquería, porque sí, es corto pero no un corte. Y pensar, recién ahí, todo lo que podía llegar a decirme mamá cuando me viera. Hasta me costó bajar, me quedé atrincherada, pelo corto, en el cuarto.

Igual creo que lo que más la sorprendió fue que yo le contesté. Yo no contesto. Todavía debe estar queriendo descifrar qué le pasa a su hija que se corta el pelo sin pedir permiso y le contesta, todo en un solo día. Que no me haya podido ver venir es lo que más la debe enloquecer. Mi pequeña, naciente independencia. ↩

Esta, la que se corta el pelo de repente y contesta, también soy yo. Esta se parece más a mí que cualquier otra.

Bienvenida, Rafaela Rivera. ⚡

Me gustaría volver a leer todo lo que escribí el año pasado. Quiero empezar y no puedo, como si leerlo hiciera que algunas cosas volvieran a suceder delante de mis ojos, como si eso fuera posible. Algunas las haría distintas. Me río sola pensando que algunas ni las haría y haría otras que sí me darían vergüenza después.

Y fue en el verano. En algún momento del verano. Una noche sentada en la tarima por vez quinientos ochenta y siete cuando todo me empezó a importar poco. Menos que poco. Lo vi a Simón bailando con la chica número trece desde que habíamos dejado de ser amigos-casi-novios, o lo que sea que hayamos sido mientras duró, que fue nada, y me di cuenta de que ya no dolía. Lo vi, como lo venía viendo todos los sábados que juntaba valor para ir a bailar. Esperé que verlo me doliera, como el sábado anterior, como la última vez. Esperé, pero no pasó nada. No dolió. Porque un día deja de doler. Viste, Simón, un día deja de doler. Y no te importa nada. Y no es que me hubiera dejado de gustar él. Porque no. Ese día en la tarima me seguía gustando, pero ya no me dolía. Te vas curtiendo. De a poco. Y ahí, mientras no me dolía, pero todavía me gustaba, recuperé mi territorio. Como si antes se lo hubiera entregado a él. Como si un poco siempre se lo hubiera entregado a todo el mundo. A papá, a mamá, a él, a Aitana, a los que no me ven y a los que me ven. Ahí caí. La gente dice: “Me cayó la ficha”. Pero yo soy la ficha que cae. Y después de esa noche fue cuestión de tiempo, días, bueno, un mes, un par de meses, hasta que me di cuenta de que Simón directamente me había dejado de gustar. Nada. Ni un poco. La sensación de ese instante. Como cuando me enteré de que Papá Noel existía solo para mí. Simón, ni existía.



Y sí, tuve que ir a la peluquería a que le dieran forma a mi corte. El peluquero, que me debe ver como mucho dos veces al año, abrió los ojos bien grandes cuando entré y después meneó la cabeza.

—Eso lo tendría que haber hecho yo —me dijo sonriendo.

Claro, cuántas veces entra alguien que se corta el pelo largo por la cintura por debajo de la oreja. Me dejó la nuca desnuda. ⚡ Y más largo arriba con una especie de flequillo para el costado. En el espejo parecía otra.

Y debo parecer porque en el colegio creo que hubo gente que no me reconoció. Pongamos que habitualmente no me deben ni ver, pero de repente me miraban e imaginaba que pensaban “¿quién es?”. Antes, la nada misma. Pasaba como pasa el viento.

La cara de Rosario fue mortal. Sonrió en cámara lenta, la sonrisa le cruzó la cara y se empezó a reír. Estiró un brazo como queriendo tocar el techo y gritó:

—¡Esa es mi amiga!

Yo, incendiada.

Dio unos pasos largos con sus piernas eternas para abrazarme mientras me decía al oído “esta se parece más a vos”. ☆ Feliz coincidencia. Las caras de Wanda y Tania fueron más moderadas, una especie de “oh, qué cagada” y luego inmediatamente, que eso no se note, abrazo y un tímido “está bueno”. En resumen, algo así. Pero ellas son mucho más estructuradas. Y tal vez tampoco es que me queda tan bueno. No va por ahí, para mí tiene más que ver con lo que yo veo y cómo me siento. Y habrá gente que piense, como mamá, que las chicas con kilos de más no deberían tener pelo corto porque así solo se nota más el exceso de cuerpo.

El colegio, un embole. Esa sensación de que se viene ser grande. Es nuestro último año y entonces sí, una especie de ola de tsunami anticipatoria. Entre que hay que elegir carrera o qué hacer de la vida. Como si fuera fácil decidir qué estudiar, lo que elijas seguramente condicione tus próximos cinco años, lo que definitivamente va a condicionar toda tu vida. El separarnos todos. Y tanta anticipación, tanta decisión, me da pánico. Ganas de ovillarme sobre mí y que pase la ola por arriba.

No sé qué voy a estudiar, ni qué quiero ser o hacer. Sé cosas pero nada es tan sólido en mí

como para que sea permanente. Me va y me viene. Música. Chef. Carreras que aún no existen y que se me ocurren. Diseñadora gráfica. Todo va y viene.

Y al salir del curso con la mochila en un hombro giré la cabeza mientras venía hablando con Rosario y lo vi saliendo de su aula. Nuestros reconocimientos a la distancia cuando nos encontramos suelen ser unos movimientos imperceptibles de cabeza. De una sutileza feroz. Creo que solo nosotros los vemos o tal vez me los imagino. Pero esta vez me miró y se quedó parado en medio de la puerta, los ojos intensos, su mirada en mí. Sentí que me ardía la cara. Le sostuve la mirada todo lo que pude pero unos segundos más tarde, mientras pasaba casi al lado de él, la bajé. Esos segundos en cámara lenta, volvimos a ser nosotros. Simón y yo. Hacía un año que no sentía eso. Desde que se me fueron las palabras.

Esos segundos nos habían reconstruido. Pensé que ahí quedaba. Pero a la noche, tratando de terminar la tarea del colegio, me di cuenta de que no. La ventana de mi cuarto. La luna colgada en el cielo. Y en mí, ese instante de película muda que seguía repitiéndose al infinito. Un espacio mínimo. Ínfimo pero real.

Domingo. Día del Padre. Y día de mierda. Como si ya con eso no fuera suficiente. Igual no me puede importar menos. Llevo más días del padre sin papá que con él. Al principio pensaba que en ese día había más posibilidades de que se acordara de que es padre. Algo así como: ¿no te estaría faltando algo? Unas hijas. Dos, exactamente. Como que ese día me parecía más probable que el resto de los días. Ya no. Pensaba regalos en una época. Ya no. Es un día casi como cualquier otro.

Igual ese no fue el problema. Mil veces me dije que no tengo que ir más al club. ¿Para qué voy? Mamá juega al tenis, Aitana al hockey, el abuelo al golf. Pero yo, bueno, voy y me quedo con la abuela. Y están las trescientos cincuenta y ocho amigas de ella. O sea que me quedo ahí haciendo esas minisonrisas y teniendo que prestar una atención que no tengo un domingo y menos a la mañana. Igual la mayoría de los temas que escucho no me interesarían ningún día. Siempre me digo que no voy más. Y siempre termino yendo.

No voy más. Lo decidí. Y es irrevocable. No voy nunca más. Porque más allá de todo, la gente que va al club no me cabe ni ahí. No tengo nada que ver con ellos, no tienen nada que ver conmigo. Sí, mi familia va al club. Puede que tampoco tenga mucho que ver con mi familia. Sonrío sola. Pero es una sonrisa amarga. Amarga yo, hoy.

Y la manía de la gente de decir lo que piensa cuando una jamás les preguntó. Esa opinión desatada que te hacen saber cuando claramente no te importa lo que piensan, sino hubieras preguntado. Y esa manía mía de callarme la boca, de quedarme paralizada. Sentir el impacto del golpe, pero no poder moverme.

Una infeliz, que es de las que no puedo ni ver. Caminando hacia mí con su mirada censora. Mi abuela charlando a unos metros con una pareja amiga. Cada tanto me miraba. A mí y a mi libro abierto sobre la mesa, como chequeando que todo estuviera bien y todo estaba bien hasta ahí.

Lo supe. Esos metros antes lo supe. Y tampoco me pude preparar. La infeliz que se acerca y me da un beso, de esos que ni te rozan pero hacen ruido. Y ahí nomás me mira, como si yo fuera irremontable, irreparable, innecesaria.

—Qué pena —me dice—, con ese cabello divino que tenías, pero bueno, si te estilizaras un poco te quedaría mucho mejor, tenés una cara tan linda que es una pena.

Y se fue. Destiló veneno y se fue. Y ahí me quedé yo. Estaqueada. Muda. Incapaz.

¿Por qué mierda no puedo defenderme? Y de ese instante al año pasado cuando rodé por la escalera después de lo que me dijo Gastón y al verano cuando me gritaron “muuuu” en la playa y a los que me dijeron “gorda” el año pasado. Planeé mil venganzas pero no hice nada. Nunca hago nada.

En el momento en que hablaba mi cabeza preparaba respuestas pero nada me salió de la boca. Además, como si ella pesara cincuenta kilos. Mi mirada se encontró con la de la abuela. Los ojos de la abuela, mis ojos; el resto del mundo fuera de foco. Ganas de llorar. Pero ganas de gritar. Y el tema no es la infeliz. El tema soy yo. (Muda.) Toda la violencia hacia adentro. En mí. Comiéndome todo lo que no me quiero comer. Porque si le decía algo posiblemente me hubiera salido como el culo. Porque siento que si un día me defiendo, estallo. Si me animo, no sé lo que puede salir. Pero es mucho más que eso. Es mucho más profundo, más hondo. No pude hablar el resto del almuerzo. Y por suerte la abuela tuvo la delicadeza de no preguntar delante de todos.

No voy más al club. No lo necesito. Jamás voy a ser lo que ellos esperan. Pero hay un mundo afuera, el colegio, la calle, la universidad, la vida rodando, y yo necesito pararme ahí, transitarla. Y no me quiero quedar muda. Porque tal vez es lo que también algunos esperan de mí. Y tampoco quiero ser esa. Mucho corte de pelo, mucho sentirme yo, y al final me quedo muda como siempre, como antes.

Tanta bronca.

Ni siquiera puedo llorar.

Digamos que terminar casi desnucada acostada sobre la alfombra del cuarto de Rosario no es lo que imaginaba para ese domingo a la noche. Los domingos son en casa, rutinarios, comer algo con Aitana si está, peli y a la cama para levantarme temprano el lunes. Una y otra vez, y otra y otra más cada domingo. Pero este no.

En medio de la bronca por lo de la infeliz del club, Rosario me mandó un audio para avisarme que sus papás salían a cenar a lo de unos amigos, si quería ir a dormir a su casa y quedarme con ella. No me gusta mucho ir a dormir a otro lado. Me gusta mi casa, mi cama. Pero no me soportaba ni yo. Y a veces tengo la sensación de que si estoy triste, el cuarto se vuelve triste y me comprime, me ahoga, me expulsa. Y me fui. Me di una ducha, le avisé a mamá, agarré la bici. Esa sí es la única novedad que tengo desde el año pasado. Uso la bici. Y pedaleé hasta la casa de Rosario.

En esas cuadras me di cuenta de que había hecho bien. Anochece. El aire fresco en la cara. Cuando llegué los papás de Rosario estaban por salir. Nos quedamos en la cocina charlando mientras tomábamos mate. Podemos tomar termos enteros sin cansarnos. Me propuso hacer una pizza. Para mí pizza siempre está bien. Me contó de la noche anterior, había salido con Pablo. Siguen de novios. Pablo es lo más. Un montón de salidas voy con ellos, no tienen problema en buscarme, llevarme, en compartir, y eso lo valoro muchísimo, perfectamente podría decir: “Bueh, todo bien con Rafaela pero que se quede en su casa o que se consiga su propio novio”. Y no. Vamos al cine, a jugar al bowling, a bailar. Ellos y yo.

Los padres de Rosario finalmente se fueron y empezamos a preparar la pizza y a ver qué le poníamos arriba, bien cargadita, de todo un poco. Y ahí fue que Rosario me preguntó si quería una cerveza. Y no es que no tomemos de vez en cuando. Tomamos. Pero ese instante se sintió distinto. Le dije que sí. Sacó un par de la heladera, chicas, bien frías. Las abrió y tomamos del pico sentadas mientras esperábamos para sacar la pizza del horno.

Se sintió distinto a siempre. Como si fuéramos más grandes. Porque lo somos, obvio, pero tampoco es que somos tan grandes. Ahí caminando en ese borde entre el secundario y el salto a la universidad. Todo el año se fue sintiendo así desde el acto del primer día. Tanto te repiten que es el último año, que elegir la carrera, que separarte de los compañeros, que estoy segura de que

fue eso lo que me hizo salir corriendo, mientras hablaba la directora, por detrás de todos los cursos y vomitar en la puerta del salón de actos. Divino. Sentí que me hundía hasta el centro de la Tierra. No podía estar pasando delante de todo el colegio. Ok, no me habían visto porque mi organismo tuvo la delicadeza de aguantar a que cruzara la puerta, pero la mitad de mi cuerpo arqueándose lo habían visto todos. Estoy segura de que fue eso y no todo lo que comí la noche anterior de lo tensa que estaba. No quería empezar quinto, no quiero terminar quinto. No quiero.

En ese momento Rosario fue la primera que reaccionó y salió corriendo a ayudarme. Me acompañó a casa cuando nos largaron y seguí vomitando cada dos o tres cuerdas, en un cantero, en el medio de la calle. La vergüenza que tenía, pero cualquier cosa antes que llamar a mamá. Lloraba de la bronca y vomitando en un cantero le pedí a Rosario que me alcanzara una servilleta, un pañuelito, algo para limpiarme. Ella salió corriendo y la vi volver con un papel de regalo como barrilete en su mano. Se me caían las lágrimas y me empecé a reír. No me podía traer un papel de regalo para limpiarme. No daba pero era lo único que había conseguido. No podíamos dejar de reírnos. Y reírnos es de las mejores cosas que nos pasan.

Cuando estuvo lista la pizza, Rosario me preguntó si quería una copa de un vino que ya estaba abierto. Y sí. Una copa. Dos. No tomamos vino habitualmente y puede que tampoco fuera eso. Nos empezamos a reír. Lavamos los platos y subimos con la botella a su cuarto. ★ Pusimos música fuerte en la compu y bailamos descalzas. Rosario tiene la mejor alfombra del mundo, una con unos pelos largos y suaves. Y puede que fuera eso además del vino y la cerveza, eso y la música. Y sentir que somos grandes y que no somos más que las que éramos en el acto de jardín cuando nos hicimos amigas.

Nos acostamos en la alfombra mirando el techo. Rosario tiene una bola de espejitos, chiquita, en un costado, que hacía luces intermitentes sobre nosotras. Nos quedamos charlando y riéndonos de las cosas más absurdas, le conté lo de la infeliz. Me miró con sus ojos intensos y me dijo:

—¿Qué vamos a hacer con eso?

Y a mí me dio risa. Como si fuéramos a matarla. Y no podía dejar de reírme de su cara que parecía un Garfield con sueño y de repente abría los ojos sacada y me preguntaba “¿qué vamos a hacer con eso?”. Planeamos un par de venganzas. A mí lo de planear me sale bastante bien. Estaría teniendo un problema de ejecución. Y nos fuimos quedando en silencio y, así, mirando las luces del techo y acariciando los pelos de la alfombra, me di cuenta de que estaba un poco alegre. Levemente. Y se sintió bien. Sí. Todo estaba difuso. Todo lo que no existía realmente en mi vida estaba difuso y no importaba. No me preocupaba, ni me dolía. ↩ Papá, Simón, mi futuro, los infelices que pensaban que yo no era como debía ser, y lo que debía o no ser, los pensamientos no existían. Solo era eso. Presente. Saber que estábamos juntas. Y que estaba la risa. Risa combate domingo. ⚡

Resaca. Así se sentía. Lunes. Clase de Economía. Una tormenta contra la ventana del curso. Ganas de estar en la cama, de estar en silencio, sola, mirando llover. Pero tener que estar ahí sosteniendo la cabeza en alto y los ojos mínimamente abiertos. Me pasé la mano por la cara tantas veces tratando de despertarme que en un momento al mirar la ventana descubrí que tenía el flequillo casi como una ola. Y me vi. La cara ancha. Los ojos azules. La frente despejada. Las cejas suaves, algo despeinadas. La nuca descubierta. Me veía tan distinta a la que era una semana antes. Y a la vez cuán distinta podía ser.

Rosario la piloteó mejor. Ni se le notaba. Yo no tenía ni ganas de pilotearla. De repente, no podía encontrar ese lugar al que había llegado la noche anterior acostada en la alfombra riéndome, donde todo lo que no existía no importaba. Todo eso sí importaba. Cada una de esas cosas; y les había puesto pausa por un rato, pero ahí volvía a existir todo para mí. Los kilos de más, la vida en espera, la ausencia de papá, la ausencia de Simón, la infeliz que opinaba lo que muchos se debían callar, la mirada de mamá, lo que no me pasa. Lo que no puedo decidir y creo que tampoco quiero. No puedo y no quiero. No me quiero ocupar de eso. No me dan ganas. Me resisto.

Me quedé todos los recreos con la cabeza apoyada sobre mis brazos cruzados en el escritorio mirando llover. Lo único que quería era que terminara la mañana y una menos cuarto caminar a casa. Y tenía la bicicleta, muy práctico con esa lluvia.

Para colmo después de Economía tuvimos una charla de orientación vocacional, como si hubiera alguna forma de orientarme. Nos pedían que pusiéramos cosas que nos gustaría tener o llegar a tener, algo así. Como no me importa nada la orientación, puse todas las imbecilidades posibles: desde un avión hasta una hamaca paraguaya. Todo eso quiero. Y no. Y había un test con las preguntas más obvias para completar. Lo entregué y sentí que no iba a existir forma de ayudarme y que la psicóloga, psicopedagoga o lo que fuera quien lo leyera, se iba a reír tres días seguidos o iba a pensar que soy una ilusa. Y puede que tenga razón.

La ausencia. Y mis kilos. Desde que escribí *ausencia* no dejo de pensar en eso. La ausencia de seres que quiero y los kilos que tengo. No termino de encontrar las palabras para explicar la sensación que tengo adentro desde que lo escribí. Y sí, no hay palabras para todo. O no en todos

los momentos.

Y después de la orientación vocacional tan instructiva, cuando juntábamos todo para irnos, entró la preceptora y aplaudió un par de veces para que le prestáramos atención. Levanté la cabeza y ahí lo vi. La preceptora pidiéndonos un minuto. Y al lado, él. Sentí que a él seguro no le importa nada. Nosotros, el colegio, y puede que él mismo. Los ojos recorriéndonos.

—Él es León, es un compañero nuevo que empieza con ustedes a partir de mañana, traten de encontrar el tiempo para presentarse —nos dijo la preceptora.

Y mientras ella hablaba, León se encontró con mi mirada. Y me miró como a todos pero hizo un gesto imperceptible con la cabeza rapada en los costados, el pelo largo en el centro. Me pregunté si era a mí. Bajé la mirada petrificada en mi lugar. Y miré a Rosario, que estaba perdida en la ventana. ¿A ella o a mí? Sentí que la risa me estallaba dentro como un río sin freno. A ella. A ella. Pero me había parecido que a mí. ↩

Levanté los ojos. León y la preceptora habían desaparecido. Mis compañeros juntaban sus cosas, y el murmullo fue creciendo. Afuera había parado de llover. Y no sé por qué. Pero me levanté, me colgué la mochila al hombro y salí sin despedirme. En el pasillo atestado por la salida de todos los cursos, me paré en puntas de pie. Lo descubrí llegando a la escalera. Caminé rápido abriéndome paso y lo alcancé recién en el hall.

—León —lo llamé y no sé cómo me escuchó. Su nuca desnuda, el cuello de la remera roja. Giró, me miró y sonrió. Y esa sonrisa que yo no esperaba me hizo olvidar de que estaba persiguiendo al chico nuevo.

—¿Sí? —me dijo.

Y yo, muda.

—Soy Rafaela —por fin pude decir—, voy a ser compañera tuya, por cualquier cosa que necesites.

!!! Sí, le dije eso. “Por cualquier cosa que necesites”. No me quiero imaginar qué habrá pensado, porque yo sentí que mientras lo decía me incendiaba. Y no sé si era que seguía alegre, si una incendiada qué miedo puede tener de prenderse fuego, porque agregué:

—Dame tu celular.

!!! Sí, “dame tu celular”. Una desequilibrada. León me miró divertido. Buscó su teléfono en uno de los bolsillos delanteros del jean, lo desbloqueó y me lo dio. Yo no lo miraba. Anoté mi número. Seguramente mal. Se lo di.

—Rafaela —repetí. Debía estar en pedo, mínimo.

Él sonrió y me dijo:

—Sí, entendí, Rafaela, gracias, “por cualquier cosa que necesite”.

Lo miré y lo odié. Ese instante. Me estaba gozando. Y para rematarla, acoté:

—Bueno, dale, tampoco por cualquier cosa.

Se rio. Y de los nervios me reí. Y riéndome mientras me mordía el labio para no reírme tanto,

lo vi pasar a Simón en cámara lenta detrás de León, mirándonos. Lo disfruté. ⚡

León me dio las gracias y me dijo que se tenía que ir, que lo estaban esperando sus viejos en el auto. Busqué la bici en el patio y me volví. El deslizarse de las ruedas en lo húmedo del pavimento y mi reflejo en el agua. El cielo gris.

Y hace un rato, después de bañarme, encontré un whatsapp de León:

Rafaela, estaría necesitando algo.

Un boludo.

Pero me hizo reír.

Obvio que no le contesté. Pero lo pensé. Y fue como si el impulso de bajar a presentarme se hubiera desvanecido y quedara la que siempre soy. La que no hace.

Habermé presentado a León el día anterior había abierto una posibilidad que ante mi no-respuesta se había vuelto a cerrar. A veces es mínima la brecha para hacer algo a tiempo. El perfecto *timing*. No le contestás a la una, no le contestás a las dos y a las tres ya está. Es tarde. ¿Qué se contesta cuando ya es tarde?

Y hoy a la mañana, apenas nos cruzamos la mirada con León al entrar al curso, me di cuenta de que era tarde. Se había sentado en el último banco del lado de la pared y yo estoy del otro lado, en el segundo del lado de la ventana. Hizo una especie de gesto con la cabeza para saludarme que respondí como me salió. Pero seguro que fue un movimiento torpe y raro. Y me dejé caer en mi banco. No hacía falta escribir una gran respuesta pero por lo menos algo con un toque de humor. Tampoco tanto. Pero no. Silencio.

Y así transcurrió el día. Él obviamente tampoco me iba a venir a hablar. Vi cómo se acercaron los chicos a hablarle en el primer recreo. Algunos. Otros lo miraban de lejos. Para el tercer recreo me había enterado de que León venía de Buenos Aires. Y supe que eso no le iba a sumar. Ya sé cómo piensan muchos. Buenos Aires = se la cree. Él no parecía nada de eso. Por lo poco que lo había podido observar entre clase y clase, disimuladamente, me pareció que todo le seguía importando muy poco, que estaba ahí porque no había otro lugar donde estar. Al final casi como nos pasa a todos.

Las chicas me jodieron un poco cuando Rosario les contó que me había visto hablando con él. Se reía mientras les decía que seguro que yo lo conocía de antes y que al final hay que hacer lo que una siente. Yo todavía no entiendo si fui obediente siguiendo el pedido de la preceptora de que nos fuéramos presentando o si hice lo que había sentido hacer. Seguramente un poco de ambas. Pero también esto nuevo que me atraviesa y me lleva a cortarme el pelo sin previo aviso, de la nada, desnuda en el medio del baño, aunque tenga que terminar en la peluquería para que me lo emparejen. Lo mismo me lleva a hablarle a León y después no contestarle.

Péndulo, yo.



Y ahora parece que León está bueno. Todas revolucionadas en el colegio, las de quinto por lo menos. De nuestro curso y unas del curso de Simón que vinieron a preguntar por él. Justo está bueno el chico que me escribió a mí y yo no le contesto. !!! Obvio que él me escribió porque soy la única que se acercó a hablarle, de la única que tenía el número de teléfono. Por eso. Pero igual.

A mí me había parecido como cualquier otro chico. Hasta muy flaco. Bueno, no, no como cualquier otro. Es el nuevo y lo distinto. Tiene que ser eso. Porque es común y corriente. Tiene onda. Es eso. Cómo se viste, el pelo, la cara angulosa, que es alto. Y sí, bueno está.

Cuando salí del colegio estaba en la puerta hablando con una de las compañeras de Simón que vino a preguntar por él. Pasé a unos metros de ellos, él pisaba un skate con uno de los pies y lo sostenía contra su pierna con una mano. Ni lo miré cuando pasé. Creo que él ni me vio. Y ahí me va a quedar su mensaje: *Rafaela, estaría necesitando algo*, como recuerdo del día que pude hacer algo distinto y terminé haciendo lo mismo de siempre.

La realidad es que no le contesté porque no me creo, no me puedo creer, que ese chico pueda querer hablar conmigo, que le pueda interesar. Ni pensar que pueda gustar de mí, eso ni es posible en mi cabeza. O que en vez de mirarla a Rosario el primer día me haya mirado a mí. Eso pareció. Pero no es posible. Ese tipo de chico jamás se fijaría en alguien como yo, ese es el tipo de chico que no me registra. Bueno, ese y todos los demás, pero ese es del tipo que jamás me va a registrar.

Me quedé tildada mirando el whatsapp, pensando que podía escribirle algo como para intentar reconectar, retomar el impulso que había tenido, pero no puedo dejar de pensar para qué y después qué. Aparte seguramente él está todavía charlando con la compañera de Simón.

Solamente le conté a Rosario lo del mensaje de León. Su cara. Entre que me quiere matar, le da bronca y está resignada. Se paró para salir en el recreo y apuntó con su dedo a mi cabeza.

—El problema está acá, ¿sabés? No son los kilos que vos pensás. Cortala, Rafaela.

Sí, se calentó. No sé ni para qué le conté. Como mucho le iba a contestar un mensaje, él me iba a escribir una pavada y ya. Ahí iba a quedar.

O no.

Y jamás me voy a enterar.

Me quedé chequeando el celular cada tanto. Como si fuera a pasar algo. Como si de repente fuera a sonar.

Conclusión poscorte: para que algo realmente cambie, hay que cortar mucho más que el pelo.
Sí, ahora me registra más gente, es verdad, hasta un par de compañeras me dijeron que les encanta cómo me queda. Aunque obviamente me pregunté si sería cierto. Me veo distinta, me siento distinta, pero si queda ahí, muere ahí. Comprobado. Porque los días poscorte, poslegada de León, volvieron a ser como el resto de los días anteriores, los del año entero en que no escribí:

L a n a d a m i s m a.

Y así siguen.

Fiestas. A las que no voy. Y no pienso ir.

Reuniones. De las que no participo.

El viaje de egresados a fin de año. Al que tampoco tengo muchas ganas de ir. No entendí nunca el punto. “¿Divertirte?”, me preguntó uno de mis compañeros el otro día cuando le comenté mi feliz punto de vista. No le veo lo divertido a ir con gente con la que ni siquiera tengo relación. Otra cosa sería ir solo con mis amigas.

Colegio. Que no me puede interesar menos. O sea sí, hago lo que tengo que hacer para no llevarme materias justo ahora y no es que me encante estudiar, pero no sé qué hago si además tengo que estudiar en enero o febrero. A ver, bastante con tener que ir al colegio el resto de los meses como para también dedicarle ese tiempo. Ni loca.

Mamá. Que ya se habrá adaptado al espanto de tener una hija con quince kilos de más y pelo corto. Eso de los quince, me lo dijo la otra vez, que cuándo pensaba ocuparme de mis quince kilos de más. Una copada, mamá. Sigue con Leonardo y eso la mantiene bastante lejos de casa, así que por mí excelente.

La novedad es Aitana. O que tiene novio. Ella, la que salía siempre y nada. No quiere decir mucho pero es obvio, obvio para mí por lo menos. Ya le dije que lo quiero conocer. Que lo traiga un día que mamá no esté y listo.

León. Bien, gracias. Ya se hizo un grupo de amigos del curso de Simón, un grupo que no es el de Simón y el de Gastón, sino el otro grupo. Como que habría dos que no se bancan tanto. O sea que ni lo veo, cursamos juntos pero en los recreos desaparece.

Simón. No me lo volví a cruzar. Sé que está. Calculo que sabe que estoy. A eso se limita

nuestra relación hoy. Dos conjuntos que no se intersecan. A veces pienso en él. ¿Qué pensó en ese instante cuando me vio con el pelo corto mientras pasaba delante de él por el pasillo? ¿Qué sintió? ¿Siente? ¿Piensa en mí alguna vez? ¿Me extraña? Yo, no. Cuando alguien desaparece así, de una forma tan abrupta y brutal, la decepción es tan grande que destruye todo, TODO, lo que sentís. Así que no lo extraño. Aparte tengo la sensación de que fue todo un sueño, que no pasó de verdad, que me lo imaginé, lo soñé. Pero tengo un cuaderno que atestigua lo contrario. Aunque me haya despertado por meses, y a los pocos segundos volver a recordar ese mail y su distancia y estrellarme otra vez contra la realidad. Sí, existió, existe y no quiere saber nada conmigo. Rosario me dice que no se puede hacer cargo de lo que siente. Como sea, desapareció. Como papá. Un buen promedio. Sonríe sola. Es una sonrisa amarga. Está el abuelo. El único hombre sólido en mi vida, salvándolo todo. ↪

Clase de Historia. La peor profesora del mundo. Hay compañeros que tiemblan cuando ella entra. No puede volar una mosca, no puede pestañear alguien en la última fila. Es pararse al lado del banco y el “buen día, profesora”. Prehistórico. Pero ella lo disfruta. Disfruta haciéndonos sufrir. Y como los visibles la surfean bastante mejor, siempre se la agarra con los invisibles. Léase, yo.

—Rafaela, pasá al frente por favor —llamó de repente.

Mis ojos al techo. Un segundo.

—¿Y esa mirada? —preguntó con una media sonrisa—, ¿no estudiaste?

Sí, claro que estudié, pero no tengo ni ganas de pasar, agarratela con otro hoy. Pero mi voz solo dijo:

—Estudié, sí.

Y me paré. Que odio. Si hay algo que odio es pasar al frente y que todos puedan verme. Sí, ya sé, todo el tiempo todos pueden verme, pero ahí es inevitable, más en esa clase que no admite distracción porque en cualquier momento el dardo te pega directamente en la frente a vos que suponías, zafabas. Así. !!!

Me paré y mientras caminaba esos pasos hasta el pizarrón sentí que estaba más gorda que nunca. Suelo tener esos pensamientos. Y que el suéter me marcaba el cuerpo más de lo que me hubiera gustado. O sea, levantar la mirada para buscar la de la profesora y ver qué quería preguntarme, me encontró en el momento de autoestima bajo cero.

Me preguntó algo de la Revolución Industrial. Le contesté. Y de repente Fabián, que sigue sin poder parar de llamar la atención, levantó la mano. Ella que lo ama, lo dejó acotar y dijo lo mismo que había dicho yo pero de otra manera, como para lucirse y hundirme.

Si supiera defenderme, si tuviera la rapidez, la lucidez, la valentía, ahí tendría que haberle dicho: “Flaco, es lo que estoy diciendo yo”, pero me quedé muda. Sentía que me había prendido fuego, de la bronca y la impotencia, pero no podía hablar. Y la profesora, a propósito, hizo un silencio saboreando mi caída. Y ahí, en medio del silencio, fue cuando vi una mano que se levantaba desde el fondo del aula. Desde el exacto lugar donde estaba sentado León.

—Sí, León —dijo la profesora porque no tuvo otra opción.

—Disculpe, pero Fabián acaba de decir lo que dijo Rafaela de otra forma, es lo mismo que explicó ella pero con otras palabras, más complicado.

★ Un murmullo de ola. Vi cómo todos giraban sus cabezas para mirarlo y eso me permitía verlo. Ahí frente a mí, en medio de todas las cabezas.

—Bueno, sí, aunque no exactamente —dijo la profesora pero no saltó a aniquilarlo. No es tonta. Sabía que él no se iba a callar. Y siguió hablando.

Fue un segundo, ese, en que la profesora volvió a hablar, yo desconecté de ella, me lo quedé mirando a él y escuché, estoy segura de que lo escuché murmurar: “Por cualquier cosa que necesites”. ¿O le leí los labios? Después le pregunté a Rosario y ella no escuchó nada de eso. Tal vez lo imaginé. ↩

Pero León delante de todos había levantado su mano para bancarme. Me quedé parada en el frente y la profesora tuvo que repetirme dos veces que me sentase ante la risa de algunos de mis compañeros. Me acomodé en mi banco mientras sentía algo cálido en el centro del cuerpo como si mi corazón fuera líquido.

Sonó el timbre. Gritos afuera, murmullo en la clase, la profesora juntando sus cosas, todos parándose, guardando los útiles; y yo en el banco, mirando la hoja en blanco de mi carpeta, yo, estaba sonriendo. ⚡

—León es lo más —me dijo Rosario apenas empezaron a salir nuestros compañeros del aula. Yo me había quedado ahí sentada con una sonrisa en la cara. Por un momento pensé “tengo que decirle algo”, pero delante de todos, que seguramente nos iban a estar mirando, me pareció inabordable.

—Ey, ¿me estás escuchando? —me insistió Rosario.

Asentí con la cabeza mientras la miraba de costado sin poder dejar de sonreír, y eso que lo había intentado.

Rosario me juró que él no había dicho nada de “por cualquier cosa que necesites”, pero no me importaba lo que hubieran escuchado los demás. Yo lo había visto decirlo. Tal vez en mi cabeza.

Cuando por fin me paré, León ya se había ido. Y sí. ¿Qué iba a esperar? Yo tampoco le debía mi vida. Caminé a casa escribiendo mentalmente un mensaje para mandarle. Hice, en esas cuerdas, doscientas versiones. Todas distintas.

Y terminé sentándome en la barra desayunadora con el celular en la mano, sin almorzar, sin sacarme el uniforme, mirando el whatsapp que él me había mandado, hasta que reescribí el mensaje por última vez y le mandé un emoji de un puño. Pulsé “enviar” y en el momento en que vi la primera tilde me di cuenta de que no había vuelta atrás. ¿Un puño? !!! En mis primeras versiones le explicaba por qué no le había contestado antes y le decía lo importante de su gesto en la clase, y en el momento de realmente escribirlo todo se había sintetizado en un puño. No se puede contestar mucho a un puño. ¿Y para qué quería que me contestara? El único fin de mi mensaje había sido agradecerle de alguna manera. Y sí, buenísimo, un puño no agradece nada.

Me quedé mirando la conversación más corta del mundo, hasta que aparecieron las dos tildes y un momento más tarde las tildes se volvieron turquesa y apareció arriba: *León - en línea*. No lo pensé, fue instintivo, salí del chat y dejé el teléfono sobre la barra. Subí a mi cuarto, me saqué el uniforme y me puse un jean y una remera, sin dejar de pensar ni por un segundo en el celular abajo. No se podía contestar mucho a un puño. ¿Qué me iba a poner, un pulgar para arriba? Busqué las Converse rojas y me las puse.

Bajé pensando en qué podía comer y al pasar por la barra encendí el celular. En whatsapp había un mensaje nuevo. Lo abrí. León me había mandado un puño de vuelta. Choque. O algo

así. Un puño es como poner un punto.

Meneé la cabeza indignada conmigo y caminé hasta la heladera. Habían quedado unas empanadas de la noche anterior. Agarré una fría y la empecé a comer. Y saqué tres para calentar. Las puse en un plato, las metí en el microondas y esperé el minuto y medio, mientras terminaba de comer la primera. Recién ahí miré hacia el patio y vi a Minerva desesperada por entrar. Yo, la peor del mundo. Le abrí la puerta, me saltó torpe, las patas delanteras contra mi pecho. Le hice unos mimos en la cabeza peluda y cuando escuché los pitidos del microondas, pasé de nuevo por la barra desayunadora y miré el teléfono. No esperaba nada en particular, el típico chequear por inercia, ni lo pensás y estás chequeando. Otro mensaje. Pensé que podía ser Rosario o Aitana. Cualquiera. Pero no. Ninguna de las opciones posibles.

Ahí esperaba un mensaje de Simón.



Salí de whatsapp. Sentía el corazón palpitándome en la boca. En los labios. Casi como si pudiera escupirlo. El corazón. No a Simón. Aunque se lo merecía bastante. Y ahí me di cuenta de que muy canchera, yo. Muy canchera con que no me importaba y no me gustaba, pero no podía leer su mensaje como el de cualquier otro. Volví a entrar y giré el teléfono para tratar de leer lo más posible sin que figurara como leído. Un arte.

Había un mensaje solo. Y no hubo mucho que leer.

Me gusta tu pelo corto.

Abrí los ojos desconcertada. ¿Eso?

Volví a leerlo sin abrirlo.

Me gusta tu pelo corto.

Ajá. De las cosas que le cambian la vida a cualquiera. Un año para llegar a esa conclusión. En 2040 por ahí me contactaba para decirme lo patético, cobarde, forro, tan forro que había estado con su desaparición después del beso. !!!

Fruncí la boca. Me acordé de las empanadas. Las saqué del microondas y me senté en la barra, empanada en mano, celular en la otra, a mirar una y otra vez el mensaje que no quería abrir, que me viera en línea si él también estaba y que supiera que no pensaba correr a leer su breve mensaje. ¿Qué foto tendría? No podía verla con nitidez. Y para eso tenía que leerlo.

Me comí otra empanada. Lo iba a abrir y le iba a clavar un visto. Lo abrí.

El mensaje era solo eso.

Me gusta tu pelo corto.

Levanté una ceja sin entender mucho.

Tampoco había tanto que entender. Simón, un año más tarde, intentaba acercarse a mí. Ahí al alcance de mi mano, en línea, esperaba.

↪ Que esperara sentado.

Abrí la foto. Algo de un partido de fútbol.

Volví a mirar su mensaje.

Curtite un poco, Simón.

Y sonreí. Porque a mí me encanta mi pelo corto. Aunque a veces me den ganas de hacerme un rodete así medio suelto. Pero me encantan mi pelo corto y mi nuca desnuda.

Y estaba en eso. Simón. La nuca. Su mensaje. Estaba en eso cuando entró un mensaje de León.

Ni lo pensé, lo abrí.

¿Hacemos algo hoy?

Me preguntaba después de nuestros puños cruzados.

Sí. ✓✓

Ni lo pensé, lo hice.

M e a n i m é.

Dije sí. ⚡

No me cambié la ropa ni nada. Solo busqué un perfume de Aitana, me puse un poquito de cada lado del cuello, detrás de las orejas.

León escribió que me buscaba tipo cuatro, que le pasara mi dirección. Se la pasé. Y no zozobré.

Ahí estaba sentada en la barra sin entrar en pánico tamborileando mis dedos sobre la madera rústica. No entraba en pánico pero tampoco estaba en calma, así que pensé en el violín. Hacía un par de semanas que no tocaba, me quedaba como una hora hasta que pasara León, subí a mi cuarto y me encerré a tocar, aunque estaba sola.

Una de las únicas formas en el mundo de aquietarme; violín y yo. Amo. Y a la vez no me imagino siendo música. Es algo íntimo lo mío con el violín. Aitana me decía la otra vez que por qué no estudio en el conservatorio. Mamá se puede morir si llego a decirle que voy a estudiar música. Papá músico, música yo, es demasiado para esa mujer. Pero ni eso me estimula. A veces la gente piensa que porque uno haga algo más o menos bien debería dedicarse a eso, y no es a eso a lo que me quiero dedicar. Tampoco sé a qué. A veces pienso que tal vez el día que vuelva a ver a papá ya no toque más el violín, que seguir tocando es mi forma de convocarlo. Violinista de Hamelin, yo. Sin ninguna referencia particular a las ratas, o a mi papá.

Toqué hasta que sonó el timbre. Apenas me asomé por el balcón y lo vi, remera roja, morocho, jean. Me asomé y miró hacia arriba como si tuviera un radar de Rafaelas. Sonrió. Y sonreí.

Él y su skate. Y me salió sin pensarlo, cosa que me sigue sorprendiendo bastante.

—¿Voy con la bici? —le pregunté.

Asintió con la cabeza y desaparecí del balcón.

Fui al baño. Me miré en el espejo. Pupilas dilatadas. La piel encendida.

Dejé una nota sobre la barra avisando que me iba, busqué la bici en el garaje y salí.

Y ese momento fue incómodo. Ese segundo de volver a estar solos y mirarnos. Le di un beso para saludarlo. No me dijo ni “hola”, ni “cómo estás”, ni “qué tal”. Nada de lo socialmente establecido.

—¿Qué se hace en esta ciudad? —me preguntó.

Me reí. Como si yo supiera.

—Ni idea —y se lo dije así sin medir, sin pensar.

Si había imaginado que yo podía ser una buena guía, estaba bastante confundido. A ver, pibe, estás diciéndole de hacer algo a una invisible. Lo que me llevó a pensar que la compañera de Simón con la que hablaba ese día a la salida del colegio mucho no le debía haber mostrado. Todo eso puedo pensar en un segundo.

—Inventemos algo —me dijo.

Me reí. Estaba nerviosa, pero también porque es gracioso. Inventemos algo. Y sí.

Y él en su skate y yo en mi bici dibujamos la ciudad. ⚡

Es oficial. Puede que me gusten todos. Sí. Me estoy mordiendo el labio mientras escribo. León arriba de su skate de un lado de la calle; yo enfrente, un poco más atrás. Él y el atardecer detrás. Naranja el mundo y las ruedas de su skate contra el pavimento. ☆ En un momento giró su cabeza para mirarme, esos ojos determinados, como si supiera exactamente lo que quiere. Esa cara angulosa y los labios. ¿Qué hacía yo mirándole los labios como si fueran comestibles? Lo son. Puede que no para mí. Bueno, los labios son un capítulo aparte. Entendí a cada una de las chicas del colegio porque ahí no podía negar nada. Tiene toda la onda. Sí. Está bueno. Sí. Uno de los más lindos del colegio. También.

Ahora trato de recordar su cara, los detalles, pero es eso, esa mirada, esos ojos, los labios, la determinación y las cejas. Soy una ceja-fan, porque las de Simón también me gustan bastante.

Igual lo que más me gustó fue el principio.

Apenas salimos por la calle de casa, me preguntó:

—¿Vos estabas tocando el violín?

Asentí.

Hizo un gesto con la cabeza que no entendí, bajó su pie al pavimento, se empujó y subió a su tabla, que penduló.

—Yo toco la guitarra y canto —me contó—, cuando vayamos a casa te muestro algo.

... C u a n d o v a y a m o s a c a s a .

Como si eso realmente fuera a suceder. Como si no pudiera pasar nada que lo arruinara, como si él ya quisiera. Pienso mucho, sí, pero me sorprendió. Como si no tuviera miedo de acercarse, de lo que yo pensara, de lo que pudiera pasar, como si fuera obvio que nos vamos a volver a ver.

Me quedé muda. Pero él no parecía esperar una respuesta o no dependía de eso.

Pensar en estar en su casa, mariposas.

Fuimos hasta el parque sin hablar, nos íbamos haciendo señas por dónde doblar. El sol en la cara, el viento en la piel, se sentía bien. Verlo a él se sentía bien. Saberme con él se sentía mejor. No nos detuvimos en el parque. Lo vi cruzar la avenida entre los autos, esperé para cruzar con la bici y vi cómo se acercaba a los skaters que en el playón de la universidad arman una especie de circuito callejero con unas escalinatas que no se usan y un par de rampas. Siempre están ahí. Los

había visto mil veces y a la vez no los había visto nunca. No iban a mi colegio, no conocía a nadie que los conociera y dudo que él los conociera de antes, pero no tardó más de cuatro segundos, cinco tal vez, en reírse con un par mientras me hacía una seña para que me acercara. Acercarme a gente que veo todos los días me puede llegar a intimidar porque tienen una idea de quién soy y sé qué tipo de pensamientos manejan. Acercarme a esos pibes no me intimidó nada, porque no podían tener la menor idea de quién soy, y yo podía ser más allá del círculo estipulado para Rafaela. Me dieron un beso, o les di yo. Deben tener un par de años más que nosotros. León me preguntó si no me molestaba que intentara hacer el circuito. Negué con la cabeza. Lo vi alejarse con los otros dos y segundos más tarde deslizarse por una baranda de la escalera ante mi mirada atónita.

Dejé la bici contra el piso, se le había roto el pie y en casa a nadie parecía importarle, a mí hasta el verano anterior tampoco. Cuestión que la tendría que llevar a arreglar. La dejé apoyada en el piso y me senté contra un cantero, con las piernas cruzadas, a mirar lo que hacían los tres. Había otros pibes con bicis, más chicos, y más lejos, un grupo jugando al hockey sobre patines. Eso me pareció lo más interesante. Me dieron ganas de acercarme a ver pero me quedé anclada al suelo. Muerta de ganas y muerta de miedo. Diciéndome qué divertido sería ver de cerca todo eso y a la vez, para qué voy a ir a verlo, qué voy a decir si me preguntan algo, ahora pienso quién iba a parar el partido para preguntarme algo a mí, y me quedé sentada tratando de ver a lo lejos y escuchando los palos golpear contra el pavimento. Siempre de lejos. Los sonidos bruscos. Ese lugar parecía otro mundo. Y yo ahí parecía otra. ↩

León se tiró un par de veces por la baranda, se cayó una, pero se levantó rápido, riéndose. Ni me miró y después de bajar por las rampas unas veces, saludó a los otros y se acercó a mí. Los pibes se nos quedaron mirando y en un acto de osadía, de estos que me brotan como si me hubieran plantado semillas, levanté mi brazo y los saludé. Me devolvieron el saludo. Listo. Amiga de los skaters. Rosario se iba a morir muerta. No iba a poder creer nada. Ni la salida, ni la exploración del submundo del playón, menos la osadía de saludar skaters. Pero básicamente, que hubiera dicho sí. Yo siempre digo no. ¿Salimos hoy? ¿Vamos a la pileta de Wanda? ¿Nos reunimos con los chicos del otro curso? No. No. No. Si digo sí, es siempre después de un no. Pero esta vez había sido sí de una. Y eso era inédito.

Eso y comer delante de alguien. Porque volviendo, León se detuvo delante de un kiosco y me miró.

—¿Helado? —me preguntó.

¿Qué le iba a decir? ¿Que no? Nop.

Asentí.

Pisó el skate, lo agarró y entró al kiosco, volvió a los pocos minutos con dos palitos helados bañados en chocolate. Mi primer pensamiento fue “¿te parece?”. Esos son los que comíamos a los seis y son los que tenés que estar atajando el chocolate. Pero sí, son los más ricos. Debía

hacer mil años que no comía un palito helado. Esas cosas me gustan de León.

Bajé de la bici y nos sentamos en el cordón de la vereda, delante del kiosco y comimos el helado en silencio. Casi. Porque algo me preguntó pero no me puedo acordar qué. Porque cuando me preguntó, me miró. Estábamos sentados cerca, lo miré y tenía su cara a una palma de distancia de la mía. Sus ojos enormes. Sus labios. Por un segundo pensé que me iba a dar un beso. Cualquiera. Es mi imaginación prodigiosa. “Rafaela, vivís en las nubes”, me decía mamá de chica, y la semana pasada también. Por un segundo pensé que me iba a besar. Pero no. Besar. ¿Qué es eso? Ni me acuerdo.

Dos de las cosas de las que tampoco me acordé en toda la tarde:

1. Mis kilos de más.
2. Simón.



Rosario se quedó muda del otro lado del teléfono. Ya nadie habla por teléfono, pero hay cosas que no se pueden whatsappear; todo, mensaje de Simón incluido valía un llamado.

Hizo un silencio y después se rio.

—Me preocupa qué es lo próximo —me dijo—, empezaste con un corte de pelo hace una semana, ¿y ahora esto? ¿Qué se viene?

Le conté lo que había pasado a la tarde. Todo el recorrido.

Y cuando terminé, no me preguntó, lo afirmó:

—Te gusta León.

Silencio.

Y de Simón me dijo que la gente percibe cuando aparece otra persona. Que claro, mientras yo estuve pendiente, él distante. ¿Hace cuánto igual que no estoy pendiente de él? Ahora aparece alguien que me interesa y él vuelve. Me dijo:

—Como diría mi mamá, “no come ni deja comer”.

Igual a ella, por más que no lo dice, le cae bien Simón, a pesar de su desaparición abrupta del año pasado.

A él no le contesté. Miré su mensaje varias veces pero qué se contesta a algo así, ¿gracias?

Dice Rosario, que siempre disfruta analizando lo que se dice entre líneas, que para ella el mensaje de Simón Me gusta tu pelo corto es Me gustás. El pelo es anecdótico. No creo gustarle. Después de la chica número quinientos veinticuatro no creo que le guste yo. Sería rarísimo. Igual le conté por contarle porque a mí qué me importa todo lo que le pase a Simón. Nada. Ni un poco.

Me preguntó cómo me despedí de León. Qué sé yo. Común. Un beso y chau, nos vemos. No sé qué se esperaba. Ni le conté de la ridiculez que pensé, que era posible, en el imaginario casi infinito de lo posible, que él me besara. León no hizo absolutamente nada que me pudiera hacer pensar eso. Mi imaginación fue. La cantidad de películas que debo haber visto en las que las cosas les pasan a los invisibles. En la vida real esas cosas no suceden. Solo eso me puede haber llevado a imaginar algo así. Aparte me hubiera derretido si pasaba. Ahí. Literal.

Me preguntó Rosario si León me había escrito. Hace dos minutos que se fue de casa, bueno, un par de horas, ¿para qué me va a escribir? Dice que para decirme lo bien que la pasó. Ahí me

reí, sí, la pasamos bien, tampoco es que pasó nada tan descomunal.

Antes de cortar me animé y le dije que ni por un minuto había pensado en los kilos de más. Ni en cómo me veía en la bici, ni en qué pensaba él de eso.

—Salí más con él —fue su conclusión—, es relajado. —Hizo una pausa y antes de que cortáramos porque la llamaban para cenar, me dijo—: El sábado salimos. Después de lo de hoy, ni se te ocurra decir *no*.

No dije nada.

Me quedé pensando en eso. Lo ideal sería que no sentir mis kilos constantemente como un límite, como el principio y el fin de todas las cosas, no tuviera que ver con León sino conmigo. Digo, qué sé yo. Ahora me llaman a mí a comer. Después sigo.

El sábado salimos. Mi idea era decir *no*. Pero no daba. Le digo sí a León y *no* a las chicas. No daba ni un poco. Aunque de lo único que tenía ganas en el mundo era de hacerme una chocotorta y quedarme en casa con Minerva mirando una peli.

El tema como siempre fue la ropa. Pensé que tal vez algo de lo que tiene Aitana podía entrarme. Me voy a anotar en un cartel que nada de lo que tiene Aitana me entra. ↪ Y con *nada*, quiero decir eso: nada. Puede que me entre la parte de arriba de uno de esos pijamas que mamá insiste en comprarnos como si tuviéramos diez años. El resto, de lo que uno se puede poner para salir, no me entra. Es someterme a la frustración en caída libre. Entrar al cuarto, mirar todo con ilusión, con inocencia, y pensar que tal vez esa remerita más ancha podría llegar a. No. Nada de lo que tiene Aitana me entra. Ir a su cuarto a intentar lo imposible previa salida es un pasaje directo al malhumor. Volví a mi habitación con los ojos llenos de lágrimas y, sí, de bronca. En todas las familias del mundo mundial las hermanas se prestan la ropa, se roban la ropa, se pelean por la ropa. Lo bueno es que eso no va a sucedernos a nosotras, nos peharemos por otras cosas.

Mis ganas eran tirarme a la cama y despertarme el domingo al mediodía o bajar, hacer una chocotorta, ver dos pelis y comerme toda la torta pensando en dejar un poco para el día siguiente y al final no dejar nada. Pero Rosario me pasaba a buscar con Pablo en media hora, lo que en realidad eran cuarenta y cinco minutos. Tenía cuarenta y cinco minutos para inventar algo, maquillarme y cambiar la energía para no tener esa cara de culo toda la noche.

Abrí el placard. Detesté cada prenda. Todo me lo puse ciento cuarenta y ocho veces. Siento que nada se parece realmente a lo que me pondría si pudiera elegir y no tuviera que comprarme solo lo que me entra. Me quedé así, abrazada a la puerta del placard, mirando todo mientras sentía mucha pena por mí. Y sí, ahora lo escribo con humor, pero en ese momento me sentía absolutamente abatida. La vida con kilos de más. ↪ Bienvenido al mundo de la felicidad. Y ahí vi la remera azul, la de mangas amplias. Tiene escote, ajustada en el pecho y suelta. Me había olvidado de que existía. Y sí, hacía mucho que no salía, como mes y medio por lo menos. Eso, un jean y unas zapatillas, perfecto. Es más, podía hacer un esfuerzo y buscar algo que no fueran unas zapatillas, pero qué. Ahí sí, volví al cuarto de Aitana porque calzamos exactamente lo mismo. Jamás se me hubiera ocurrido sacarle algo sin permiso pero siempre hay una primera vez

para casi todo. ¿O ella no me había sacado un suéter hacía como tres años? Aitana había salido con su novio, no daba llamarla ni escribirle para preguntarle, pensé mientras abría su placard y empezaba a revisar las cajas de zapatos que guardaba apiladas en un costado. Y ahí en el fondo, en la penúltima caja, las chatitas más lindas que había visto. Ni me acordaba de que las tuviera, tiene tantos zapatos. Color manteca, puntera negra, bien descubiertas, con cierre en el talón y unas tiras con cadenas plateadas en el tobillo.

Feliz, volví a mi cuarto. Me quedaban quince minutos hasta que llegaran Rosario y Pablo. Pero no, justo ayer Rosario decidió empezar a ser puntual, me tocó bocina y me mensajeó exactamente cuando entraba a mi cuarto con las chatitas en la mano. Le contesté que ya bajaba. Y ahí, maratón. Vestirme, correr al baño, perfume, maquillarme los ojos, delineador y listo.

¿Y qué cartera? Me acordé de la cruzada, mínima, con tiras de cadenas que Aitana ama. Entré a su cuarto sintiéndome la peor hermana y la mejor vestida en mucho tiempo. Tiré dentro de la cartera celular, plata, DNI, chicles.

¿Y el abrigo? Y ahí es cuando te das cuenta de que nada puede salir tan bien. ¿Qué me llevaba? No tengo ningún saquito que me guste y me entre. Terminé con un suéter suelto, de esos extra large. Ya no tenía nada de ganas de ir. ¿Para qué?

Mi casa en silencio. Aitana había salido con su novio, mamá con sus amigas, las separadas que ahora están casi todas de novia. Acaricié a Minerva antes de salir y me fui.

Afuera, frío. Rosario y Pablo me esperaban dentro del auto escuchando música y charlando de algo que había pasado con la hermana de Pablo. Los saludé y me hundí en el asiento de atrás. Ese estado presalida. Una especie de resistencia feroz. Y de casi mariposa. Como si aleteara una posibilidad de que algo alguna vez pasara.

Las luces de la ciudad como estrellas fugaces por la ventanilla, los otros autos con gente joven, alguno arrancando casi arando apenas cambiaba un semáforo. La universidad. Me incorporé en el asiento y pegué la nariz a la ventanilla cuando nos detuvimos delante de la fuente. Los skaters en su circuito callejero, extendido a cada escalinata y cada rampa. Pensé en León, tal vez estaba ahí. Pero si estaba no lo pude descubrir.

Con León nos habíamos saludado con un beso cada vez que nos habíamos cruzado esos días en el colegio pero nada más. Ni una palabra de la tarde juntos, ni un mensaje, nada. Tal vez no la había pasado tan bien. Me había quedado pensando que como anfitriona de mi ciudad había resultado malísima. El pibe había tenido que inventar algo para que fluyera. Comer un helado en la vereda de un kiosco era de las cosas que jamás se iba a olvidar. Debía haber sido una tarde intrascendente en la que seguro la había tenido que remar, tampoco se iba a ir apenas se dio cuenta de que divertido no iba a ser. Lo patético era que él, que acababa de llegar, me hiciera ver la ciudad desde otro lugar a mí. Ni siquiera intenté hablarle o escribirle. No tenía ni idea de qué le podía decir. Y cuando pasó el día de la salida, ya me pareció fuera de tiempo decirle lo bien que la había pasado. A quién le importaba.

Íbamos a hacer la previa en lo de Tania, pero como sus viejos finalmente no habían salido, decidimos encontrarnos con los amigos de Pablo a tomar algo antes de ir a bailar. Buena onda pero ya sé cómo son esos momentos. No son. Me quedo muda. Y así fue. Mesa adentro, siete compañeros del secundario de él y nosotros tres. Y al rato cayeron las chicas. Si apenas llegamos pensé que iba a ser difícil pilotearla, realmente todavía no conozco nada a Rosario. Porque ella se sentó, se sacó el abrigo y desplegó toda su magia. De repente estaban todos encantados, mirándola y siguiendo su conversación. Se armó hasta un debate intenso y yo mirando desde afuera me pregunté cómo hacía. De esa magia, de unir lo que está desunido, de ablandar piedras, de volver llanos los caminos, bueno, de eso yo no tengo nada. Ni por ósmosis después de años de ser amigas. Situación incómoda, yo me siento paralizada, no te puedo remar nada. Tiré un poco mi silla para atrás y los vi interactuar. Y me pregunté qué peli hubiera visto si me hubiera quedado en casa e hice las cuentas mentales para ver a qué hora podría volver si me iba temprano como para hacer igual la chocotorta y mirarme igual una peli. Podía mirar dos también porque al otro día domingo y no tenía ni un cuarto de plan. Helado también hubiera estado bueno tener, pero estaba segura de que no había. Esos, mis pensamientos.

Llegaron las chicas, nos apiñamos más para que entraran dos sillas para ellas, y me volví a tirar contra el respaldo de la mía, mirándolos. Hay uno de los amigos de Pablo que está bueno, pero es de los que jamás me van a registrar. Sentada ahí me pregunté, porque lo tenía enfrente, si me habría visto. Bueno, cómo podría no haberme visto, pero ¿sabría por ejemplo mi nombre? Lo dudaba. Así, tomando un vaso de cerveza. Completamente embolada. Sin valor como para levantarme, saludar a todos, salir y tomarme un taxi a casa. Sin valor para hablar o mirar a alguien a los ojos. ↪

En un momento me sentí tan absolutamente prescindible que se me llenaron los ojos de lágrimas y me levanté para ir al baño, para disimular. El bar estaba hasta las manos y me di cuenta de que no había sido la mejor idea ir al baño, había que pasar por un pasillo medio oscuro, atestado, o sea, lanzarte a la multitud y dejar que te arrastre la corriente. De las cosas que mejor me salen. Lo hice, volver hubiera sido peor. Me pregunté por centésima vez para qué había salido. En medio de la casi oscuridad del pasillo, un poco paranoica de que nadie me tocara o dijera algo de mis dimensiones. Y de repente sentí su voz, casi como si fuera en *off*, pero dentro de mi oído:

—¿Vos no pensás contestarme? —esa voz ronca.

Pero no era en *off*. Ahí, en *on*, delante mío, en la corriente de gente que iba justo en dirección contraria, estaba Simón.



Creo que solo lo miré, abrí grandes los ojos y me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio. Simón me miró con esos ojos almendrados. No dije nada y él, tampoco. Pasó de largo con la multitud que lo llevaba para el otro lado. No me pude aguantar y giré para verlo, y él también había girado para verme. A un metro de donde estaba me dijo fuerte, estoy segura de que lo escucharon todos o lo escuché amplificado:

—Hacés bien, me lo merezco por pelotudo —levantó sus manos, sus hombros, dio media vuelta y siguió avanzando, su espalda ancha entre el resto.

Sentí que me latían los oídos y me temblaba el cuerpo. ¿Me lo había imaginado o Simón Oliveira me había pedido disculpas delante de medio pasillo? Entré al baño, estaba bastante lleno pero alcancé a encontrar un hueco delante del espejo. Mi cara. Parecía que había visto un fantasma. Un muerto viviente. Bueno, casi. Los ojos inmensos. Estaba pálida. ¿Qué había sido eso? ¿Había sido? No había posibilidad de que me lo hubiera imaginado; por más que hubiera soñado meses y meses con algo parecido a esa situación, jamás hubiera podido ser tan perfecta. Me había imaginado todas las posibilidades, pero esta superaba todo. El reencuentro con Simón. La vuelta de Simón. Su pedido de disculpas. Ninguna había sido nunca tan perfecta. Y a la vez, ¿qué me había querido decir con *pelotudo*?, ¿por haberse cortado así?, ¿por haberme dejado pasar?, ¿por qué se sentía un pelotudo?

—Che, flaca, ¿vas a necesitar quedarte tildada mucho más tiempo delante del espejo? —me increpó alguien volviéndome al baño del bar entre chicas que se lavaban las manos, se maquillaban, se arreglaban el pelo, fumaban a un costado.

!!! Me había dicho “flaca”, debía ser la primera vez en mi vida que eso sucedía. Igual la tendría que haber mandado a la mierda, pero dije un “disculpá” y me corrí.

Me corrí. Me vivo corriendo.

Defenderme, te la debo.

Busqué el celular mientras me ubicaba en el rincón más apartado del baño, que era el que peor olía. Rápido tipeé un mensaje para Rosario:

Simón me dijo que hacía bien en no contestarle por pelotudo. 🤖



¿Qué quiere decir con “pelotudo”?



Vi que Rosario lo leía. Me imaginé su cara disimulando en medio de la conversación con los chicos. Y sus dedos largos tipeando rápido.

¿Importa qué quiso decir?

¿Dónde te metiste?

Y me aniquiló con la razón. ¿Importa?

Le contesté:

Baño. Ya voy.



Y sí, de repente me di cuenta de que me importaba. Que ese comentario de Simón queriendo significar meramente soy un pelletudo o soy un pelletudo por haberte dejado pasar y/o por haber desaparecido abruptamente, en cualquiera de sus formas, era reparador, reparador a un nivel que ya no sentía los huesos, mi cuerpo se había vuelto liviano, blando, casi líquido. Siete palabras. Un pasillo. Él con esa camisa de jean. Y sí. Me importaba. Hubiera preferido infinito que no. Pero sí.



Volví por el pasillo, casi una odisea. Con lo que detesto sentir la gente tan cerca, pero yo casi levitaba. Posta. No podía dejar de pensar en que iba a verlo. ¿Tenía que hacer algo? No. Que hiciera él. Si es que todavía estaba y quería hacer algo.

Y todavía estaba. Apenas salí del pasillo lo vi, en la barra, ahí apoyado con el imbécil de Gastón y un compilado de otros imbéciles. Simón me estaba mirando. A mí. Tenía que ser a mí. Ni se me ocurrió girar la cabeza a ver si justo por esas cosas que me suelen pasar atrás había una de las chicas con las que lo vi antes. No giré. Pero bajé la mirada, porque qué onda. Busqué a los chicos. Vi la mesa. Y al lado, con los brazos cruzados contra el pecho, camisa escocesa, estaba León. Que sonrió a medias cuando cruzamos las miradas. !!! Yo le sonreí grande. A él, pero porque Simón debía estar mirando, tenía que estar mirando. Adentro sentí una ola de risa, tsunami de risa. Eso tenía que ser un sueño. Caminé hasta la mesa y por un momento miré otra vez a Simón. Estaba mirando, obvio. Con la camisa arremangada, tomando un trago, me miraba impasible. Llegué a la mesa. La cara de Rosario era mortal. Los ojos de Wanda y de Tania eran cuatro pelotitas que saltaban de Simón a León, a mí y a Rosario. Le di un beso a León.

—¿Qué hacés? —le pregunté.

—Te esperaba, la vi a Rosario y pensé que tal vez vos estabas.

Olía tan bien de cerca. Es que para poder escucharnos teníamos que hablar con mi boca pegada a su oído. Mirarnos y acercarnos para volver a hablar.

Me quedé mirándolo. Al lado de él me sentía mínima.

—¿Hacemos algo? —me preguntó—, vine con los chicos pero no quiero ir a bailar.

Exactamente lo que necesitaba para desaparecer de ese lugar sin que nadie me dijera nada. La excusa perfecta. ¿Quién en todo el colegio se podría haber negado? Volví a verlo detrás de León, ¿ahora que estaba Simón, también quería irme? Fue un segundo en el que dudé. ↵

—Dale, vamos —le dije.

—Me voy —les avisé a todos, y creo que fue la primera vez que hablé en toda la noche.

Las caras, una colección para días de poco humor.

M a r a v i l l o s o.

Les di un beso a cada uno y Rosario me agarró del brazo para decirme rápido al oído: “Para

cuando dudes, Simón y León, dos de los chicos con más onda del colegio”. Sonrió con una de esas sonrisas que ella puede desplegar. León los saludó a todos con la mano y empezó a caminar para la salida. Sentí todo el tiempo que los ojos de Simón me atravesaban la nuca, pero ni por un segundo le iba a dar el gusto de mirar. No estaba pensando en él en ese momento. O sí. Y de hecho no, porque en ese instante sentí la mano de León agarrando la mía para pasar entre la gente que se amontonaba en la entrada. Me sorprendió. Pero no me solté. Cuando pudimos atravesar la puerta, sentí el frío en la cara y él me soltó. Caminó hasta un costado del local y sacó el skate de detrás de unos tachos de basura.

—Listo —me dijo volviéndose a mí—, ¿qué hacemos?

Yo no había pensado en eso.

—¿Comiste algo? —le pregunté mientras mi cabeza centrifugaba a la velocidad de la luz.

—Algo más temprano, ¿comemos? —me preguntó.

Asentí. Yo no había cenado. Y comer siempre es una buena opción. Por lejos mejor que quedarme otra vez sin plan como el primer día.

Y esta vez guie yo. Cruzamos la avenida. Estábamos frente al playón de la universidad, al costado, y en una de las calles secundarias se ubicaban varios carritos. Una hamburguesa con papas fritas para cada uno. Nos sentamos en las escalinatas laterales cerca de donde jugaban al hockey. ✨ El parque enfrente, los troncos de los árboles oscuros, el cielo recortado, las estrellas nítidas. Comimos en silencio. Por momentos lo miraba de reojo. Podía olerlo. Se había puesto perfume. Hubiera jurado que León no era el tipo de chico que se ponía perfume. Pero qué sé yo de chicos. NADA.

Y cuando terminamos de comer todavía era temprano, una hora en la que ni siquiera hubiéramos entrado a bailar. No sé qué me pasó pero le pregunté:

—¿Vamos a casa?

Me odié en el mismo instante en que lo estaba terminando de decir. A casa. En casa no había nadie. ¿Qué iba a pensar León? ¿Qué me importaba lo que pensara? Me di cuenta de que tenía más miedo de mí que de él. Ya estaba dicho. Suspendido en la noche.

León me miró. “Sí, León —pensé—, soy una imbécil, decí que no”. Pero no me podía callar la boca y seguí:

—Yo decía, podemos ver una peli, no hay nadie en casa y no es que vaya a pasar nada —ese instante en el que te empezás a embarrar, te metés en una peor que la anterior y te recibís de boluda. !!!

León me apoyó la mano en el brazo. Y se rio.

—Ey, Rafaela, tranquila, podemos ir a tu casa. Sí, podemos ver una peli. No, no tiene que pasar nada.

Claro, tenía que ser imbécil, más imbécil que el imbécil de Gastón. Yo era el compilado de los imbéciles.

Me dieron ganas de desaparecer, me mordí el labio, suspiré y le dije:

—Sí, obvio que no, acabo de recibirme de boluda, es que esto... —con un dedo hice velozmente el recorrido de la distancia entre mi cuerpo y el suyo—, esto, no me es habitual.

Él no dijo nada, se levantó cuan alto y largo es y yo lo seguí.

—Compremos helado —propuse.

Y me volví a odiar.

¿Era necesario? ¿Cuánto más íbamos a comer en una noche? ¿Quería comerme todo para no comérmelo a él? ¿Eso me daba miedo? Me reí ante mi propio pensamiento, lo que claramente me hizo ver como una loca.

—Compremos —aceptó.

¿A nada me iba a decir que no?

MIEDO.

Mientras cruzábamos la avenida, pensé que no era necesario el helado. Pero ya estábamos haciendo la cola para comprarlo. Y diez minutos más tarde empezamos a caminar a casa. En una de las calles desiertas intenté subirme a su skate. Casi me mato.

—Es que no da con esos zapatitos de bailarina —me dijo él.

Hice una mueca tratando de volver a subir pero desistí, porque caerme no estaba en mis planes.

¿Zapatitos de bailarina? Qué pibe.

Las últimas cuadras sentí que el corazón se me iba a escapar de la boca como una mariposa. Pero ya estábamos ahí a tres, dos, una cuadra. Casa. Suerte que estaba Minerva. Que saltó a recibirnos. Y una vez que pasó ese instante, ahí, en medio del living, estábamos solos, León, el helado y yo.

Y nos reímos. O yo me reí y él se rio. Pero nos reímos. Creo que los dos nos acordamos en el mismo momento de lo que yo le había dicho de estar solos y que no iba a pasar nada.

Y reaccioné. Le saqué la bolsa del (helado) de la mano, busqué dos cucharas en el cajón de la barra desayunadora.

—¿Del pote está bien? —le pregunté.

—Obvio —me dijo—. Me siento —avisó y se desparramó en el sillón.

Es la segunda vez en mi vida que traigo un chico a mi casa. Soy tan naba que volví a sonreír pensando en que tenía un buen promedio, dos así de dos. Bien por mí.

Me senté al lado de él pero no tan cerca. Me saqué los zapatitos de bailarina. Y crucé las piernas sobre el sillón. Vimos un par de capítulos de *Stranger Things*, se la habían recomendado, pero él todavía no la había visto.

El silencio nos sale bastante bien y más que pasarnos el pote o acotarnos algo no pasó. Al principio no podía dejar de pensar estupideces del estilo “estoy sentada en mi sillón con León, está en mi casa, me esperó para decirme de hacer algo”. Pero me duró tres minutos porque me enganché con la serie como si no la hubiera visto, y en algún momento estar con León se volvió cómodo, natural.

No puedo dejar de preguntarme ¿qué hace León con una chica como yo, no se aburre? Parece que no. A menos que sea masoquista. Parece que no se aburre. Yo no me aburro.

Me digo “basta de preguntarte tantas cosas que no tienen sentido”. León puede ser un amigo. Tener un amigo varón en mi mundo es nuevo. Nuevo como andar en bicicleta. Cortarme el pelo. No pensar tanto en los kilos. Volver a gustar de Simón. Nuevo como que un poco me guste León. O que me gusten dos. Todos. ↩

Volver a gustar de Simón. ¿Qué estoy escribiendo? Pero ahí está, ya lo escribí, no voy a tachar lo que puse arriba. No me gusta como antes. Pero me gusta.

León se fue hace un rato. Él y su skate. Llegó mamá, llegó Aitana. Ya deben estar durmiendo. Y yo no puedo parar de escribir y me tildo por momentos mirando el cielo y en mi cabeza otra vez se repite toda la situación del pasillo. Como el tráiler de una película. El pasillo. Él, su camisa de jean. Sus ojos. Esa voz ronca. Girar para mirarnos los dos, él hablando fuerte por

encima de la gente, sus hombros y sus brazos levantados, la cicatriz en su ceja. Él y yo, otra vez.



Sigo sin poder dormir. Seis de la mañana. Domingo amaneciendo y todo es silencio. La ciudad quieta. Solo se mecen los pájaros. Iba a poner “los árboles”, pero es evidente que me está afectando la falta de sueño. Hace diez minutos, mensaje de Rosario:

El último detalle, el que te parezca insignificante, los quiero todos.

Me hizo reír, está loca y amo a mi amiga loca.

Le contesté rápido.

No sé si estás preparada para tanto.

✓✓

🧐 Probame, llevo todo el secundario esperando este momento.

Me reí, ¿qué esperaba que hubiera pasado?

Te llamo más tarde.

✓✓

Y me acordé de que había quedado algo del helado que habíamos comprado. Me odié por hacerlo pero lo hice igual, el odio pasa. Bajé la escalera en puntas de pie, lo que menos quería era que mamá me viera llevándome el helado a mi habitación y me hiciera algún comentario sobre mis kilos, el helado o lo que fuera. Fue simple. Freezer. Pote. Una cuchara sopera. Si la hacemos, la hacemos bien. El helado y yo al cuarto. Para eso sí que Rosario no debía estar preparada. Me senté apoyándome contra el respaldo de la cama. Y comí despacio para que pasara el tiempo. Sentía que no me iba a poder dormir nunca. El instante del pasillo como un eco eterno en mi cabeza.

Y en un momento me acordé de León. En realidad, de algo que me había dicho cuando terminamos de ver la serie. En un raptó de sinceridad, un acto suicida, le pregunté:

—¿Qué hacés acá?

Me miró.

—¿Acá en tu casa o acá con vos?

—Acá conmigo.

—Simple. Estoy conociendo a la chica con más personalidad del colegio. ☆

Mis ojos, desorbitados.

—No —le dije—, te habrás confundido de chica, de colegio.

—No creo —me dijo mientras se acomodaba contra el respaldo del sillón—, fijate, cuántas chicas se cortarían el pelo así y cuántas vendrían a hablarme como hiciste vos el primer día.

Malísimo. Había creado un universo con los dos posibles actos más osados de mi vida.

Me reí.

—Puede que sean las primeras dos cosas de ese tipo que hago en diecisiete años.

—Mejor —me dijo—, soy testigo del principio. ☆

El principio.

Amé que dijera eso.

Amé y sigo amando.

Me desperté tarde para lo que soy yo. A la una. Pero recién me pude dormir como a las ocho y media. Tampoco es que había dormido tanto. Por un momento pensé si no había tomado un poco de más la noche anterior, me dolía la cabeza y tenía una sensación resacosa. Pero no había tomado casi nada. Me había comido todo. Eso sí. Vi el pote de helado vacío sobre el escritorio. Imposible negarlo. Me sentía como un globo aerostático. Además me está por venir. Todo junto. Antes de bajar pasé por delante del espejo y me puse de perfil. Saqué un poco de panza, tengo un embarazo de cuatro meses por lo menos. Me prometí mientras bajaba la escalera no comer casi nada en todo el día. Mates y fruta, bueno, alguna tostada a la tarde. A lo mejor a la noche hasta podía cenar liviano. En el último escalón me di cuenta de que no lo iba a poder sostener.

Hasta ahí, la vida misma. Hasta la barra desayunadora.

Porque cuando giré para buscar la pava para los mates, lo vi.

Arriba de la barra, un sobre blanco.

Un sobre blanco, con mi nombre escrito en negro.

Unas letras ondulantes que decían *Rafaela Rivera*.

Me quedé helada, como en el juego de la estatua. Igual. Mientras mi mano se acercaba al sobre pensé en Simón. Tenía que ser Simón. ¿Quién iba a mandarme una carta?

Y así, con el pantalón pijama a rayas, la remera vieja que uso para dormir, descalza, giré el sobre.

Rte.: Manuel Rivera. ↗

Papá.

Mi papá.

Lo primero que pensé fue “¿qué onda?” Porque sí, ¿una carta?

Leí el nombre y sentí como una patada en el pecho. Feo.

Feo también pensar que era Simón y que fuera papá. El regreso de los muertos vivos. Claro, cómo no asociarlos, si cuando las cosas se complican los dos tienen la fragilidad de desaparecer. Y hasta me dan ganas de desaparecer a mí. Esa es la cagada. ↶

Me gusta tu corte. Carta. Qué liviano parecía. Qué fácil.

Y ahí me di cuenta de que estaba parada en la cocina, mirando un sobre con mi nombre, en el

silencio de la siesta de domingo. Imaginé que mamá y Aitana habían ido al club. ¿Quién había dejado ese sobre para mí? Porque tal vez papá lo había llevado hasta casa, pero ¿quién lo había dejado esperando a que yo me despertara?

Lo tiré sobre la barra. Y caminé hasta la bacha, llené la pava, la puse al fuego, y me lo quedé mirando apoyada contra la mesada. Como si estuviera vivo y pudiera emitir algún sonido o iniciar un movimiento. Pero ahí estaba, inmóvil.

Abrí el tacho de basura para tirar la yerba del mate y me encontré con otro sobre blanco. Parecía una búsqueda del tesoro. Lo agarré y, sí, tampoco había que ser Sherlock. La misma letra ondulante. *Aitana Rivera*. Ni siquiera lo había abierto. No me imaginaba un universo donde Aitana le diera una chance a papá. Ni media. Nada. Para Aitana papá está muerto. Pensé en rescatarlo, solo por si algún día Aitana llegaba a querer leerlo, y decidí que no. Que esa era su decisión. Cada una que hiciera lo que le fuera orgánico. Preparé mate y me senté con el termo en la barra. Contrariamente a lo que hubiera esperado cuando todavía esperaba algo, no había alegría, no había alivio. Era amargo. Que apareciera así era porque un día había desaparecido. Y se sentía triste. No tenía la menor idea de qué podía decir. Podía ser una invitación de casamiento, una carta explicando lo que para mí no tenía mucha explicación, pidiendo disculpas, culpando a mamá, dejándonos la herencia de su fortuna conseguida una vez que se había ido, podía ser cualquier cosa. Pero mirándolo era plenamente consciente de que iba a cambiar mi vida. Y me parecía bastante violento que él desapareciera y la cambiara, y apareciera y volviera a cambiarla, todo cuando a él se le ocurría. Y lo que nosotras tres habíamos necesitado, cada vez que lo habíamos necesitado, ahí brillaba su ausencia como una estrella feroz.

Me volvió a la cocina un mensaje. Pensé que podía ser Rosario queriendo novedades de la noche anterior pero era Aitana.

¿Te levantaste?

Sí. Feliz Navidad, Año Nuevo, Reyes, cumpleaños y domingo. 😊

✓✓

Perdón que no me pude quedar, tenía partido con las chicas y no podía dejarlas en banda. ¿Estás bien?

No tengo ni idea qué quiere.

✓✓

No pienso leerlo. Es un extraño. No lo conozco. No lo puedo creer, ¿quién se cree que es?

Me quedé en silencio y volví a tipear, veloz:

¿Sabés cuál era el tema de mamá? Cómo aparece un domingo, sabiendo que ella tiene que ir al club, ¿quién va a contener a Rafaela? Obvio que se autoconvenció de que vos vas a estar bien.

Los dilemas de mamá.

Se autoconvenció de que ella está bien y es feliz.



Nos vemos más tarde, te quiero.



Le mandé y cerré el chat.

Y ahí, el sobre. No lo pensaba abrir. No lo pensaba tirar pero no tenía ganas de saber.

Siempre supe que este momento iba a llegar, un día u otro, a mis veinticinco, a mis treinta o a mis diecisiete como está pasando, un día de esos que parecen como todos los demás días, iba a aparecer papá. Y se iba a abrir otro mundo. Jamás supe qué iba a hacer cuando eso sucediera. Aitana lo tenía clarísimo. Yo no. A veces pensaba que después de algunas charlas adultas y muy despacio podría acercarme a él. Y otras, no quería saber nada.

Lo que sí tengo claro es que lo que hizo papá habla de quién es él, aunque mil veces había pensado que la culpa la teníamos nosotras, mamá, Aitana y yo. Lo que había hecho hablaba de él, no de nosotras.

Lo mismo, exacto, aplica a Simón.

Sonríó entre las lágrimas, me seco la cara. Muy infeliz coincidencia.

Y no puedo parar de llorar.

↳ Lo peor es que tengo ganas de contárselo a Simón. Justo a él de entre todos en el mundo. Ni me lo pienso permitir. A Simón no le importa nada de mí. O no le importó. O qué sé yo si le importó y no se pudo hacer cargo. Su historia. Como si justo ahora necesitara su abrazo. O tal vez como si con esto pudiera conmoverlo. Y sí. Y no me gusta que eso sea ni siquiera una posibilidad.

Pensé en Rosario. Pero Rosario hace muchas preguntas. Obvio que se lo voy a terminar contando. Pero ahora no sé.

Pensé en León.

¿Por qué?

Irresponsable.

La realidad es que Simón algo me conoce, Rosario me conoce casi toda y León no me conoce casi nada. No tiene prejuicios de papá, ni de mí. Solo piensa erróneamente que soy una chica con personalidad. Con el tiempo se va a dar cuenta. Si tuviera la personalidad que él piensa que tengo, a la amiga de la abuela la hubiera mandado a la mierda, o me hubiera defendido de Gastón el día que rodé por la escalera o le hubiera dicho algo a los que me dijeron “gorda”, o me hubiera vengado de todos. Y la realidad es que solo me gustaría aprender a defenderme y hacer lo que tenga ganas cuando tenga ganas. No parece tan complicado.

Y pensé en León porque tenía ganas de verlo. Porque siento que le gusta estar conmigo. Y me gusta estar con él. Me siento cómoda. Simple, puedo comer delante de él y no me inhibo. Eso es casi todo. Jamás como en público. No como en cumpleaños, ni en fiestas, ni con las chicas, o como poco, siempre incómoda. Como casi siempre sola en casa y muchas veces a escondidas.

Ya había empezado a atardecer y todavía ni mamá ni Aitana habían aparecido cuando decidí ser la chica con personalidad que León imaginaba. Agarré el celular para escribirle. Entré a whatsapp y había un mensaje suyo. Sincronicidad, dicen.

¿Salimos hoy?, mis viejos se quedan en casa, tengo el auto.

Sí, obvio, inventemos algo.

✓✓

Lo cité.

¿Te paso a buscar a las 9?

Dale.



Simple. Todo simple. ✨

A veces puede ser simple.

Y ahí, en ese instante, me anidó un nudo en la panza.

Me pregunté si se podía ser un poco feliz el mismo día en que aparecía tu papá, el mismo día en que habías llorado toda la tarde. Algo hondo me dijo “sí, se puede”. Debía ser la chica con personalidad opinando. Porque hace un año, seis meses, me hubiera tirado en la cama a llorar todo el día y a comer a escondidas. Ni se me hubiera ocurrido salir con alguien. Y nadie me hubiera invitado.

Decidí buscar el antifaz relajante, el verde, ese que se pone mamá cuando tiene los ojos hinchados. Habilitaba, porque no podía salir con los ojos así. Lo guarda en la heladera para cuando lo necesita. Ahí estaba yo, necesitándolo. Lo busqué, subí a mi cuarto, me tiré en la cama, agarré el celular y la llamé a Rosario. Recién en ese momento tuve el valor para llamar y saber que no me iba a quebrar. Y no me quebré. Creo que más que nada por lo de León. Sobre eso giró nuestra charla. Me contó que Simón estuvo malhumorado el resto de la noche y que no fue a bailar. Eso sí es rarísimo, pero imaginé que podía ser porque se había encontrado con alguna de todas sus chicas antes de entrar y se había ido con ella. Rosario me cortó:

—Ay, no, estaba embolado. Simón viene siempre a bailar, Rafi, sos insoportable, nunca te podés creer nada.

Y no. Bueno, a veces no. Tampoco voy a pensar que Simón está con una depresión postraumática por haberme perdido un año antes. Boludeces tampoco. !!!

Le conté lo de León, todo con detalles, tal como quería. Se quedaba muda del otro lado del teléfono. Hasta que llegué a la salida de hoy.

—Listo —dijo.

—¿Listo qué?

—Sabés lo que significa.

—No.

—No te hagas —me dijo—, hoy se besan.

—¿Hoy me besa?

—Sí, no te hagas. Es obvio que gusta de vos.

Para mí obvio no es. Ni le contesté. Me hubiera besado ayer, y no hubo nada que se pareciera a “te estaría por dar un beso”. O sea, Rosario sabe mucho de la vida pero en estas cosas no es chico + chica = beso. Menos si es Rafaela + chico.

Y después me hizo la pregunta que me volvió a la realidad.

—¿Qué te vas a poner?

Odio esa pregunta.

Lo lamenté por Aitana, pero algo le pensaba robar por segunda noche consecutiva. Algo que sumara un poco de onda a todo el resto. Me paré con el antifaz como vincha delante de su placard abierto. Miré todo varias veces. Y estaba a punto de desistir. Hasta que lo vi. Y supe que sí. De arriba de todo, subida a la silla de su escritorio, bajé el sombrero negro. Con León me animaba. O sea, estábamos hablando de la chica con más personalidad del colegio. Esa se lo pondría de una. Sin dudarlo. Y así me lo puse yo. ↪

Al rato apareció mamá. Otra que es cuando a ella se le canta. Quería hablar. A las siete y media de la tarde quería hablar. No hablé con Rosario y voy a hablar con ella. Mirada de hielo y le dije: “No tengo ganas de hablar, mamá”. Así, “mamá”, entero. Tenía ganas de decirle “Nadine”, pero eso era para quilombo. Igual, creo que se lo esperaba. Y no creo que ella quisiera realmente hablar. Hablar no es algo que nos pasa.

El sombrero. Unos borceguíes. Un jean negro. Una camisa blanca y arriba el suéter grande, oscuro, que me había puesto ayer. Y la cartera chiquita.

Me miré en el espejo de mi cuarto.

Los ojos zafaban. Me maquillé un poco. Casi nada.

Y sonreí.

Llegando, me avisó León por mensaje.

Mamá, cuando escuchó que bajaba, se asomó desde su cuarto sorprendida.

—¿Salís? —me preguntó como si no fuera evidente hasta lo obvio.

—Sí, salgo —la corté en seco.

—¿Con quién? —siguió.

—Salgo, mamá —después aflojé, porque al fin y al cabo tampoco es que vivo sola como para hacerme la que no tengo que dar explicaciones—. Salgo con un compañero —agregué.

—Estás bien así —me gritó desde arriba aunque nadie le había preguntado.

Madres. Aunque a la vez, atónita, me di cuenta de que era la primera vez en la historia del mundo que mamá me decía que estaba bien. Iba a implosionar el barrio entero. !!!

Salí de casa y caminé hasta el cordón de la vereda. Y ahí dobló la esquina un auto negro. Estacionó suave a mi lado, la ventanilla del lado del acompañante bajó y pude ver a León asomándose con una sonrisa.

Y sí, esa sonrisa era para mí.

—¿Subís? —me invitó.

Y subí.

La música sonaba no muy fuerte.

—Esa es mi banda —dijo y arrancó.

Vi pasar la ciudad como si la peináramos en un solo movimiento sin pausa. Y después estábamos en la ruta. ★

La ruta. Su banda. Nosotros. El cielo.

Abrí la ventanilla, saqué mi brazo y estiré la mano como un aspa; el frío en la cara.

Giré y lo miré mientras cerraba la ventanilla.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

León negó con la cabeza mientras sonreía a medias y miraba por el espejo retrovisor manejando con una sola mano.

Es una estupidez, lo sé, pero vi su mano sobre el volante y tuve que desviar la mirada.

—Está buena tu banda —le dije, igual lo que en realidad pensaba era lo bueno que estaba él.

—Está bueno tu sombrero —me respondió.

Permanecimos en silencio. Todas las estrellas juntas. Es impresionante el cielo desde la ruta. Y un vértigo adentro que me recorría toda. Ese instante era todo. Ese instante era el universo entero. No había nada más que nosotros. ⚡

Tuve que hacer un esfuerzo para acordarme de que había un sobre en mi escritorio que esperaba ser abierto. Todo lo que había quedado atrás parecía tan lejano, irreal.

Ya habían pasado como cuarenta minutos cuando mirando los carteles pegados a la ruta me empecé a hacer una idea de adónde estábamos yendo. Pero no dije nada. Era mejor comerme la ruta, el cielo, el aire frío que entraba por la leve hendidura que había dejado abierta en la ventanilla. Era uno de esos momentos que sabía que no me iba a olvidar nunca.

A veces lo miraba de reojo con un movimiento casi imperceptible. León manejaba con una mano y tamborileaba de vez en cuando sus dedos en el volante o apoyaba su otro brazo en la puerta y dejaba caer su cabeza de costado. Se había puesto una remera a rayas, grises y azules, una campera con capucha verde seco y una campera de cuero encima. Imaginaba a Rosario diciéndome, “no puede tener más onda”. Porque sí, no podía tener más onda ahí manejando. ↪

Y a la hora, tomó una ruta secundaria debajo de un cartel que anunciaba la llegada a una ciudad de la costa. Me había llevado esa noche de domingo hasta la playa. Y se manejó como si conociera todo. Estaba segura de que era bastante improbable que hubiera ido antes si se acababa de mudar a nuestra ciudad.

Ver a alguien animándose es contagioso e inspira.

No dije nada.

Y después de dar un par de vueltas por la ciudad desierta, había un par de locales abiertos y algunas casas con las ventanas iluminadas, detuvo el auto delante de un médano.

—Bajemos —me dijo.

Abrí la puerta y respiré todo el aire de mar mientras cerraba los ojos. Bajé. León estaba sacando algo del asiento trasero. Casi me acerco para ver qué estaba buscando pero decidí caminar hacia la playa.

✧El mar oscuro lamía la orilla y arriba, suspendida, una luna finita como un gajo. Giré, buscándolo mientras me agarraba el sombrero para no perderlo con el viento, y lo vi venir con una manta y una lona en una mano y en la otra un termo con un vaso de plástico. No lo esperé y seguí caminando. Me detuve a mitad de camino. La playa ancha, inmensa. Y nosotros.

Era la primera vez que alguien hacía algo así por mí. O lo hacía para él, pero quería compartirlo conmigo. Descubrirlo me anudó la garganta y agradecí que León no fuera de hablar mucho porque si me decía algo no iba a poder contestarle.

Él llegó hasta donde lo esperaba, extendió la lona sobre la arena y se sentó, dejó la manta, el termo y el vaso a un costado y apoyó los codos sobre sus rodillas flexionadas. Me quedé parada. Volví a cerrar los ojos y respiré.

—Sentate —me dijo y sonrió—, es raro verte más alta que yo.

Meneé la cabeza mordiéndome el labio, un tarado.

Y me senté al lado de él. Los dos mirando el mar.

Los domingos no pasaban esas cosas. Ni los lunes. Ni los martes. Ni viernes. Ni feriados. Pero ahí estaba pasando. Sonreí grande. Esas son las cosas que me hacen sentir viva, viviendo realmente mi vida, no que me pasa por el costado, que les pasa a otros. Que me pasa a mí. Eso, mágico, me estaba pasando a mí. ↗

—¿Café? —me preguntó.

Asentí.

León abrió el termo, sirvió en el vaso y me lo dio. Soplé suave y tomé un sorbo, él se sirvió en la tapa del termo y se quedó mirando el mar con el café humeante entre sus manos.

—Gracias —le dije después de un par de sorbos y lo miré de costado.

—De nada —me respondió mirándome fijo—, desde que nos mudamos que quería venir, no es lejos.

—Bueno, un poco —no conocía a nadie que se fuera a ver el mar como si fuera al parque.

—Viste que lo de las distancias es relativo —me dijo tomando otro sorbo—, en Buenos Aires es habitual manejar una hora para ir a algún lugar.

Hizo un silencio y después siguió:

—Y creo que hice bien en invitarte. ¿Vos estuviste llorando?

—¿Tanto se nota? —fruncí el ceño.

—Tanto no, un poco sí.

Asentí con la cabeza. Me saqué el sombrero que apoyé al lado de mi cuerpo y me acosté sobre la arena mirando el cielo.

León no se movió. Me había dado el pie perfecto para que pudiera contarle lo que había ido a contarle. Le iba a arruinar toda la salida, y sí, él manejaba hasta el mar para pasar un buen momento y yo iba con la historia feliz del padre que se fue y aparece por carta un millón de años después. Pero qué me iba a imaginar que él pensaba llevarme hasta ahí esa noche, como mucho me había imaginado ir a comer una hamburguesa. Y punto. Tres vueltas a la ciudad en auto y a dormir. Y él había preguntado. Bien podría haber ignorado mis ojos hinchados, pero no. Y en realidad ni siquiera era todo eso, era tener las palabras atrapadas en la garganta y sentir que no podía decir nada. Como cuando no me defiendo.

Igual.

Él miraba el (mar) y esperaba paciente a que empezara a hablar. Suspiré pero me salió más como un bufido y me volví a sentar. Me miró imperturbable. Lo miré. Cada detalle de esos ojos. Las cejas despeinadas cerca del arco de la nariz.

Bajé la mirada a mis manos, la arena, la nada.

—Apareció mi papá —dije por fin. Lo dije.

Mi papá. No podía recordar la última vez que lo había nombrado.
Y le conté.

Hacía mucho frío, hasta nos habíamos tapado con la manta, pero no me podía volver sin meter los pies en el agua. Me saqué los borceguíes, las medias, los dejé junto a la lona, me arremangué el jean y empecé a caminar hasta la orilla. León se había quedado sentado mirándome. Estaba por llegar cuando escuché su grito mientras lo veía pasar corriendo y sumergirse al mar en bóxer. Me empecé a reír apenas lo vi. ↪ Está loco. Así de loco. De manejar un domingo a la noche hasta la playa y tirarse al mar con el frío que hacía. Apareció a lo lejos, se irguió entre las olas, alcanzaba a ver su pecho y se sacudió el pelo. No me pensaba quedar en ropa interior y meterme al agua con él. Probablemente es lo que tendría que haber hecho, pero ni me podía acordar qué bombacha me había puesto. Como si eso importara. Esa sí hubiera sido la gran osadía de la chica con personalidad que no soy. Lo veía aparecer y desaparecer en el agua a lo lejos, y caminé por la orilla mojándome los pies hasta los tobillos, un poco más hasta las rodillas, mirando alternativamente a León y a la luna-gajo sostenida por el cielo infinito. Ese instante. Desde que había pasado a buscarme había sido como abrir espacio dentro de la diaria, desarmar la rutina y crear algo nuevo. Se sentía feliz.

No tardó mucho en volver a pasar corriendo mientras me decía:

—Me voy a cambiar, me estoy cagando de frío.

—Estás loco —le grité.

Y lo seguí a la lona donde sonriendo me pidió que me diera vuelta para sacarse el bóxer y ponerse el jean. Giré y casi me tiento. Atrás estaba León desnudo. Yo nunca vi un chico desnudo en persona. No voy a venir a mentir acá. Me avisó cuando estuvo listo para que pudiera girar. Tenía puesto solo el jean, sin remera, descalzo. ⚡

↪ Y al final me tenté, porque soy tan inmadura. Y porque está tan bueno.

Él me miró como si estuviera un poco loca por reírme de la nada y se siguió vistiendo. Ni siquiera sé si se da cuenta de algo de lo que me pasa por la cabeza. Parece que sí pero ojalá que no. Mientras él se cambiaba, me puse las medias, los borceguíes, juntamos todo y volvimos al auto.

Subimos. Encendió la calefacción, un placer sentir mis pies calientes y a la vez, una sensación agridulce al irnos. Como si estuviéramos volviendo de las vacaciones. Cualquiera, yo. Pero me

sentía tan bien ahí. Nos podríamos haber quedado un par de días. Pero ya era la madrugada del lunes y a las ocho de la mañana teníamos Economía. Divertido. Sí. Y ni siquiera habíamos comido. Yo tenía hambre pero no pensaba decir nada. De última comía algo en casa cuando llegara.

León arrancó. Pero antes de salir a la ruta paró el auto delante de una pizzería que estaba cerrando y con esa virtud que tiene para sociabilizar, mientras yo lo miraba desde el auto consiguió que le sacaran una pizza. Esos son los que me gustan. A los que ni siquiera les tenés que decir “me estoy muriendo de hambre”. Qué flores ni bombones, bueno bombones tampoco está nada mal. Pizza. Sonreí ante la estupidez que estaba pensando. Subió con la caja, la dejó sobre la guantera, con dos botellas chicas de gaseosa.

—Ahora sí —me dijo y arrancó.

↪ Y ese momento comiendo pizza en la ruta, escuchando música, eso, fue lo mejor. Y sentirme tan relajada y segura, como si nada pudiera espantar a León, como si nada pudiera romper esa energía que se genera entre nosotros. Como si fuera así de resistente. Como si fuera así de simple.

Y a mitad de camino se rio de la nada.

Lo miré, me miró.

—Y yo que pensé que habías llorado por Simón.

Un ¿¿QUÉÉÉ?? estalló en mi cabeza.

—¿Simón? —le pregunté minimizando el nombre como si fuera desconocido.

—Sí, el que va al otro curso, me avisaron que quiere hablar conmigo. —Hizo la seña de comillas con sus manos. !!!

Mis ojos desorbitados y el corazón que me latía en la boca, entre el paladar, los labios y los dientes. ¿De qué hablaba?

—No me mires así, me imaginé que debe venir por tu lado. Más que nada por cómo nos miraba cuando nos fuimos juntos del bar.

Me mordí el labio.

—Por eso me diste la mano —le dije de una.

Levantó los hombros y sonrió inocente.

—Pará, no tengo ni idea de que pasó entre ustedes, pero que se curta un poco.

Me reí pero de los nervios.

—No pasó nada entre nosotros —le dije y fue lo único que me salió.

Simón quería hablar con León.

Simón estaba completamente loco.

—Lo que me preocupa —siguió León— es que no sé qué quiere decirme, puede que hasta no quiera hablarme. !!!

Era obvio que no le preocupaba nada. Hasta estaba divertido.

—No se van a pelear sin ninguna razón.

—Es él el que quiere hablar —se arremangó un poco la campera y siguió manejando como si nada.

Insólito. Simón quería hablar con León y había una remota posibilidad de que fuera por mí, ¿de qué?

León me dejó en casa a las dos de la mañana. Le di un beso rápido, todavía sin poder creer lo que me había contado. Entré y lo escuché arrancar. Subí en puntas de pie aunque nadie iba a despertarse. Mamá se habría imaginado que a las once como mucho iba a estar durmiendo y jamás hubiera pensado que podía irme hasta la playa con el chico nuevo y llegar a cualquier hora. Jamás. Yo tampoco podría haberlo pensado así que no era para sorprenderse que ella no me tuviera fe.

Entré en mi cuarto, encendí la luz del escritorio, me saqué los borceguíes, las medias, el suéter. Dejé la cartera y el sombrero sobre la silla. Me tiré en la cama. Sentía los labios salados, un gusto a sal y viento. Cerré los ojos y nos volví a ver en la ruta, comiendo pizza, charlando, riéndonos, a él en jean, ☆ descalzo, sin remera, con el pelo mojado. A mí girando con la mano en el sombrero para buscarlo, mis pies en el agua. Todo real. Todo eso (real).

Abrí los ojos y vi el sobre en el escritorio, inmóvil, esperando. Eso también era real. Y sí, mi papá había vuelto.

Me senté en un rincón del escenario con el sobre en la mano. Lo había llevado al colegio porque en casa no podía leer la carta. Sentía que la angustia iba a impregnar para siempre el lugar donde estuviera cuando lo abriera. En cambio ahí, si algo se impregnaba de esa emoción, no era un lugar tan cotidiano como para que me lo recordara. En el recreo me había refugiado en el salón de actos. No podíamos entrar sin permiso pero no me podía importar menos. No había lugar más íntimo que ese así, vacío. Todas las butacas estaban a oscuras, lo único iluminado era el escenario. Como en la vida.

Cuando le conté a León, al principio se quedó un momento pensando y después me dijo que si había guardado la carta era porque quería leerla y que para saber qué hacer tenía que saber qué decía porque eso podía cambiar las cosas. Que era una decisión tan personal que nadie podía opinar mucho sobre eso. Y que si quería ver a papá y podíamos ir restableciendo el vínculo, cuanto antes eso se pudiera reconstruir mejor para los dos. Igual él no sabía si podría remontar una situación como la de papá con nosotras.

Y tenía razón, si había guardado la carta era porque quería leerla. Y sí. Quería. Pero tenía mucho miedo de que nada fuera lo que esperaba aunque tampoco tenía muy claro qué esperaba. Sentada sobre el escenario lo abrí. Adentro una hoja, con la misma letra ondulante del sobre, en tinta negra. Empezaba así:

Pequeña Flor.

Así me decía cuando era chica. Me acordé de repente porque nadie jamás volvió a llamarme “Pequeña Flor” después.

Eso, mínimo, abrió un mundo dentro de mí.

No podía leer la carta. Me iba a quebrar en mil pedazos. Aitana la tenía tan clara. Tirarla había sido la mejor decisión. Pero como yo no podía, pensé en romperla y listo. Después no iba a haber forma de recuperarla ni manera de contactar a papá. Ni siquiera entiendo para qué lo llamo “papá”. Es Manuel. Punto.

Y estaba por romperla cuando se abrió la puerta del salón de actos; intenté desaparecer detrás del cortinado, pero el preceptor de primer año fue más rápido, me vio y me pegó un grito que fue algo así como “ni se te ocurra escaparte, sabés que no se puede estar acá, además es horario de

clase”.

Y me mandó a Dirección. A Dirección por semejante imbecilidad. Se ve que no tienen nada que hacer y se tienen que inventar algo, porque escabullirte en el salón de actos y perderte una hora de clase no es ni por casualidad lo más osado que podés hacer en el colegio. Pero el preceptor fue implacable. Y no le pensaba rogar para que lo dejara pasar. Me paré con la mayor dignidad que pude y caminé hasta la Dirección que está en la planta baja, pensando que no había leído la carta, ni la había roto, y para colmo me estaba a punto de ligar las primeras sanciones de mi vida. Y las más ridículas del planeta. Estuve tentada de escaparme cuando pasé por la puerta pero tarde o temprano iba a tener que enfrentarme al director y a la estupidez de haberme metido en el salón de actos. Todo por los de cuarto que habían entrado un par de meses antes y habían descontrolado el lugar. Suspendieron a cinco por eso.

La puerta de Dirección estaba cerrada. Daba a un pasillo ancho con bancos a los costados para esperar el turno de la muerte. Entré sin pensar, ya estaba jugada. Y ahí, enfrentados, sentados uno en cada banco, estaban Simón y León.



—Ah, bueno, estamos todos —me escuché diciendo mientras cerraba la puerta. Y se ve que ellos también me escucharon porque me miraron. Simón levantó una ceja.

—Y vos, ¿por qué estás acá? —preguntó sin poderlo creer.

Claro, él sabía que yo no era ni por casualidad pasajero frecuente de Dirección. Ni para ponerme sanciones me registraban en el colegio. En cambio para León podía parecer tan natural mi presencia ahí.

—¿Y por qué no podría estar acá? —le retuqué, desquitándome de que me hubiera encontrado el preceptor. Y me di cuenta en ese instante de que eran las primeras palabras que le decía en un año. Malísimo—. ¿Y ustedes por qué están acá? —me paré delante de ellos.

León sonrió. !!!

—¿Nosotros?, porque estuvimos “hablando” —me respondió irónico con una media sonrisa.

Simón lo taladró con la mirada. Y ahí me di cuenta de que tenían la ropa desarreglada y León tenía un golpe en un ojo.

—Son dos pelotudos —les dije meneando la cabeza y caminé por el pasillo hasta la puerta de salida porque no podía estar ahí con ellos.

Pero justo la abrió el preceptor, el de primer año que se ve que la tiene conmigo.

—Rivera, ¿dónde te pensás que vas? —me dijo.

Hasta sabía mi apellido. Debía ser el único. Me contuve para no contestarle y giré sobre mí. Volví a caminar hasta León y Simón, que me miraban intrigados. La intriga podía más que lo que fuera que estaba pasando entre ellos.

El preceptor pasó a mi lado.

—Sentate —me ordenó—, primero están ellos dos.

Me senté al lado de León.

El preceptor golpeó la puerta del despacho del director, esperó un momento y entró.

—Todavía tenés olor a mar —me dijo León en voz baja, pero como para que lo escucháramos todos. !!!

Me incendié. Y miré a Simón. Su cara. Hubiera querido abrazarlo ahí mismo pero no daba.

—Oliveira —lo llamó el preceptor.

Simón se paró despacio. Lo volvió a mirar fijo a León. Y entró al despacho. Cerró la puerta y el preceptor nos pasó por al lado.

—Después está el caballero y por último, la señorita —dijo y salió del pasillo.

—¿Qué pasó con vos? —me preguntó León.

—¿Y con vos?, ¿qué hacés con Simón? —lo miré furiosa con mi peor mirada de hielo.

Su cara se transformó.

—¿Estás enojada conmigo? —me preguntó incrédulo.

—No, bueno, sí, con los dos, ¿qué onda?

—Nada, ya te dije que no estaba seguro de que realmente quisiera hablar.

Revoleé los ojos.

—Yo no le pegué —levantó sus manos a los costados del cuerpo en el más puro estado de inocencia.

—Pero seguro algo le dijiste. Y lo del olor a mar, innecesario, dejate de joder —ni yo podía creer que le estaba hablando así.

—Me vino a decir que no te vaya a lastimar —León hizo una pausa—, él a mí —dijo remarcando cada letra.

Lo miré desorbitada, sin entender nada.

—¿Eso te dijo?

—Eso me dijo. Y todos sabemos que de lastimarte se encargó él, yo no voy a hacerlo. !!!

—¿Eso le dijiste? —no lo podía creer. ¿Cómo sabía León algo de todo eso? ¿Lo sabía todo el colegio?

León levantó los hombros.

↪ Si lo sabía León, lo sabían todos. La que Simón dejó. La bronca que me daba. Colegio de mierda.

—¿Y vos qué hiciste? —su pregunta me volvió al pasillo.

—Nada, una estupidez, me metí en el salón de actos a leer la carta de mi papá.

—¿Y la leíste?

—No, y para colmo me van a sancionar por ni haberla leído.

Se abrió la puerta, salió Simón mirando fijo a León.

—Vos —le dijo dejando la puerta abierta.

León le pasó por al lado y volvieron a mirarse. Cerró la puerta del despacho y nos quedamos solos, en medio del pasillo, Simón y yo.

Simón me miró con ternura y sonrió.

—¿Sabés qué es lo peor? —me dijo mientras yo me paraba y nos alejábamos un poco de la puerta.

Negué con la cabeza.

—Que León me dijo la verdad. Yo le pegué, pero él me estrelló la verdad en el medio de la cara.

Lo miré y respiré hondo. Esos ojos. Nos miramos en silencio.

—¿Y vos qué hacés acá? —me preguntó.

Y esa parecía la pregunta del millón. Me iba a construir un cartel explicativo porque el director me iba a preguntar exactamente lo mismo.

—Me metí en el salón de actos para leer la carta de mi papá —le contesté sin pensar.

Simón levantó una ceja.

—¿Tu papá?

Y ahí me di cuenta.

—Sí, apareció.

Y dale con decirle “mi papá”. Es Manuel. Punto.

—¿Y cómo estás? —me preguntó en voz más baja.

—No sé, ni leí la carta, no puedo —sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, ¿por qué le estaba contando todo eso a él?

—Leela conmigo —me dijo—, la leo con vos, estoy con vos mientras la leés, veámonos, bueno, cuando quieras o puedas, pero podé y queré, dale.

Se abrió la puerta del despacho y salió León.

—Rafaela, tu turno —me llamó.

Lo miré a Simón, pero no dije nada y caminé hasta el despacho. Pasé al lado de León que me estaba sosteniendo la puerta y los dejé en el pasillo.

Adentro, el director me esperaba echado para atrás en su silla.

—Adelante, Rafaela, sentate por favor —me dijo.

Caminé hasta el escritorio y me senté delante de él. Y conté el cuento por tercera vez. Obvié la

carta. Obvié a Manuel. Le dije que estaba agobiada por terminar quinto, que no sabía qué estudiar, que necesitaba un momento para estar sola y me pareció el mejor lugar del mundo para que nadie me encontrara. Mala mía. Estuvo de acuerdo conmigo. Jamás había pisado la Dirección antes, jamás había generado un solo conflicto. Me dijo que me tenía que sancionar igual porque no se podía saber que yo me había metido ahí y había sido como si nada, pero que se quedaría más tranquilo si agendábamos un par de encuentros con la psicopedagoga.

—A veces uno no necesita cargar con tanto solo, ¿no? —me dijo cálido.

Lo miré y se me llenaron los ojos de lágrimas. La actuación más convincente del planeta. El Oscar para mí. Asentí con la cabeza. Le agradecí. Encuentros con la psicopedagoga me parecía peor, mucho peor, que cualquier sanción. Tener que contarle a alguien que no conozco cosas que no le cuento ni a la gente que conozco. Malísimo.

Afuera el pasillo desierto. Las clases ya habían terminado. Se habían ido todos. Busqué mis cosas en el curso y me fui.

Caminé dos cuadras y le escribí a Aitana.

¿Dónde estás?



Me contestó al toque.

Saliendo de la facu.

¿Nos vemos en casa?



Me escribió rápido.

¿Pasó algo?

No. Y sí. Nos vemos.



Guardé el celular. Jamás le escribía para verla. Para decirle algo gracioso, pero no para vernos, nos vemos cuando nos vemos. Y no es que hablemos tanto, ni siquiera es necesario. Nos entendemos, nos acompañamos cada vez más. Muchísimo más que antes. Y nos peleamos. Pero poco. Muy de vez en cuando. Por ahí alguna contestación fuerte. Nos miramos y nos damos cuenta al toque. Y al rato viene a mi cuarto, me abraza y me dice: “Hermana, te amo, soy jodida, pero sabés que te amo”. Se siente bien cuando me dice “te amo”. Yo también la amo. Pero me cuesta decírselo. Creo que no se lo digo nunca. Le mando un “yo también”.

Llegamos en simultáneo. Ella estacionó el auto delante de casa. Abrí la puerta, la esperé y entramos juntas. Me saqué la corbata, le abrí a Minerva que nos miraba expectante desde el patio, me pegó un salto que casi me tumba.

Aitana abrió la heladera. Su pelo por los hombros, tan lacio, más rubia que pelirroja. Una bomba. Siempre le pongo el emoticón de bomba.

—¿Qué comemos? —me preguntó.

—Yo me comería una hamburguesa —le dije. Y era verdad.

—Me hubieras dicho y pasaba por algún lugar y traía, no nos vamos a poner a hacer ahora, ¿no? —me miró por encima de la puerta de la heladera, medio cuerpo adentro, medio cuerpo afuera.

—¿Cuánto nos puede llevar? —le pregunté.

—No es eso, mamá nos va a decir de todo por el olor —me dijo.

Nos miramos las dos y nos reímos al toque.

—Listo, salen hamburguesas —decidió.

Las bajó del freezer mientras yo me iba a cambiar y cuando volví estaba todo encaminado. Usamos pan lactal porque pan de hamburguesas no había, bah usé, porque Aitana prefiere al plato para no comer tanta harina. Para mí al plato es como comer helado de agua. Tampoco me iba a poner a hacer papas fritas pero por lo menos una buena hamburguesa con lechuga, tomate y huevo. Ella se la preparó con un tomate partido al medio con orégano y oliva.

La otra vez Aitana me dijo que podría empezar a comer más variado, que tratara de incorporar frutas y verduras a lo que como habitualmente, que no me lo decía para que bajara de peso sino para que mi alimentación fuera un poco más saludable. No me lo dijo mal, como me suele hablar mamá. Yo sé. Lo sé. A veces me digo “bueno, el lunes empiezo a estar más atenta a estas cosas”, y cuando llega el momento me digo “un día más”. Como con otras cosas, lo voy postergando.

Mientras yo servía, puso música y nos sentamos una enfrente de la otra en la barra. Y comimos. Aitana cantó un poco mientras dejaba los cubiertos en el plato, cerró los ojos y movió su cabeza siguiendo el ritmo. Yo llego a hacer eso y parece que tengo un espasmo o algo así, ella parecía la protagonista de una publicidad de chocolate, de perfume, de felicidad. Y somos hermanas, así de distintas.

—¿Y qué pasó? —me dijo cuando vio que yo ya había terminado—, ¿qué es lo que no pasó y lo que sí pasó?

Pensé por un segundo por dónde empezar.

Y le conté todo lo de León. Sus ojos. Me hacía caras mientras le contaba. La amenacé con dejar de hablar porque no me podía concentrar, se calmaba un poco y volvía a hacer caras.

Y le conté que Simón apareció otra vez.

—Simple, nena, te comés a León y te comés a Simón.

Revoleé los ojos.

—Y sí —me dijo riéndose—, a Simón lo querés, y a León le querés dar, es simple.

—Tan simple no me parece.

Aparte ni siquiera sé si es tan así.

—Porque te enroscás mucho, disfrutá un poco más.

Y me revienta que me digan lo que piensan que tengo que hacer.

M e r e v i e n t a.

Aitana, mamá o quién sea. Como si yo no supiera qué tengo-quiero-puedo hacer.

Y no se lo iba a decir, pero no era una opción que no hubiera pensado. Y síiiii. Pero pensado solamente, así en la más remota de las fantasías remotas.

Pero ni siquiera era eso de lo que quería hablar, solo contarle.

—Es obvio que vos, que te creés siempre la invisible, estás siendo bastante visible para Simón, siempre fuiste, pero para León también.

Para mí que León quiere ser mi amigo. Nada más. Pero ni se lo dije.

—¿Y qué más? —me preguntó después de un silencio.

—No me digas nada, pero lo de papá.

—¿Lo de papá qué?

—Que yo sí quiero leer la carta —le respondí casi a punto de llorar.

—Y leela, que yo no la lea no quiere decir nada. No me interesa nada lo que quiera decir ese tipo. Sabés lo que pienso, a vos no tiene por qué pasarte lo mismo. Leela —terminó de una y frunció los labios como los frunzo yo.

—Pero no puedo —le dije. Levanté los ojos al techo mientras sentía que se me iban a empezar a caer las lágrimas—. No puedo porque siento que me voy a romper en mil pedazos. Acá siento que no puedo, que se va a llenar la casa de la emoción que me da leerla y después la casa siempre se va a parecer a ese momento, y hoy lo intenté, me metí en el salón de actos pero no pude pasar de la primera frase y para colmo terminé en Dirección, me sancionaron y no me puede importar menos —me terminé de quebrar.

Aitana se paró, rodeó la barra y me abrazó. Me revolvió el pelo.

—Ay, mi pequeña Adele —me dijo. ☆

Y me hizo reír. Siempre me hace reír cuando me dice “Adele”. Solamente con mucha imaginación, vista con un amor de hermana, puedo parecerme a Adele.

—Vamos a leer esa carta hoy mismo, vamos a ir a un lugar en medio de la nada, no sé, al parque, al medio del campo y vamos a leer la carta. La leés sola, la leo con vos, la leo para vos —me miró a los ojos, que es casi como mirarme en el espejo, porque las dos tenemos ojos muy iguales—, y lo que sea que diga lo vamos a enfrentar juntas.

“Juntas” fue hermoso.

Me quedé muda, me emocionó que me dijera lo mismo que me había dicho Simón. Me sequé las lágrimas.

—Dale, dale, nos vamos ya. Agarrá la carta. Que no se nos venga a perder esa carta de mierda justo ahora. Una carta, explicame, ¿se quedó en los ochenta? ¿No podía escribir un mail? —siguió mientras subía las escaleras y bajaba un abrigo—, un mensaje, un tuit, si al final lo único

que tiene que decir es “perdón”, ¡nada más!, no es tan difícil, pero una carta tenía que escribir — se acercó a mí—, y vos llorá, hacés bien, porque cuando se te pase la conmoción por esto, vamos a charlar un ratito de todo lo que me estuviste usando estos días, ¿sombrero te ponés ahora? Mirá vos —sonrió.

Y sonreí. Decía todo para que yo me animara. Y lo había logrado.

Dejamos los platos sucios. Se me ocurrió decir algo de lavarlos y me cortó en seco. “Hay momentos y momentos”, me dijo. Y ese parecía ser un momento en que no se lavaban platos.

Subimos al auto y cruzamos la ciudad con la carta sobre la guantera.

No me rompí nada. Leí la carta y sigo entera. A veces parece que uno se va a quebrar del dolor. Dice Aitana que si una no se resiste, el dolor pasa. De dónde sacó tanta sabiduría, no tengo la menor idea.

Atravesamos la ciudad en el auto, lo que me hizo pensar que es hora de que aprenda a manejar y deje de ser a la que llevan.

Aitana salió a la ruta. Cuando le pregunté adónde íbamos, negó con la cabeza. En cambio me pidió que abriera toda la ventanilla y en un momento en que quedamos solas en la ruta me dijo: “Ahora, aullemos”. Su aullido sonó. El mío era un maullido de gato bebé. Me contó que es algo que hace desde que maneja, se va sola a algún lugar desierto, abre la ventanilla y grita al viento. Tenía que venir a pasarme todo lo que me había pasado ese día para poder ver a mi hermana como si fuera otra. Aullamos otra vez. ⚡ Y ahí sí, grité con todo y sentí que en medio del grito me aliviaba. No alcancé a decirle nada porque cuando entré la cabeza, me dijo:

—¿Viste? Terapéutico.

Manejó hasta los molinos eólicos. Aitana los ama desde siempre. Para ella cuando éramos chicas estaban vivos. “Los seres”, los nombró entonces. Los abuelos siempre nos cuentan que Aitana los miraba sin pestañear cada vez que pasábamos porque estaba segura de que cuando ella pestañeaba, avanzaban. Giraba la cabeza cuando los dejábamos atrás y se quedaba mirándolos absorta. Es su lugar mágico. Yo no sé si tengo un lugar así. Sonreí cuando detuvo el auto junto a la cerca que nos separaba del campo de molinos.

—Entremos —me dijo.

La miré.

—No se puede —le recordé.

—No se pueden tantas cosas y se hacen igual —pasó entre los alambres de púas.

Los molinos giraban lejos, lentos, gigantes, imponentes, tan despojados.

La seguí, me enganché el suéter en el alambre de púas y me tuvo que rescatar. Caminamos unos metros campo adentro y Aitana se sentó en el césped como si cada tanto hiciera eso, como un ritual.

—Los seres se van a llevar todo lo que no se tenga que quedar —me dijo y sonrió—, ¿cómo

hacemos?

Hasta ahí no sabía pero en ese momento supe.

—La leo yo en silencio, vos quedate cerca. Y estamos juntas.

Me senté mirando los molinos. Respiré hondo. Abrí el sobre, desplegué la carta y empecé a leer.

Y no me rompí.

La leí de una. Hasta el final. Aitana miraba el césped entre nosotras. Había cortado una hoja larga y se la enroscaba en un dedo. Me miró con un ojo cuando terminé de leer, el sol le daba en la cara y brillaba como si fuera un poco sol ella también.

—¿Y? —me preguntó después de unos segundos.

—La pude leer —la empecé a doblar y volví a guardarla en el sobre.

—Claro que ibas a poder, mirá, si suma que sume y, si no, ya nada de lo que haga nos va a quebrar. No tiene ese poder.

La miré, incliné la cabeza.

—¿A vos qué te pasó? —le pregunté riéndome.

—Nada, nena, estoy iluminada —me dijo y se rio.

Porque le pasan esas cosas por el centro del cuerpo es que Aitana brilla como brilla siempre.



Ahí, la amé. La amo siempre.

Pero ahí, la amé.

Había una vez un papá. De esa época me acuerdo del violín y un (olor). Pero ni siquiera sé si el olor que recuerdo es el de él. O es un olor que construí, que inventé para que llene su ausencia.

Aitana no me preguntó lo que decía la carta y yo no le conté porque ella no quiere saber. No la voy a transcribir porque sería como una reivindicación. La mejor decisión del mundo fue ir a un lugar abierto a leerla porque nada se impregnó de lo que leía, y siempre se ve todo diferente cuando estás al aire libre, ves que hay más mundo que tu habitación y tu historia, sea lo que sea que te esté pasando, siempre hay más. Y me hizo bien leerla con mi hermana porque lo sentí como un mimo, que esta tarde yo era lo más importante para ella. Ser la hermana menor por un rato, sentir amparo, no está nada mal. No es que me dio otro abrazo como el de la cocina pero todo, seres eólicos, la ruta, el sol, el aire fresco, todo, se sintió como otro (abrazo).

Manuel dice que le costó mucho tiempo animarse a acercarse después de haberse ido. Que le gustaría en algún momento poder conversar conmigo mirándome a los ojos. Primero porque no ve la hora de verme y segundo para poder explicarme lo que le pasó, que es bastante inexplicable. Buenísimo que él mismo lo esté notando. Me pide perdón por no haber estado. Pero que eso es algo que le gustaría poder decirme en persona. Que va a esperar el tiempo que yo necesite para encontrarnos, si es que alguna vez quiero verlo. Tampoco que se victimice. Que va a estar un mes y medio acá, que habló con mamá. ¿Mamá vendría a ser Nadine?, ¿mi mamá?, ¿hablaron? Que le comentó que estaba y que iba a escribirnos. Está parando en lo de un amigo. Deja un celular, un correo electrónico y firma “papá”. Medio atrevido firmar “papá”.

Mil veces pensé en googlearlo. Pero sentía que me iba a quebrar si lo veía, si sabía algo por internet iba a ser horrible. Mi papá, ese que aparece en Facebook, en Instagram o lo que sea. Por eso yo no tengo nada, porque tampoco quería que me viera. Ni que supiera de mí. Aitana sí tiene, pero que yo sepa tampoco lo buscó nunca.

Antes de despedirse dice que Aitana y yo somos lo último en lo que piensa antes de dormir cada noche. Sí, muy conmovedor. Todavía no entiendo cómo puede dormir cada noche después de haberse ido así. Yo no podría.

La realidad es que tengo un mes y medio para decidir si quiero saber si el olor que recuerdo es el de él. ↪

Y cuando pensás que el día que empezó mal va a terminar bien, que tuviste uno de esos momentos con tu hermana que te vas a acordar el día que te estés muriendo, sí, bien trágico, ¿pero no es que cuando te estás muriendo te pasa la vida como una película?, bueno, ponele que sea así, entra tu mamá a tu cuarto a la noche con un:

—¿Podemos hablar?

El grito adentro de mi cabeza era: “No-No-No-No”. Como un tren. !!!

—Sí, pasá —le dije. ¿Qué le iba a decir?

Estaba sentada en el escritorio terminando unos ejercicios de Química. Ella entró como conciliadora. La peor mamá. La que se hace la relajada. Y se sentó en la cama, cruzando sus piernas largas, que casi siempre lleva desnudas porque usa solo vestidos y polleras.

—Me llamó el director hoy —me dijo de una, sin anestesia.

Apa, esa no me la esperaba.

—Sí —le dije—, me sancionaron.

—Sí —me cortó—, igual eso no es lo importante.

Siempre es interesante ver qué es lo importante para mamá. Por ejemplo, sería importante que yo bajara de peso, fuera más femenina, tuviera más onda para vestirme, fuera más amable con la gente. A veces me ha dicho “sos hosca”. La primera vez tuve que buscar el significado. Me pareció que podía tener que ver con “asco”. Pero no.

Me quedé en silencio esperando lo importante, animándola a hablar. Cuanto antes empezara, antes iba a terminar. Es linda mamá. Digo, tiene algo que es insoportable, pero insoportable mal. Y no es diplomáticamente correcta en nada y tiene una fuerza que no sé de dónde saca. Mamá no se quebró cuando papá se fue. Por ahí se quebró por dentro y nunca nos enteramos. Tal vez ni se pudo quebrar. Se puso su familia entera al hombro. Porque no somos nosotras solamente. Ella, que es hija única, cuida a los abuelos. Parece siempre que ellos nos están cuidando a nosotras pero mamá está resguardándonos a todos. Y ni parece. Pero me doy cuenta. Ella vive en su mundo. Sale, hace la suya, pero a la vez está en todo. ¿Habla conmigo? No. ¿Me abraza? No. Pero si somos como somos con Aitana es también por ella. No nos criaron elfos. Fue mamá. Y los abuelos. Pero ella. Es la red imperceptible que sostiene todo. Y no se cae. Es frívola. Sí. A

veces, adolescente. Sí. Pero está. Siempre estuvo. A su Nadine-manera.

—Te decía, que lo importante acá es lo que le dijiste al director.

—Bastante botón —me salió sin pensar.

—Bueno, hija, es su trabajo.

Levanté los hombros como diciendo “y sí, ya sé”.

—Y todo lo de papá.

Dijo “papá”. No dijo “tu padre”.

Lo de “papá” fue inclusivo. Algo estaba cambiando y había empezado a cambiar antes de que Aitana y yo nos hubiéramos dado cuenta. Y no dije nada porque para alguien como mamá debía ser muy difícil darle esta oportunidad a papá, mostrarse abierta a recibirlo. Podría abstenerse de remar, y sentí ahí, mirándola, que ella estaba si no remando por lo menos soplando a su favor. En realidad a favor nuestro.

Y me preguntó cómo me sentía, si había leído la carta, si necesitaba hablar. Le contesté lo básico. “Sí, leí”. “No sé cómo me siento, estoy digiriendo que haya aparecido”. Sí, claro, digerir, la vida y la comida, la vida como comida. “No, no necesito hablar por ahora”.

Me contó que los abuelos saben y que no quieren invadirnos, pero están para nosotras.

Ahí la corté:

—Sí, mamá, ya sé.

Es que sí. Los abuelos siempre están.

Me dio un beso porque se iba a duchar y a acostar. Y se fue. No fue terrible como podría haber sido. Algo en mamá se suavizó. Algo que va entre decir “papá” y la forma de cruzar las piernas, de hablar. La vi distinta. Pero pienso que yo también estoy diferente. Eso siento. Todavía ni podría explicarlo mucho. Se siente diferente ser yo. O sea que no sé si soy yo o es ella. O el movimiento de alas de mariposa en África le pega así a ella y así a mí.

Se me vino a la cabeza que es como si la aparición de papá hiciera que mamá también apareciera, que todo se ordenara en algún ecosistema que me resulta conocido, en la familia que éramos pero como ahora somos, raro pero como que un movimiento genera otro movimiento.

Raro. Casi feliz.

Todo llega. Y llegó.

Recreo. Estaba sola en el baño del piso de mi curso encerrada en uno de los cubículos. Escuché cómo se abría la puerta y entraban voces de chicas. Las imaginé paradas delante del espejo subiéndose la pollera del uniforme, acomodándose el pelo. Hablaban de alguien del otro quinto. Debían ser del curso de Simón o del otro. Una entró al cubículo contiguo al mío, y aunque yo había terminado, decidí esperar para irme porque no quería cruzármelas. Ya debía estar por sonar el timbre para volver a clase. La que estaba al lado salió y escuché claramente que decía:

—¿Se enteraron lo de ayer?

Silencio.

—¿Qué de ayer? —preguntó otra.

La que había empezado a hablar hizo una pausa.

—Lo de Simón y León —lo lanzó como una bomba y luego continuó—, que se agarraron a las piñas por Rafaela Rivera —pronunció mi nombre como si martillara cada letra.

—Jodeme —dijo otra voz.

—No te jodo, no se jode con eso.

Mi cara adentro del cubículo. Connmigo más le valía que no jodiera.

—Para empezar nadie puede entender qué le vio Simón a Rafaela que terminó estando con ella el año pasado —siguió la que había hablado primero, a la única que podía reconocerle la voz. Destilaba veneno.

—¿Estando cómo?, ¿pasó algo entre ellos?, ¿en serio? —preguntó una de las que había hablado.

—Sí, obvio, pasó todo. !!!

Parada adentro del baño tuve que hacer un esfuerzo para no reírme; bueno, si eso era todo, tristísimo, unos besos y gracias.

—Ponele que Simón esté quemado, porque si no no se entiende, pero León, ustedes vieron lo que es León, explicámelo —siguió la Señorita Veneno.

Y como las otras se quedaron calladas, la Chica Veneno continuó.

—O sea que estamos hablando de pelearse por ella, no entiendo qué le ven, es obesa para empezar...

Y sí, todo llega. ⚡

No lo pensé. Abrí la puerta del cubículo de una, con toda la fuerza de lo que me había contenido por años, no pensé en nada y salí.

↪ Y me reí. Sí, me reí.

Las caras de las tres, porque eran tres. La Veneno, pasmada.

—¿Nos estabas espiando? —me preguntó. Y además era estúpida, porque ellas habían entrado al baño después que yo y yo las estaba espiando. Sí, sí.

—¿Sabés lo que me ven? ¿Vos sabés lo que me ven? —le grité mientras me acercaba a su cara —, me ven todo lo que a vos no te ven, porque a vos te están buscando el cerebro y el corazón, y nada, ¿sabés?, no encuentran nada. !!!

Veneno me miró, levantó las cejas, miró a las otras y dijo:

—Ah, mirá, habla.

“Habla”, dijo.

Era para romperle la cara a trompadas. Mínimo.

—Y siente —dijo la voz de Rosario desde la puerta. Acababa de entrar y la cosa se emparejó de repente—, y si te vuelvo a escuchar hablarle o hablar de mi amiga, no sabés lo mal que la vas a pasar.

Rosario parada atrás y yo en medio de las tres. Éramos la Mafia. Somos.

—¿Vos me estás amenazando a mí? —Veneno se acercó demasiado a Rosario.

Sonó el timbre. Ellas empezaron a gritar como locas. Pensé que se iban a matar y no iba a poder hacer mucho. Pero antes llegó el preceptor de primero, que tiene un GPS directo a mí, y estampó la puerta del baño contra un cubículo.

—Señoritas, ¿qué es este griterío?

Ellas trataron de explicarle lo que había pasado, hablando una encima de la otra.

—De a una, por favor, que no se entiende nada —les pidió él y ahí me vio a mí—. Ah, Rivera, asistencia perfecta en Dirección esta semana. Bravo.

Escuché a Veneno decir algo de la amenaza de Rosario, a Rosario decir algo del *bullying* hacia mí. A Veneno decir algo de que no sabía que yo las estaba espiando, que no me lo decía a mí. Y dale con eso. Pero él desestimó todo y nos mandó a las cinco a Dirección. Nos acompañó para que no siguiéramos discutiendo. Bajamos la escalera, las cinco en fila, ante la mirada curiosa de los que podían asomarse a las ventanas para ver qué estaba pasando, y entramos al pasillo de Dirección. Mi segundo día consecutivo.

Esperamos paradas contra la pared en silencio. Y entramos las cinco a hablar con el director. La cara cuando me vio. Tuvo la amabilidad de no decir nada. Esperó a que ordenadamente le contáramos qué había pasado. Lo que se complicó bastante. Es increíble cómo puede cambiar la

historia según la mirada con la que la recibas.

Yo no pensaba repetir qué había dicho Veneno, pero dije que estaba harta, así literal, de que me juzgaran por mi peso y asumieran que era una cosa, un objeto, del que se podían burlar constantemente. Noté que Rosario me empezó a mirar a medida que hablaba como si recién me estuviera viendo. El director nos escuchó a todas. Y decidió que vamos a trabajar sobre discriminación en un proyecto las cinco juntas. Peor que encuentros con la psicopedagoga. Me acababa de arruinar la vida en dos días. El proyecto lo tenemos que presentar antes de fin de año para todo el colegio. La cara de Veneno. Si le daban la oportunidad se moría ahí mismo. Quiso protestar. Argumentó un par de imbecilidades. Que su padre. Que los tiempos con el estudio, el viaje de egresados, la universidad.

El director la cortó en seco.

—No me puede importar menos —le dijo.

Objeciones no ha lugar. Y nos despachó.

Las otras salieron primero, caminando rápido, como para no mezclarse con nosotras.

Y mientras Rosario sostenía la puerta para que yo pasara, me dijo:

—Te defendiste.

La miré y sonreí.

—Sí, hablo. ⚡

Me defendí. Y quedé como si me hubiera pasado un tren de mil vagones por encima. En el momento no me di cuenta. La adrenalina me dejó bien arriba, pero con el correr de las horas me fui desinflando como un globo viejo. Sí, está buenísimo empezar a defenderte pero eso es porque alguien te ataca, y no está bueno que nadie te ataque. Mi imagen saliendo eyectada, casi pateando la puerta del cubículo, a enfrentar a las tres yaras, se me repitió sin pausa toda la tarde y pasé de verme casi heroica a ridícula. ¿No había sido demasiado? Si no entraba Rosario, ¿qué hubiera pasado? Además, ¿qué iba a pasar a partir de ese momento? Si me las cruzaba sola, ¿qué podría pasar? Me fue dando miedo. Miedo de las otras. Pero miedo de mí. ¿Me hubieran pegado o hubiera llegado a pegar? Mi cabeza desatada. Al pasar las horas empecé a pensar que hubiera sido infinitamente mejor quedarme adentro del baño, esperar a que se fueran y comerme la bronca, que me estallara la bronca adentro. Nadie se hubiera enterado, bueno, Rosario, y hubiéramos planeado mil venganzas. Pero ya estaba harta de planear y no hacer nunca nada. Y no me había vengado. Me defendí. Una vez. En muchas veces.

Y se había enterado todo el colegio. Me di cuenta porque hace un rato me llegó un mensaje de León.

Veo que vas entendiendo el concepto de “hablar”.

Y como no le respondí, aunque me dio risa, al rato me escribió otra vez:

¿Cuándo nos vemos?

No le contesté.

Porque más allá del tren con mil vagones, lo que me estalló en el centro del cuerpo fueron cada una de las palabras de Veneno, y mis posibles ramificaciones, desde que soy obesa hasta que no entiende qué me ven. Obesa no soy. Y tampoco le voy a armar una guía ilustrada de mis virtudes. Pero además, ¿qué le pasa con los obesos? ¿Le dan asco? ¿No son personas? Me indigna. Me da tanta bronca. Porque ese pensamiento, el de ella, es el de muchos en el colegio.

Es el de muchos en todos lados. Y si no cómo se explica lo de Simón. Si hay algo de lo que no quiero dudar es de que Simón gustaba de mí. Era obvio. Y que algo le dio rechazo. A veces pienso que es por ese mismo pensamiento. ¿Cómo Simón va a estar con Rafaela? ↵ Es imposible. No importan un carajo los sentimientos. Pero esas que parecen clones, esas encajan. Y León. Lo de León confirma todo. Saquemos a León y a mí del dibujo. Un chico, una chica. Chico lleva a chica al mar. Chico va a la casa de chica a ver una serie. En el mundo real, chico ya besó a chica día uno. Pero en mundo Rafaela es imposible. En este mundo, León hace todo eso y quiere ser mi amigo. Porque es imposible pensar que León va a besarme. ↵ Va a terminar besando a la compañera de curso de Simón con la que lo vi hablando la otra vez. Esta película me la sé de memoria. La vi mil veces. Es más, posiblemente por eso no haya querido que fuéramos juntos a bailar. Todavía no tiene muchos amigos, la pasa bien conmigo, mejor estar solos en una casa a que nos vean juntos bailando. Y me es imposible pensar que alguien como él pueda gustar de alguien como yo. Parece que es ofensivo y, a la vez, es inofensivo estar conmigo. !!! Y Simón ahora se acerca porque mal pibe no es, ya bastante con lo que él hizo como para que veamos la segunda parte, en la que aparece otro y hace exactamente lo mismo. Como si no ser como se espera también me volviera invisible. Ante los otros. Y ante mí. Y eso, eso, de todo, es lo peor. Y como esta película ya la viví no le contesté a León. Lo que menos necesito es que León también desaparezca. Como va a desaparecer Simón. Como va a desaparecer papá. Ahora vino por un mes y medio pero después se va, ¿quién me garantiza que no vaya a desaparecer otra vez? No sé cómo se hace para volver a confiar. Para que cuando se van no duela tanto. Para exponerse igual.

Ya lo decidí.

No voy a ver a papá.

Y con el correr de las horas hasta la decisión del director me pareció violenta. A mí me bardean y yo tengo que hacer el trabajo de discriminación. Es joda. Si en el colegio hubieran hecho el trabajo que tienen que hacer, como adultos conscientes que deberían ser, yo no tendría que haber vivido lo que viví en el baño ayer. Pero como se les escapó, no pudieron, no saben, me lo endosan a mí. La bronca que me da. Tanta bronca que me cambiaría de colegio, que dejaría de ir. Sí. Dramática, yo. Aparte, ¿qué quiere que haga delante del colegio entero? ¿Así los que no me conocen me pueden conocer y ya aumentamos a decenas más las posibilidades de que me digan algo? Me da tanta bronca que le dije a mamá que me dolía mucho la panza, que debía haber comido algo que me había caído mal y que no podía ir al colegio. La mirada de mamá dijo todo. ↪ Ni necesita hablar. Su pensamiento en globo dibujado hubiera sido: “No comiste algo, te comiste todo”. La miré con un poco de odio. Me dio un antiespasmódico, hice como que lo tomaba y lo tiré a la basura cuando ella no miraba.

Hoy le tocaba venir a Tina. Me encerré en el cuarto, así ella limpia tranquila. Me subí unos mates cuando se fue mamá, con un paquete de galletitas. Y lo liquidé en quince minutos. Los deben hacer más chicos. Afuera llueve. Incesante. Como una cortina de agua. Y hace frío. Me quedé en pijama. Habían pasado cinco minutos de las ocho cuando recibí un mensaje de Rosario.

¿Estás bien?

Sí, no quiero volver al colegio pero estoy bien.



Te quiero, amiga.

Yo también.



Dejé el celular sobre el escritorio. Sentarme a tomar mate y ver llover entre los árboles me fue

calmando. Eso y no pensar en nada. Abrí un poquito la ventana y dejé que se aireara la habitación hasta que sentí el cuerpo frío y volví a cerrar.

Encendí la compu y busqué documentales de comportamiento animal. De las cosas que más me gusta hacer en el mundo. Busqué de ardillas y de lobos. Los animales me resultan infinitamente más confiables que las personas.

Y me quedé mirando hasta que se enfrió el mate.

Bajé a cambiar la yerba y calentar más agua. Y así, parada descalza en la cocina, me cayó redonda la ficha. Como entrar a un nuevo nivel de juego. Subí lento la escalera mientras la cabeza me iba a mil. Dejé el termo y el mate al lado de la compu, me dejé caer en la silla y me vi sonriendo en la pantalla negra. Era la primera vez que con ese tema sonreía.

Y googleé: “Zoología. Definiciones”.

Volví a buscar: “Carrera de Zoología, Argentina”. Encontré: Biología con orientación en Zoología en la Universidad de La Plata. ↩

Nunca fui a La Plata. Busqué imágenes.

Mi cabeza a diez mil. Eso significaría en unos meses estar viviendo sola en otra ciudad.

Vértigo. También puedo estudiar Biología acá y después hacer un posgrado de Zoología o algo así. Pero no es lo que más me entusiasma.

Pensé también Biología Marina. Algo así sería alucinante. Jamás había pensado en Biología como una carrera. Ni se me había pasado por la cabeza hasta estar ahí sentada viendo los documentales. De repente pensé que sería divertido no trabajar encerrada en una oficina todo el día. Nada rutinario, algo de observación y estar al aire libre, bueno, me imagino que uno debe estar al aire libre en ese tipo de trabajos. Me vi con un rodete en la cabeza, medio despeinada, una camisa celeste lavada, anteojos, un pantalón cómodo, un anotador y una lapicera apoyada en los labios. ✨Eso vi. Estaba sentada sobre una roca en una playa con cielo gris, trabajando. Sí, cualquiera, pero es lo que vi. Me vino de repente. Amé verme así. Fue tan potente la imagen que me iluminó la mañana.

No le pensaba decir nada a nadie. Mamá se iba a volver loca. “Te vas a morir de hambre —la escuchaba diciendo—, ¿de qué vas a vivir?”. Aitana me iba a mirar desconcertada pero seguro me iba a apoyar.

Recorrí la habitación con otra mirada. ¿Y si eran los últimos meses durmiendo ahí cerca de todo lo que conocía, de mis amigas, de Simón? No tengo ni idea qué va a estudiar Simón. Ahí caí. ¿Y si él se va? Las chicas parece que van a estudiar acá.

¿Y si me voy?

En un mismo instante, el miedo más absoluto y el entusiasmo más brillante. Todo junto.

Mi mundo visto desde la posibilidad de irme cambió completamente. Todavía es una idea y no me dan ganas de que todo el mundo se meta a opinar que sí, que no, que por qué no mejor tal cosa. Hasta no estar segura no voy a decir nada.

Una fiesta en la casa de uno de los compañeros de Simón, uno de los nuevos amigos de León, antes hubiera sido un *no*. Rosario me hubiera insistido hasta que yo dijera un *sí* arrastrado o un *no* definitivo. Ahora, vista desde la posibilidad de irme, la fiesta fue un *sí*. Podía ser una de mis últimas fiestas, me quedan meses de colegio y vacaciones, pero fiestas tampoco hay todos los días. Las caras de Tania y Wanda cuando acepté. No están acostumbradas. Rosario creo que se la ve venir un poco más.

El plan fue simple. Ocuparme de la ropa. Porque tenía claro, la quería romper. Dentro de las posibilidades de romperla, con todo lo que se puede complicar no pesar dentro de lo esperado. Inclusive parece que tener kilos de más ya de una resta, o sea que mi sensación es que siempre tengo que hacer un esfuerzo extra. Es un problema encontrar una camisa que te entre. Un jean para cadera ancha y cintura angosta es difícilísimo de encontrar. Pero me dije “basta de quejarte”. Me había tomado un día entero para sentirme mal. Y de repente tuve ganas de sentirme bien. Decidir no ver a papá me había aliviado tanto. Si un día tengo ganas de verlo, lo buscaré, pero ahora me genera un estado de ansiedad e incertidumbre que no sé cómo manejar. Y ya bastante tengo con otras cosas.

→ Entonces mi plan: la ropa. Le pedí ayuda a Aitana. Salimos en el auto el sábado después de desayunar. Fuimos hasta el shopping, lo revisamos todo. Intuí que podía ser una mala idea saber que estás yendo a un lugar donde posiblemente nada te entre. Pero la seguí. Y pensé que nada me iba a entrar y tenía los ojos llenos de lágrimas de la bronca. De la bronca feroz que me da probarme ropa en probadores donde apenas entro yo. Aitana me miraba y me di cuenta de que estaba entre indignada e impotente. Hasta que en el lugar menos pensado, uno de esos a los que ni loca hubiera entrado, encontré una túnica increíble. Fuimos por Aitana. Me pidió si no la bancaba un toque para ver algo para esa noche. Entramos, me senté en un sillón que había en una especie de living para acompañantes embolados, bueno, no sé si era para eso, pero a mi lado había dos. Me quedé mirando el lugar. Las chicas que atienden que no sé de dónde salen porque

no pueden más, todo les queda bien. Aitana se probó algo, salió negando con la cabeza, como que no era para ella. Siguió buscando entre los percheros y a los pocos minutos la vi venir caminando hacia mí con una sonrisa enorme en la cara. Me pregunté qué había pasado, me incorporé en el sillón y la vi levantar cual bandera una percha con la túnica. Mi sonrisa. Lo supe. Amor. A primera vista. Bien hindú. Con mangas anchas, “murciélago” creo que se llaman. Y los colores, entre violeta, amarillo, turquesa. Amé. Y supe que me iba a entrar. Me la iba a tener que poner con unas calzas pero no importaba, porque calzas tenía. Y ahí sí, miré la etiqueta para ver el precio. Imposible. Era un precio imposible. Mi cara se debe haber transformado. Aitana me dijo: “Si te queda bien, la llevamos, olvidate del precio”. Le dije que no, pero Aitana es imparable.

Y en un probador amplio como para mí, como para cualquiera, me la probé. Algo tan simple. Mi felicidad. No podía dejar de mirarme.

De fiesta, yo. ⚡

El resto de la tarde no pude dejar de mirar la bolsa del local sabiendo que era para mí. Aitana me ayudó a buscar un calzado que combinara. Terminamos decidiéndonos por unas botas. No podía sacarme la sonrisa de la cara. Tenía que hacer fuerza para no sonreír como una imbécil. Todo por un vestido, sí. Pero infinitamente más que eso.

Mientras me probaba zapatos en el cuarto de Aitana y tomábamos mate me contó que me va a presentar a su novio. No quiero presionar pero me salió sin pensar:

—¿Cuándo?

—Qué sé yo, mañana podríamos ir a tomar un helado.

—Sí —acepté de una. Es invierno pero somos muy fans del helado.

Me pregunté cómo sería el novio porque Aitana no me había mostrado una sola foto, ni me contó ningún detalle. Sé que lo conoció en la facu. Cuando decidimos que iban las botas, me tiré en la cama mientras ella elegía algo para ponerse esa noche. Al final se había comprado una camisa, separó unos Oxford lánguidos y se iba a poner el sombrero que había usado yo el otro día. Aitana es lo más. Rosario también. Estos son los mejores días en la historia con mi hermana. Lejos. Y ahí me di cuenta de que no le había contado nada de lo de papá a Rosario. Hacía un par de días que quería encontrar el momento pero se me había pasado. Me da bastante culpa porque al final lo saben Simón y León, y ella que es mi amiga de toda la vida, nada. Me sentí la peor. Porque que lo sepa León que lo conozco hace dos minutos es cualquiera, pero que lo sepa Simón con el que hace un año que no me hablo es inexplicable.

Con ninguno de los dos había vuelto a hablar. León, después de los mensajes del día de la pelea con Veneno y sus secuaces, no me había vuelto a mensajear. Me saludaba con un movimiento de cabeza. Debía pensar que estaba completamente loca. Nos veíamos compulsivamente una semana, dos semanas y yo dejaba de contestarle. Que pensara lo que quisiera. Y Simón, nada. Es casi gracioso. Cada vez que León se acercaba, Simón se acercaba también, y ahora que León estaba lejos, Simón se volvía a alejar. Gracioso y patético. “No come ni deja comer”, había dicho Rosario. Parecía verdad.

León seguro iba a ir a la fiesta porque la organizaba uno de sus amigos del otro curso. Razón que hacía que Simón probablemente ni apareciera. Lo que era ideal. Porque tenerlos juntos tal

como estaban las cosas era como tener una bomba con cuenta regresiva en el patio de tu casa. !!!

Y mi alegría por la túnica y la fiesta no tenía nada que ver con ellos. Ni un poco. No estaba pensando en ellos cuando sentía que la sonrisa se me escapaba de la boca todo el tiempo.

Aitana salió antes que yo, pasó a darme un beso. Espléndida. Le saqué un par de fotos. Posó como modelo haciendo caras pero las fotos quedaron increíbles. Me deseó suerte. Un rato antes me había enseñado en el baño un delineado bien setentoso. Le pedí que me lo hiciera ella, pero me dijo que era hora de que fuera aprendiendo. Puede que tenga razón.

Rosario y Pablo me pasaron a buscar cerca de la medianoche. Las caras cuando me vieron. Rosario tenía la ventanilla baja del lado del acompañante y su cara fue mortal. Nunca me había visto así. Yo tampoco.

Se empezó a reír.

—Algo está pasando —le dijo a Pablo cuando subí al asiento de atrás.

Les di un beso. Pablo arrancó. Me miré en la ventanilla cuando todo se volvió oscuro afuera entre las luces de la calle. El delineado me había quedado bien. Me costaba asimilar que me había puesto un vestido, pero a la escuela iba en pollera todos los días así que nadie iba a sorprenderse porque mostrara las piernas, y tampoco las mostraba tanto porque tenía calzas.

En el camino compramos bebidas para llevar. Las bebidas, mi cita. La fiesta era en una casa en las afueras. Salimos a la ruta. Ahí la oscuridad toda y las estrellas, tramos de oscuridad y luz entre los postes de luz del camino.

Rosario se equivocaba, no estaba pasando nada. Y a la vez estaba pasando todo. En un instante de oscuridad por fin sonreí todo lo que me había estado guardando.

Así bajé en la fiesta. Estacionamos donde pudimos. Pablo me miró mientras caminábamos hasta la entrada y me dijo:

—Hoy estás más linda que nunca.

Rosario le dio un beso y me sonrió.

—Es verdad, amiga.

—Gracias —sentí que me incendiaba.

Si además de tratar muy bien a tus amigas, los novios te tratan bien a vos, es todo.

Lo que es la casa. Y ni siquiera es la casa, es la casa de fin de semana. Megacasa. Y nosotros con unas bebidas en una bolsa de supermercado. No hacían nada de falta pero él, que estaba recibiendo gente en la puerta, nos agradeció mientras nos pedía que pasáramos directo al jardín. La música sonaba bien fuerte. Rodeamos la casa, y al final de la casa, la fiesta.

Antorchas rodeando el perímetro, iluminándolo todo. Una pileta en un extremo. Mi cara y la cara de Rosario. Nos miramos de costado y nos reímos. Sí, otro mundo. En el jardín habían armado un par de livings, alguien pasaba música. Y nosotras con nuestra bolsa del súper. No tenía ni idea de cuánta gente había pero muchísima más de la que había supuesto. Y eso solo me dio risa, a veces me hago tanto problema por la ropa, por los kilos. Nadie iba siquiera a mirarme en medio de toda esa gente. Me había imaginado como mucho nuestros dos cursos, pero ahí había chicos de todos lados. Pablo se encontró con sus amigos de rugby y los fue a saludar. Con Rosario entramos a dejar la bolsa en la cocina donde un par de chicas estaban sirviendo el catering. Ni miré qué había porque no pensaba comer.

Salimos otra vez. Y descubrimos a Wanda y a Tania con sus novios charlando parados al borde de la pileta. Pablo seguía con sus amigos, así que cruzamos el jardín hasta donde estaban las chicas. Y ahí nos quedamos, charlando yo a un costado, con mi cartera, bueno, la de Aitana, cruzada contra el pecho. ¿Qué se hace parada mientras los otros hablan en una fiesta? Agarré un vaso con cerveza helada y tomé un par de sorbos.

Mientras los chicos conversaban recorrí las caras en cada uno de los grupos. Ni León. Ni Simón. A lo lejos descubrí a Damián. ↵ Hacía mil que no lo veía. Y él también me vio porque levantó una mano para saludarme mientras me sonreía. Estaba hablando con una chica en el otro

extremo del jardín.

Nos cruzamos un par de veces desde que bailamos el año pasado. Jamás habíamos vuelto a hablar pero hasta ahí, después de haber bailado y que me llevara a casa esa noche, me seguía pareciendo uno de los mejores chicos que había conocido. Y me pareció que está más lindo que el año pasado, más grande.

Mientras miraba, algunos empezaron a bailar. Se armaron grupos en el centro del jardín mientras el DJ nos intentaba agitar un poco. Y lo logró. No pasó mucho hasta que los vi a todos saltando y bailando. Me quedé en un costado. Rosario y Pablo me insistieron un poco pero fue más fuerte mi negativa. Y los miré de lejos, como siempre.

Habían colgado luces entre las ramas de los árboles. En ese momento me di cuenta. Todo era bello. Todo. La noche. La música. ✨ Escucharlos cantar o verlos reírse. No sé qué fue. Pero me vi sacándome las botas y caminando hasta mis amigos. No había miedos, ni dudas. Tenía tantas ganas de cantar, de reírme, de bailar, de pasarla bien. Tantas ganas.

Y me vi bailando en medio de todos. Por momentos levantaba mis ojos para ver el cielo estrellado y sonreía. Ahí, con mi túnica, sin pensar en otra cosa, haciéndome caras con las chicas, imitándonos los pasos, sacándonos fotos, respirando el olor a césped recién cortado, a noche afuera, yo que vivo adentro, que mil noches tuve ganas de estar bailando así en una fiesta. Como si todo eso fuera también para mí. Porque todo eso es también para mí. Como si todo fuera posible. Porque lo es. O casi.

Ese momento fue todo. Real. Tangible. Como la mano que sentí en mi cintura. Giré sobresaltada y atrás estaba León. Igual de real, igual de tangible.

Me miró. Tenía puesto un buzo con capucha. Su cara seria, su frente ancha, los ojos hundidos, la nariz recta y los labios llenos.

Y no decía nada. Me miraba. Hubo una pausa en la música y de repente sonó algo que yo no conocía, pero fue como si eyectaran a todos del suelo. Empezaron a saltar a nuestro alrededor.

Solo nosotros permanecíamos quietos, enraizados. León me seguía mirando y empezó a sonreír lentamente. Como en cámara lenta, como si se ralentizara todo. Yo también. Dio un paso hasta mí, me agarró la cara con sus manos y me besó en la boca de una.

Solo un beso.

Me reí.

—¿Qué hacés? —le dije.

Porque me parecía insólita la situación. Insólita e inesperada, completamente inesperada.

—¿Te explico? —me preguntó acercando su boca a mi oído porque si no era imposible escucharnos.

Asentí con la cabeza sin entender nada. Absolutamente nada.

Y me volvió a besar. Sostenido.

Y la sonrisa contenida toda la tarde me estalló en el centro de la panza. Eso y su boca. Y esos besos, intensos y suaves. Tan suaves.

Se detuvo y me dijo al oído:

—¿Vas entendiendo?

Negué con la cabeza.

—No entiendo nada —le dije—, pero no importa.

Y me puse en puntas de pie y lo besé. Yo a él. ⚡

Mientras nos besábamos sentía cómo todos saltaban alrededor, y después ya nada, como si el mundo se hubiera desintegrado y solo quedáramos nosotros. Su boca en la mía, su aliento, su olor, la noche toda, descalza y en puntas de pie para poder alcanzarlo.

Todo muy lindo hasta ahí. De película. Finalmente chico nuevo besa a chica curvilínea. Chica le devuelve el beso. Fin.

Pero no.

Yo sé que no puedo ser tan imbécil pero después de esos primeros besos no pude dejar de pensar en Simón. Me vino una imagen. Y la imagen ocupó toda mi cabeza. Me pregunté, mientras empezaba a bailar con León, por qué besaba a uno pensando en el otro, o sea, no me es posible ser tan pulpo. Me pregunté qué tenía que ver Simón. No estaba enamorada de él. No estoy enamorada de él. Y me di cuenta de que me sentía culpable. Cualquiera. ¿Culpable de qué? ↩ ¿De ser feliz? Como si hubiéramos sido novios, peor, como si lo fuéramos. Pero no somos nada. Ni fuimos. Y lo que sea que pasó entre nosotros es prehistórico. Yo podía besarme con León, con quien me dieran ganas. Igual a lo que hace él. Pero me daba cosa ahí delante de todos. Se iba a enterar. Todo eso mientras bailaba, giraba por debajo del brazo de León, que además baila bien. Calmate, León, estás bueno, parecés buen pibe, bailás bien, besás bien. Calmate un poco.

Ni siquiera estaba presente disfrutando ese momento. Estaba pensando en Simón que solo pensaba en mí cuando aparecía alguien que pudiera desbarrancarlo de donde sea que se creyera que estaba subido. A la vez me pregunté por qué me había besado ahí León, en medio de todo el colegio. ¿Para que todos se enteraran? ¿Para que Simón se enterara? ¿Por qué no había elegido un lugar más íntimo? “¿Una plaza, Rafaela?”, me pregunté, una plaza sería un lugar tan, tan íntimo, casi como esconderte y que nadie sepa nunca nada de lo que pasa entre ustedes. “¿Eso querés?”. Aparte León solo me había besado, no había hecho nada raro. “¿Sabés qué, Rafaela?, te dio un beso porque le dieron ganas”. Punto.

Y en un momento León se acercó a mi oído mientras me abrazaba desde atrás enroscándose contra su cuerpo y soltándose para que yo girara lejos, todo lo lejos que nuestras manos agarradas daban, y ahí me dijo:

—Desde que te vi sos vos. ☆

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, como si pudiera leerme, y creo que puede, como si yo fuera transparente para él, y puede que lo sea.

Mi cara.

No dije nada. Pero lo miré mientras volvía a acercarme a su cuerpo. ¿Yo? Jodeme. Y empecé a sonreír. Volví otra vez a la fiesta, a sentir el césped entre los dedos de los pies, a darme cuenta de que medio colegio nos debía estar mirando. La mitad probablemente porque no lo podían creer. León y Rafaela. Y la otra mitad nos debía mirar porque la estábamos rompiendo bailando juntos.

O sea que ese primer día cuando lo vi mirándome, mi primera impresión había sido que me miraba a mí y no me había equivocado. Aunque después me opacara con algunos pensamientos. Él me había mirado a mí.

Agité la cabeza mientras empezaba a girar sobre mi eje. Como una bailarina. Algo se soltaba con cada vuelta. Simón se volvía mínimo, ajeno, distante, desaparecía. Simón hacía mucho tiempo que se había ido.

Y ahí estaba yo. ⚡

Y bailamos hasta que alguien se cayó a la pileta, y a un par, los tiraron. Me quedé medio escondida con las chicas atrás de unos arbustos, lo que no impidió que viera cómo el grupo de amigos de León lo hacían volar a la pileta cuan largo es. Lo vi aparecer rompiendo la superficie del agua, sacudir el pelo a ambos lados y treparse al borde mientras pensaba “ese chico gusta de mí”. ↪ Me sonreía la cara. Salieron y después se perdieron en la casa.

—Vos, más vale que empieces a contar qué está pasando acá —me dijo Rosario cuando lo vio caer por segunda vez.

Hasta ese instante habían sido unos “oh”, “ah”, cuando los veíamos volar. A algunas de las chicas del curso de Simón también las tiraron. Yo no pensaba dejarme caer, sobre mi cadáver iban a tener que pasar para tirarme con la túnica puesta. Y no me iba a quedar en ropa interior delante de todos los colegios y clubes de la ciudad, menos en invierno. Lo bueno de que hubiera esa cantidad impresionante de gente era que nosotras pasábamos completamente desapercibidas.

...

—¿Y? —insistió Rosario.

Tania y Wanda acercaron sus cabezas a nosotras. La música seguía sonando fuerte.

Levanté mis hombros y me reí.

—No pasa nada.

—Boeh, si eso es nada, explicame la nada de la que te venís quejando medio secundario —Rosario sin un pelo en la lengua. Así, en bruto.

—Bueno, qué sé yo lo que pasa —le contesté.

Y ahí me acordé. Me acerqué a las tres y les pregunté:

—¿Y Simón?

—¿Simón qué? —me preguntó Rosario. Hizo una pausa y siguió—: Simón nada, Rafaela. Simón no existe. ¿Dónde está? Explicame, no quiero ser dura pero él no está porque no quiere estar.

Cruda era. Y real.

Las chicas asentían con la cabeza. Wanda hasta se había cruzado de brazos indignada.

—Dale una oportunidad a León, a vos, de conocer a alguien más —dijo.

—La seguimos mañana igual porque acá León te está viniendo a buscar —me dijo Rosario

mientras miraba por sobre mi hombro.

Giré para verlo llegar a nosotras. El pelo mojado, una campera con peluche adentro que le quedaba demasiado corta y un pantalón de esos deportivos que tienen broches a los costados de las piernas.

Saludó a todas con un beso y me dijo:

—No pongas esa cara, era lo único seco que quedaba.

Sonreí negando con la cabeza porque de repente ¿teníamos códigos? ¿sabía lo que pensaba sin que yo hablara?

—¿Nos vamos? —me preguntó. Como si fuera obvio, evidente, que esa noche de esa fiesta me iba con él.

Miré a Rosario, no sé si como diciendo “me voy” o “rescatame”. Pero ella solo sonrió como diciéndome “curtite, amiga”.

Por un momento pensé “le digo que tengo que volver con Rosario”, pero no encontraba por qué razón tendría que volver con ella, algo que fuera lógico y verosímil. Y lo bueno de León es que no me da mucho tiempo para pensar.

Saludé a las chicas, él me apoyó la mano en el hombro mientras empezábamos a caminar entre todo el mundo. Y León, que hace cinco minutos que llegó a la ciudad, se despidió de más gente que yo. Rogué que no me diera la mano. No sé qué me llevó a pensar que podía darme la mano delante de todos. Pero me hubiera muerto de vergüenza. Ir de la mano se parecía bastante a ser novios y yo nunca estuve de novia. Ni en el jardín de infantes. Nunca.

Dejamos la fiesta atrás y lo seguí hasta su auto. Sentí que se me cerraba la garganta cuando me quedé delante de la puerta del acompañante mirándola tildada.

—Está abierto —me avisó.

Lo miré tensa. Pánico de subir al auto con él. La imbecilidad más imbécil del planeta. Habíamos ido hasta la playa el domingo anterior, habíamos estado solos en casa pero yo tenía miedo de subirme al auto. Pero todo eso era antes del beso. ↘ Había un antes y un después.

Subí y en ningún momento lo miré, no podía. Me distraje con el celular, acomodándome el pelo mientras me veía en el espejo del parasol. León puso música, arrancó suave. Sentía sus ojos en mí, pero no me decía nada. Miré por la ventanilla el campo iluminado, los alambrados, la luna y cada estrella del cielo. Hasta traté de acordarme de los nombres. Cualquier cosa que me evitara ese instante. Me sentía de piedra ahí sentada. Mis manos sobre las piernas. Hasta que casi llegando a la ciudad, León detuvo el auto a un costado de la ruta.

—¿Pasó algo? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Pero aún sin mirarlo. ¿Cómo le podía explicar todo lo que no había que explicar pero que explicaría todo?

—Rafaela —me dijo y apoyó su mano sobre mi rodilla.

Miré la mano en mi rodilla como si estuviera viendo a un alien.

Él la retiró suave, como la había puesto.

—Está bien —dijo.

Yo quería mirarlo pero no podía. Y sentirme tan impotente hacía que me paralizara aún más. Lo que sea que alguien como él podía esperar de una chica después de darnos los besos que nos habíamos dado, yo no sabía si quería, podía, no tenía ni idea de qué hacer después. ↩

Arrancó y manejó lento hasta casa en silencio. Yo tenía ganas de desaparecer. Quedarme inmóvil de vulnerabilidad, no saber qué hacer y no poder hacer nada. Doblamos en la esquina de casa, y algo me pareció raro. Pero no terminé de caer hasta que el auto se detuvo delante de la puerta. A un par de metros, sentado en el cordón de la vereda, Simón estaba esperando, con la cabeza apoyada entre sus brazos.

Y si hasta ese momento no había sabido qué hacer, ahí menos. Simón levantó la cabeza al escuchar que se detenía el auto.

↳ El “ah, bueno” de León.

Yo, hielo.

Simón se paró, se sacudió el jean y dio unos pasos hacia atrás cuando se dio cuenta de quién manejaba.

—Baja —me dijo León.

—¿Te vas? —por fin lo pude mirar.

Esos ojos.

—¿Qué querés que haga? Bajo y lo cago a trompadas o entiendo que tu silencio tiene que ver con esto.

Como que no era ni una cosa ni la otra, pero tampoco era el momento para explicar.

—Pero no es eso.

—Bueno, como sea, ustedes tienen una historia y parece que necesitan hablar. Nosotros nos vemos en estos días y hablamos —me dijo.

Estaba tan serio.

Me mordí el labio.

¿De dónde había salido León?

↳ La chica con más personalidad del colegio hubiera bajado la ventanilla y le hubiera dicho: “Desaparecé, Simón”, hubiera entrado a su casa con León, delante de Simón.

Rafaela Rivera bajó del auto que ni esperó a que diera un paso y arrancó para perderse en la esquina.

Esa misma Rafaela miró a Simón.

—Disculpá, no sabía que estabas con él —me dijo.

—Sí, sabías —lo corté taladrándolo con la mirada—, por eso estás acá. Por eso apareciste.

Hice una pausa dramática pero me salió, no es que la busqué, y caminé hasta casa. Simón quiso alcanzarme, pero le dije de una:

—Hoy no.

Y entré sin mirar atrás ni una vez. Me apoyé en la puerta y me dejé caer hasta el piso mientras me largaba a llorar. Ni sé cuánto estuve llorando pero fue bastante. Cuando me calmé, busqué el celular para ver si tenía algún mensaje de León. Nada. Pero Simón me había mandado un par hacía como quince minutos. Los abrí.

Sí, es verdad, sabía, por eso vine.

Y me voy a quedar un rato más afuera por si querés salir. Si no hablamos en otro momento.

Subí la escalera sin poder creerlo. Sí sabía. Obvio que sabía. ¿Cuánto iba a esperar afuera? Me asomé a la ventana de mi cuarto casi en puntas de pie como si él pudiera escucharme. Ahí estaba, sentado en el cordón de la vereda de casa. Fumaba.

Se quedó dos horas.

Yo no bajé.

Pero tampoco pude dormir.



A veces, cuando estás hecha mierda, en vez de preservarte buscás tocar fondo. Es así. Te sentís mal y hacés algo que sabés que te puede llevar a sentirte mucho peor. Lo sabés y no lo podés evitar o no querés. Para qué. Como me pasa muchas veces con la comida.

Anoche no me pude dormir. Es mentira que no pude. Me quedé mirando a Simón. Su espalda, viendo cómo fumaba cada uno de los diez cigarrillos que encendió. Pensé en bajar quinientas veces, a lo mejor cinco mil. Pero no bajé. Fui al baño, volví, me puse el pijama y me quedé sentada en el escritorio abrazada a mis piernas, sintiéndome pésimo. Había besado a León y me quedaba dos horas mirando a Simón, sin bajar. Todo en una noche.

A Simón lo quiero. Es tan simple.

¿Debería? No.

Simón me gusta.

¿Debería? Obvio que no.

A Simón lo extraño. A veces. ¿Qué extraño teniendo en cuenta que estuvimos cerca cinco minutos una vez hace mucho? Es más simple aún. Extraño que esté en mi vida. Y no debería.

Pero me pasa.

Cuando Aitana me dijo de salir a conocer a Lucas, le dije que sí con una sonrisa. Porque es lo que yo quería. Me vestí lo mejor que pude. Camisa. Jean. Zapatillas. El tapado. Nos encontramos en la heladería. Debíamos ser los únicos que habíamos entrado en todo el día. Un poco nerviosa estaba. Lucas es el único chico que logró que mi hermana saliera con él un tiempo. Aitana es esquivada para las permanencias. Como yo. O son las permanencias las que nos son esquivadas a nosotras. No sé.

Y ahí estaba esperándonos. Si yo me había imaginado algo posible en mi cabeza, Lucas es todo lo opuesto. Sonrió al vernos. Pero creo que más que nada al verla. Tiene la sonrisa más grande que Aitana. Se paró, no es muy alto, puede que sea más bajo que ella, y le dio un beso en la boca. Así de una. Me encantaron juntos. La energía entre ellos. Algo que trasciende. Pablo y Rosario. De esas parejas que sabés que pasa algo de verdad. Y la historia es buenísima. Me la fueron contando entre los dos mientras se pisaban al hablar y se reían a carcajadas. Lucas ama a Aitana. Se nota. Lo sé. ↩ No sé si ella lo sabe. Pero yo ahí lo supe. Se conocieron porque él

trabaja en la universidad. Aitana se quedó hasta tarde para rendir un examen. Rivera, R, siempre cerca del final. Su amiga se había tenido que ir antes y estaba ella sola. Fue al baño y se quedó encerrada. Para colmo, no tenía señal en el celular. De esos momentos que parece que se da todo para que algo sea. Hasta que pasó Lucas, que estaba limpiando, escuchó que golpeaba, no pudo abrir ni tirar la puerta abajo pero esperó a que viniera el cerrajero que llamaron desde administración mientras charlaban a través de la puerta. Aitana acotó que se rio tanto como no se había reído en mucho tiempo. Que al principio fue todo formal. Ninguno de los dos sabía quién estaba del otro lado. Aitana se imaginó que él era un señor grande, pelado, que tenía una voz que no era acorde con su edad. Lucas pensó que ella era una chica muy creída, por cómo hablaba, y se fue dando cuenta de que nada que ver. Los dos me dijeron que fue increíble cuando el cerrajero abrió la puerta, porque se pudieron ver y los dos supieron. Pero dijo Aitana, aunque él la miraba y negaba con la cabeza, que al principio él no le dio ni bola. Que le costó que la invitara a salir.

Tomamos un helado y caminamos un rato. Ellos de la mano. Rarísimo ver a Aitana de la mano con alguien. Entendí perfecto por qué Aitana no lo había llevado a casa. Mamá. Lucas está terminando el secundario, se atrasó un poco por tener que trabajar. Y su idea es seguir estudiando, lo dijo como al pasar. Pero los prejuicios de mamá son inmensos. Su novio y Lucas en una misma cena podía ser raro. Por Leonardo. La cantidad de pelotudeces que podría opinar de Lucas. Y el tema no era él. Porque a él lo había elegido mamá. Nunca entendí cómo ella pudo haberse casado con un profesor de violín, con los prejuicios que tiene en su cabeza. Se debió haber enamorado hasta las manos.

Me despedí de los chicos en la avenida cerca de la universidad. Pasé por la vereda de enfrente para ver si estaba León en el playón. Creo que lo vi de lejos. Pero tal vez fueron las ganas. Y volví caminando lento.

✧ Domingo, el cielo celeste desteñido, las nubes rosas chicle, deshilvanadas, el frío polar. Me hundí en mi tapado rojo. Y me acordé de papá. O vi la plaza y entonces me acordé de él. Solo había dos opciones de amigos que pudieran albergarlo. Uno vivía en un barrio fuera de la ciudad y otro, frente a esa plaza. Me senté en uno de los bancos y al rato me di cuenta de que lo estaba esperando. Miraba alternadamente el cielo, los niños en las hamacas, mi tapado, mis manos, la tierra pelada debajo del banco. Con la punta de la zapatilla hice unos dibujos. Esperé.

Anohecía cuando volví a mí. Y me paré. Sentía el cuerpo entumecido como si hubiera estado esperando diez años. ↪ Sonreí amarga. Bueno, más o menos. Me acerqué a la vereda frente a la casa del amigo de papá. Y me quedé parada entre dos árboles inmensos. Anclada. Como si me hubieran martillado al suelo. No pasó mucho tiempo hasta que vi que la puerta se abría. Salió una mujer joven, con pelo largo. Y atrás, salió papá. Era papá. Ese tenía que ser papá. Alto, delgado, su pelo no muy corto. Tiene barba. Ahora papá tiene barba. Me quedé quieta porque no me podía mover y también porque sabía que así era invisible. Ser invisible igual no es muy

necesario porque hace años que él no quiere verme. No había forma en el mundo de que fuera a reconocermelo. Sí. Tal vez si me tenía al lado, mirándolo a los ojos, viera en mí a su hija menor. Pero así calle de por medio, yo entre los árboles, anocheciendo, era imposible. Aunque tenía mi tapado rojo que era como decir: “Ey, mirame, ¿me ves? Soy yo”.

Pero no.

“Papá”, pensé, y tal vez hubiera querido decirlo.

Pero lo estaba escuchando.

“Papá”, repitió una voz que no era la mía, y vi aparecer detrás de ellos a una niña con flequillo y pelo largo. Él la alzó y la sentó sobre sus hombros.

“Papá”, pensaba yo, sentía yo, pero ella fue la que lo dijo.

Es mi papá pero también es el suyo.

Tengo una hermana. Tenemos una hermana. Aitana todavía no sabe nada. No puedo ni decirlo en voz alta.

Es chiquita. Tendrá unos cuatro años.

Mi papá es papá de otra. Ella es su hija menor.

Di un paso hacia atrás. Giré y volví a casa por inercia. Lo único que quería era hundirme en medio de la noche.

Me quebré.

Aitana dice que esto no nos va a quebrar. Por ahí a ella. Y tampoco creo que sea tan así. Pero yo sí me quiebro.

Llegué a casa. Me detuve antes de entrar. Había estado llorando todo el camino y no quería que me hicieran una sola pregunta. Le mandé un mensaje a mamá avisándole que salía con las chicas.

Y llamé a Rosario. Estaba ayudando a su mamá a preparar la comida. Atrás se escuchaba música, voces y ella que se iba alejando del ruido.

—Ahora sí, ¿me pensás contar de León?

Le pregunté si nos podíamos ver, que necesitaba hablar. Me invitó a su casa, cenábamos todos y después charlábamos. Le dije que no podía ir ahí, ni a mi casa. Que saliéramos un rato. Jamás le había dicho algo así. Era evidente que pasaba algo. Crisis. Ante algo así, estamos. No queda otra. Al menos entre nosotras. Me dijo que obvio, me pidió que la bancara un momento, que arreglaba con su mamá y se cambiaba. Quedé en pasarla a buscar en lo que me llevara caminar hasta su casa. Y corté.

No suelo salir de noche sola. Menos un domingo. Pero caminé, y caminar con frío me hizo bien. Me despejó. Respiré. Mi cabeza, estallada. En algún lugar de la ciudad, papá, la mujer joven y la niña-hermana también estaban respirando. Ahí, cerca. Bajo el mismo cielo. Papá había escrito en la carta que vivía afuera. Me pregunté cuán afuera sería. ¿América? ¿Europa? ¿Asia? Cuán lejos se había ido para no volver. Hundí las manos en los bolsillos y respiré hondo. Igual esa no era la causa de su desaparición y eso lo sabemos todos.

Y bajo el mismo cielo, León, Simón. Y todos en mi corazón. Eso sentía caminando lento. Todos en mi corazón. Darme cuenta de eso me hizo sonreír. No entendía bien por qué. Pero después de todo lo que había pasado sonreír fue bueno. Respirar ese aire frío. Y ver las estrellas entre las ramas oscuras de los árboles. Las cosas más simples. ☆

Llegué a la esquina de la casa de Rosario. Le avisé que ya estaba ahí. Bajé y subí del cordón con un pie, con los dos. Y me quedé hundida en el tapado esperando a que ella apareciera. La vi salir con la capucha de su montgomery puesta. Caminó unos pasos y caminé otros hacia ella. Su

cara inquieta. Estaba preocupada.

Me abrazó. Me cuesta tanto dejarme abrazar. Lo anhele, lo espero, escribo que nadie me abraza y me cuesta tanto soltar el cuerpo y dejar que suceda. La abracé y su pelo, ella, mi amiga, huele a nosotras dos. O tal vez así olemos juntas cuando nos encontramos. ✧

Caminamos hasta una pizzería en la avenida. Rosario sabe que no me sale hablar de cosas importantes y caminar a la vez. Y era obvio que había algo importante para hablar. Nos sentamos en un patio de invierno lleno de plantas, adoquines y techo de chapa, todo rústico, como de fábrica.

Pedimos una pizza con rúcula y jamón crudo, y una cerveza. No había mucha gente, podíamos hablar tranquilas.

—¿Y? —me preguntó Rosario. Porque sabe que me cuesta arrancar.

Arranqué. Habrá pensado para qué le pregunté, por qué no me quedé en casa comiendo con mi familia. Me escuchó en silencio. Hubiera podido hacer un corto con sus caras. Las cosas que le contaba las contás una vez en la vida. Cada tanto decía un “no”, “oh”, levantaba las cejas o sonreía. Y en el medio trajeron la pizza.

Hice un alto para que pudiéramos comer caliente. Comer es prioridad. Sí, lo sé. Pizza fría solo para cuando te levantás al otro día y la encontrás en la heladera. En la pizzería va caliente.

Mientras comíamos, Rosario chateó con Pablo y acotó, a punto de dar otro mordisco a su porción:

—Me tenés que contar también lo de León, no te hagas.

Asentí con la boca llena. Y revisé mi celular. Nada. Ni Simón. Ni León. Se debían poner de acuerdo porque entraban y salían juntos de escena. Simón se debía querer matar por aparecer en casa sabiendo que estaba con León y haberse quedado dos horas sentado en el cordón de la vereda. ¿Cómo volvés de algo así? León debía estar esperando que apareciera yo. Porque si mal no recordaba no le había dicho: “No, León, no se te ocurra irte y dejarme con este pibe”. No había dicho nada. Y León no sabía que yo había bajado del auto, había entrado a casa y no había tenido casi ningún intercambio con Simón. Me tocaba a mí aparecer. Pero cómo.

Terminamos la pizza. Entera. Sí, podemos hacer eso. Y terminé el cuento. Todo. Padrebarba-mujerdepadre-hermananiña. La cara de Rosario. Claro, su vida: un padre, una madre, una hermana, viviendo juntos en una casa, un novio desde hacía año y pico. No es que fuera todo rosa. A ver, nada lo es. Pero.

Después de unos segundos Rosario se rio. Y eso me alivió. Si se hubiera reído en la plaza no

me habría hecho ninguna gracia. Pero ahí, pizza y cerveza de por medio, juntas, me pude reír. ↩

—La te-le-no-ve-la —dijo entre risas. Se pone un poco alegre de nada. !!!

Y era verdad. Sí.

No me dijo mucho más. No sé cuánto hay para decir.

Pedimos un mousse de chocolate para compartir. Para eso nos alcanzaba con lo que teníamos. Lo comimos despacio mientras nos reíamos a carcajadas. Y nos olvidamos de la plata del taxi para volver y de la propina. Una cerveza y parecíamos dos boludas. Dos cervezas y ya estábamos alegres. Aunque lo mío no pasaba por el alcohol, era todo junto: adrenalina, emoción, besos, Simón, playa, túnica, padre, hermana nueva.

No nos salió pensar con claridad. Podríamos habernos tomado un taxi y pagar en casa. Pensamos en Pablo. Pero Pablo se había ido a jugar al fútbol con los amigos.

Rosario pensó en León.

—Pero no me hablo con León —le respondí.

—Ah, mirá vos —me dijo—, ayer le comías la boca. !!!

Tenía razón. Y le escribí. Patética. Sí.

¿Qué hacés?



Una onda mi mensaje.

Me contestó bastante al toque.

Veo peli.

¿Me buscás?



Cualquiera lo mío.

¿En tu casa?

Ese pibe es lo más.

Y le pasé la dirección.

Pagamos y esperamos en la puerta. Yo, arrepentida. ¿Para qué? Con el frío se me ocurrió opción taxi. Tarde.

Rosario se agarraba de mi brazo y bostezaba, knockout después de cerveza e historia.

Al rato, cuando pensé que ya León no iba a aparecer vengándose de mí por la noche anterior, vi el auto doblar la esquina. Cuando estacionó, bajó la ventanilla del acompañante. Esa campera

con capucha, la campera de cuero arriba.

—Toda la onda —dijo Rosario, pero por suerte fue bajito.

Subimos al auto. Yo adelante con él. Rosario atrás.

Y le di un beso en la mejilla. Sí. Me odié. Pero no iba a bajar, volver a subir y darle un beso en la boca. Ya estaba. Llevamos a Rosario. Primera vez que se invierten los roles: nosotros la llevamos a ella. No hablamos mucho en el auto. Rosario había apoyado la cabeza contra el respaldo y tenía los ojos cerrados. La cerveza le da sueño, me lo tendría que tatuar para acordarme.

La dejamos en la puerta de su casa. Antes de bajar nos dio un beso y me dijo al oído:

—Este pibe no existe.

Pero eso sí lo escuchamos todos.



—Lo nuestro son los domingos —dijo León en una esquina después de dar unas vueltas por la ciudad desierta.

Y descontracturó todo.

Sonreí.

Habíamos dejado a Rosario. Y yo muda, otra vez. Le había escrito para que nos pasara a buscar, para que nos salvara, pero porque tenía ganas de verlo. Después, tarde, me di cuenta de que algo de lo que había pasado la noche anterior le iba a tener que decir.

Pero ahí estábamos delante de un semáforo en rojo en medio de la noche. Otro domingo más.

—Mi vida por un café —dije.

León meneó la cabeza con esa calma que tiene.

—¿No será mucho?, la vida entera, digo —y dobló en la esquina.

Encaré por la avenida que lleva al parque hasta que un par de cuadras antes giró a la derecha y se detuvo delante de un bar angosto. Me pregunté cómo conocía ese lugar.

El bar a media luz. La música suave. Nos sentamos cerca de un patio frente a unas mesas de pool. Lo bueno del lugar es ese patio y la enredadera que cubre todas las paredes. No había entrado nunca.

Nos atendió una chica divina y por un instante se me cruzó por la cabeza que con una chica como esa tendría que salir León. No conmigo. Él ni la miró. Se pidió un submarino y yo me pedí un café doble. El pensamiento sobre la chica me opacó todo. ¿Qué hacía León conmigo? Veneno tenía razón, ¿qué me veía? ↪ Me da vergüenza escribirlo pero lo pensé. Miré el patio. El cielo. Las estrellas como tachas lejanas y brillantes.

Y como no me aguantaba más, me levanté y fui al baño. Me paré delante del espejo, apoyé mis manos sobre la bacha. De repente tenía tantas ganas de llorar, con todo lo que ya había llorado parecía que podía seguir. Me miré y me dije en voz alta:

—Basta. Dale, pará un poco.

Era la segunda vez en dos días que me estaba perdiendo de vivir un momento por pensar en otra cosa, es más, en cosas que no sumaban nada. En la fiesta mientras bailaba con León, pensando en Simón. Alguna gente no se la pasa pensando, alguna gente es. ↵ Y ahí, tomando

algo con uno de los chicos que más me había gustado, pensando que él debería estar con una chica como la que nos había atendido. Cualquiera. Él estaba conmigo porque quería. Nadie lo había obligado. No le sumaba puntos en ningún concurso. Es más, todo lo contrario.

Me miré en el espejo y me dije que iba a salir y vivir ese momento. Pensar en otra cosa mientras estaba viviendo lo que había soñado siempre que me pasara se parecía bastante a quedarme en casa y ni salir, ni intentarlo. Salía pero no estaba presente.

Me lavé la cara. Era un desastre. Sin maquillaje. Sin perfume. Después de todo un día de estar dando vueltas en la calle. Estaba bien vestida. Pero nada más. Pero nada más, no. Estaba ahí. Respiré hondo. Me sequé las manos. Y me sonreí.

Salí del baño. Ni pensé. Caminé hasta la mesa. Pasos largos. Lentos. Él apoyado de espaldas contra la ventana que daba al patio. Empezó a sonreír al verme. Yo también. Di el último paso hasta él, me agaché y le di un beso en el labio superior. Se estremeció y me di cuenta de que yo estaba temblando. Y por primera vez dejé mudo a León. Aunque ahora que lo pienso, no fue la primera. Creo que su primer día de colegio también. ⚡

Tomé mi café, él su submarino. Nadie pide submarino después de los ocho.

Y entonces por primera vez lo vi.

A él.

Y me pregunté quién era. Su historia. Hasta ese momento todo había pasado por mí. Y me estaban pasando tantas cosas que era algo así como, bueno, ahora no puedo verte ni ocuparme de vos, estoy sumergida en mí.

Lo único que sé es que desde que apareció siempre está. Cualquiera podría decir que nos conocemos hace dos minutos. Es verdad, pero los dos minutos quiso estar. Y no parece que se quiera ir a ningún lado.

Esperé que me preguntara qué había pasado con Simón y quise decirle que nada, pero no sabía cómo sacar el tema sin que pareciera que estaba dando explicaciones. No pude y él no preguntó. Cuán seguro tenés que estar para no preguntar. No de mí, de él.

En algún momento mientras lo miraba me preguntó cómo estaba. Le conté lo de Manuel. Su cara imperturbable. La misma cara que tenía el día que lo conocí. La misma cara que ponía adelante de Simón. Le conté todo.

Me dijo que se había quedado pensando en eso. Que él iría a escucharlo a papá, que la vida es corta, ¿qué tiene, setenta?, y que tengo la posibilidad de hablar cara a cara con él. Quiere verme y yo también. Más ahora que tengo una hermanita. Dijo esa palabra. Hermanita. La hermanita siempre fui yo.

Nos quedamos en silencio hasta que terminó su submarino y me preguntó:

—¿Un pool?

Levanté los hombros. Jamás había jugado al pool.

—Dale.

Y sí, la chica con más personalidad del colegio juega al pool aunque no sepa y casi la rompe. Bueno, tuve suerte de principiante en un tiro muy afortunado y después me dediqué a hacer agua. Su cara mirándome. Sus ojos calmos. ☆ Pero intensos. Te mira y te está mirando. Lo siento hasta en el lóbulo de la oreja. Se sacó la campera esa con capucha que usa debajo de la campera de cuero y se quedó en remera, una remera gris gastada. Me distraje al descubrirle un tatuaje en el brazo izquierdo, cerca de la manga. Me mordí el labio pensando que el día que lo había visto sin remera ni siquiera lo había registrado. No me alcanzaban los sentidos para registrar todo el resto. Me acerqué, le levanté la manga con el taco.

—¿Y eso? —le pregunté.

Se levantó bien la manga para que pudiera ver.

—Son pájaros —me dijo—, pájaros sobre un hilo.

Pájaros leves. Tan suaves. Como si no hubiera quedado tinta para terminarlos. Amé su tatuaje.

Se bajó la manga, agarró el taco que yo sostenía y me acercó a él. Lo dejó sobre la mesa, me miró de cerca y me besó. De lleno. Tierno.

A mí.



Mil besos.

Estar sentada en el curso sintiendo que me aleteaba la piel ahí donde León me tocó. Como si me hubiera despertado. ¿Cuántos besos te podés dar con alguien sin cansarte? ¿Cuánto te podés mirar? Amar cada momento. Un nudo de mariposas en la panza. Que el nudo me escale a la garganta y me estalle. Sentir todo el vértigo, el deseo, el miedo, todo en la garganta.

Caminar unos metros hasta el auto deteniéndonos a darnos más besos. Que me atraiga hasta su cuerpo tibio. Que me agarre la cara, como la primera vez en la fiesta, para besarme lento.

Feliz. Feliz. Feliz. Feliz.

Nos quedamos en el auto estacionados delante de casa hasta las cuatro de la mañana. No me podía bajar. No se podía ir. Me costó dormirme. Me costó despertarme. Hubiera faltado otra vez, pero no daba. Alguna vez al colegio hay que ir.

Bajé a desayunar con la sonrisa tatuada en la cara. ¿Cómo se hace para dejar de sonreír? Pero ni quiero. Mamá desconcertada. Como si ya no me conociera. Me corto el pelo. Me sancionan. Salgo más que Aitana. Sonrío todo el día. Y pensarlo me hace sonreír más todavía.

Rosario me escribió en el borde de su hoja:

¿Pasó algo? Me imaginé a qué se refería.

Nop, le contesté en el borde de la mía y le agregué *besos 1000*.

Lo único, León faltó.

Con lo tarde que nos habíamos acostado, me imaginé que se había quedado dormido.

Estuve charlando con las chicas en los recreos. En el último, cuando volvíamos al curso y

pasábamos por el de Simón, sentí una mano que agarraba la mía. Giré y lo vi entre sus compañeros que entraban para la última hora.

—¿Hablamos a la salida? —me preguntó y sonrió—, dale.

—Dale —le dije y sonreí. Pero no por él. Venía sonriendo todo el día. Era la sonrisa quinientos cuarenta y ocho.

Algún día iba a llegar hablar con Simón.

Tanto tiempo lo había esperado. Tan poco lo necesitaba ahora.

Ni siquiera estaba nerviosa.

↪Hasta que lo vi.

Sentado sobre la cerca de la casa que está a unos metros de la esquina del colegio. Fumando. Miraba alternadamente la esquina, la calle y la puerta del colegio donde me despedí de las chicas.

A mitad de cuadra, Rosario me llamó con un grito:

—¿Qué hacés hoy? —me preguntó, modulando exageradamente cada palabra para que pudiera entenderla.

De espaldas a Simón, levanté mis pulgares señalando para atrás y le murmuré en cámara lenta “Simón”.

Rosario abrió grandes los ojos y asintió con su cabeza. Me imaginé que debía estar pensando algo así como “no come ni deja comer” y eso me hizo sonreír una vez más. ↪

Giré. Lo volví a ver. Me hamaco en Simón. Voy y vengo. Nadie logra ponerme más nerviosa que él. Ningún evento, ninguna situación, nada. Un año antes ni sé qué hubiera dado por verlo esperándome así. No se entiende, pero todavía me emociona. Lo que en ese momento me dio bronca.

Se bajó de la cerca de un salto cuando me paré adelante. Tiró lo que quedaba de su cigarrillo a la vereda, lo apagó y me miró.

—¿Caminamos? —me preguntó.

Asentí con la cabeza y cruzamos juntos la avenida. Todo el cielo gris. Gris frío. Hundí las manos en los bolsillos del tapado después de acomodarme el gorro de lana.

Era tan raro estar caminando juntos otra vez. Todo es cotidiano en nosotros, y no. Eso, estar juntos, era lo que había extrañado hasta que dolía. Me había preguntado por meses “¿él no lo extraña?, ¿él no me extraña?”. Era obvio que no. Él no lo había extrañado. No me había extrañado. Hasta que me lo dejé de preguntar. Hasta que me dejó de doler. Pensé que me había dejado de importar pero ahora sé que no. Me importa. Caminaba ahí a medio metro de él, sintiendo que en ese momento estaba eligiendo estar conmigo aunque eso significara que durante un año había elegido que no.

Yo no pensaba hablar. Pero más que nada no pensaba hacérsela fácil. Que remara en dulce de

leche repostero. Y si en algún lugar de su corazón sentía algo por mí y la estaba pasando mal por lo de León, que tomara de su propia medicina. Teníamos un León contra trescientas veinte chicas. ↪ Como fuera, un León.

Así que me quedé en silencio. Y solo me preocupé de poner un pie delante del otro, saltar los cordones en las esquinas. Y sentir. Respirar hondo. A la Rafaela de hace un año le hubiera encantado ese momento. Lo hubiera amado.

—No sé ni por dónde empezar —me dijo Simón para romper el hielo.

Lo miré de costado. Era evidente eso, pero no dije nada. Dulce de leche repostero.

—¿Vamos a tomar algo?, ¿caminamos? —Simón Oliveira estaba perdido.

—Podemos tomar algo o podemos caminar —le respondí. Sí, puedo ser mala. Muy. ⚡

—Podemos ir a nuestra plaza también.

Ahora era nuestra. Mirá vos.

—Vayamos a tomar algo —le dije ignorando su “nuestra”.

Me dijo de ir al bar frente al parque. No quedaba muy lejos. Y caminamos en silencio.

Nos pedimos unos moka. Y subimos a la planta alta del local que tiene todo el frente vidriado. Es como una casa en un árbol. El verde. Los loros. El cielo gris cemento. Encontramos dos sillones junto a la ventana, en medio una mesa ratona.

Nos acomodamos. Y nos miramos. No quedaba otra.

—Te extraño todo —me dijo de una.

Y por más entera que me sentía, me desarmó. No me lo esperaba.

—No entiendo —le dije, porque posta no entiendo.

—Yo tampoco —me dijo. Su cicatriz en la ceja. Tomó un sorbo y siguió.

—Igual, no es muy difícil. Soy un pelotudo para empezar. Me cayó la ficha cuando te vi con León —sonrió—, y eso te da una idea de lo pelotudo que soy. Sí, pará —me dijo cuando amagué a hablar—, dejame hablar a mí, es tan obvio que hasta yo me di cuenta. Anotá, un pelotudo y un cobarde. !!!

Y es imposible, es imposibilísimo no quererlo. Solo un León te puede hacer dudar de no amar a Simón.

☆ —Igual, el día que te vi con pelo corto sentí que sos la chica más linda con la que salí.

Golpe bajísimo. Sentí que me incendiaba. Y tuve que bajar la mirada. Un año antes me decía eso y me moría. Literalmente. Casi me muero ahí.

—De verdad —insistió.

↪ “Con la que salí”, que alguien me contara cuándo es que habíamos salido, o habíamos visto dos películas distintas.

Levanté los ojos y lo volví a mirar.

—Y con lo de León me dije “¿qué estoy haciendo?” y cuando lo fui a encarar me dijo la verdad, que el único que te lastimó fui yo. Como vos estabas sola, pensé que ibas a estar siempre

ahí para mí, y como no me la banqué cuando nos besamos, porque no me la banqué, yo nunca me pongo de novio, vos sabés —hizo una pausa.

Revoleé los ojos. Sabía mejor que nadie.

—Bueno, apareció León, y si no me animo ahora y te digo lo que me pasa, me voy a sentir todavía más pelotudo. Y está difícil batir el récord.

Yo me mordía el labio. Y meneaba la cabeza sabiendo todo, sin poder creer nada. Hasta ese instante había estado sentada en el borde del sillón con el vaso entre las manos, suspendida entre sus palabras.

Respiré hondo, dejé el vaso sobre la mesa y me acomodé hacia atrás. Me hubiera encantado tener diez kilos menos, sacarme los zapatos y sentarme con las piernas cruzadas arriba del sillón como hacen las de piernas flacas, que no vendría a ser mi caso.

Simón sintió que tenía que seguir.

—Y ya sé que no es el mejor momento para decírtelo, pero te quiero. Lo sabés. Quiero estar con vos. Y no me lo merezco ni un poco.

Si alguna vez había esperado escuchar una disculpa de Simón, había superado todas las expectativas del mundo. Algo adentro de mí era dulce pero amargo. ¿Justo ahora? Era reparador. Era: “Rafaela no te equivocaste tanto en sentir que teníamos algo, que había algo tierno, profundo, entre nosotros que se podía parecer bastante al amor”. Entonces que me dijera todo eso, reparaba. Pero no bastaba. Ya no.

Y se lo dije. Simple.

—¿Sabés todo lo que te quería y te quiero yo? Mil de uno.

Hizo una media sonrisa.

—Sí, sos un pelotudo y lo sabemos todos —medio que me reí—, ¿sabés lo que te extrañé yo? —volví a sonreír, porque ya no dolía. No duele nada—, pero apareció León.

—Que además de que lo quiero cagar a trompadas, me cae bien —me interrumpió Simón.

—Sí, ya sé, apareció León y quiero ver qué me pasa con él.

—Tarde —sentenció Simón y luego levantó una ceja—, me queda esperar a mí ahora.

Me hizo sonreír todo lo que me daba la boca, la cara, el cuerpo.

—Esperá sentado igual —le dije y nos reímos.

!!! —Posta que me quiero cagar a trompadas —dijo mientras se agarraba la cabeza y me miraba desde su cabeza gacha.

Tomé un sorbo de mi café, que estaba frío. Me había olvidado del café, los árboles, el cielo, Manuel, mi hermanita, de todo.

—Dos horas esperaste el sábado —le dije para exponerlo sin darme cuenta de cuánto me estaba exponiendo yo. 

—Las mismas que vos me miraste.

Me desfiguré. ¿Cómo sabía?

Sonrió grande.

—Rafaela, justo enfrente había estacionada una camioneta. Veía tu ventana reflejada. Te vi mirándome las casi dos horas, ¿por qué te creés que nunca miré directamente? Pero no bajaste.

—Pero no te ibas —levanté mis hombros.

—Hasta que me fui.

Silencio.

Agridulce.

Los destiempos. Los contratiempos. Los casitiempos.

Nos empezamos a levantar sin decir nada.

—Igual... —me dijo Simón mientras bajábamos la escalera.

Giré para mirarlo, él venía atrás.

—Igual —repitió—, por ahí terminamos juntos.

Y lo dejó picando.

Lo sembró como una semilla dentro del mundo de lo posible.

Y no puedo dejar de pensar en eso.

Y todo muy lindo. Mil besos con León. Una declaración de amor de Simón. Me encantaría saber cuánto se me declararía si no existiera León. Nada. Me haría ese movimiento de cabeza para saludarme que me hizo un año entero. Todo muy lindo.

Pero cuando el rumor de todo se aquieta: tengo una hermanita. Tenemos. Y todavía no le dije nada a Aitana. No sé qué hacer. Porque ella no quiere saber. Entonces ir y suministrarle información cuando su voluntad es no saber, es violento. Y a la vez, ¿no cambia todo saber que hay una hermanita? Papá como que pasó a segundo plano. No dejo de pensar, ¿y si yo fuera la hermanita y tuviera dos hermanas que ni me quieren conocer? Aitana no me registró mucho quince años de mi vida, en muchos momentos fuimos como rectas paralelas, pero es casi todo en mi vida. No me puedo imaginar que ella no esté. Siento que esa nena nos tendría que tener. Aunque nunca vivamos juntas y la relación no pueda parecerse a la que tenemos con Aitana. No tiene por qué parecerse. Y lo pone a Manuel en segundo plano porque él me genera mil emociones encontradas. Y la nena no. A ella hay que preservarla. A mí no me preservaron mucho. No dejo de pensar en que lo que yo no tuve, lo tenga ella. Y si en algún momento pensaba en querer escuchar a Manuel, hoy cero. Porque en qué cabeza entra desentenderte de tu familia y armar otra. Flaco, a ver, tuviste dos hijas, primero ocupate de esas, qué andás teniendo hijas por otro lado. O sea, es imposible que sea buen papá de ella si es este papá para nosotras. Porque por más que intento con mucha imaginación encontrar la excusa que me haría olvidar esta ausencia y correr a sus brazos a refugiarme como una niña, no la encuentro. Pongamos que sea como la película de Matt Damon y se quedó varado en Marte sin poder comunicarse doce años. Pero no, no sería el caso. Expedición en África, pérdida de la memoria, no, no. Cualquiera que sea su historia no tiene justificación. ↘ Puedo escucharlo pero sé que no va a haber justificación que me impida sentir todo lo que siento, esta profunda decepción de saber que es nuestro papá y nos abandonó. Tendría que encontrarme con él sabiendo esto y a partir de ahí, escucharlo. Y tratar de construir un vínculo con lo que hay. Y a la vez cómo me gustaría que ninguno de los dos fuera siempre eso, él, el papá que se fue, y yo, la hija que dejó.

Podría escucharlo una vez y no volverlo a ver.

Y Aitana debería saber. Mamá seguro conoce la historia entera. Y está esperando a que

nosotras veamos qué onda. Pero con ella no puedo hablar de Aitana, ni de papá, ni de nada. Con ella no puedo ni quiero hablar. Porque me va a decir lo que debería hacer. Que probablemente sea verlo. “Es tu padre”, me la imagino diciendo, cuando tanto tiempo despotricó contra él. Ahora está más civilizada, pero en una época era capaz de decir cualquier cosa delante de nosotras y los abuelos tenían que calmarla. Si estaban.

Los abuelos. Con ellos puedo hablar.

Verlo no significa quererlo. Verlo no significa sentirlo mi papá. Ni sentirme su hija.

Pero verlo me parece más real. Si no es como prolongar la ausencia y alimentar el qué será, cómo será, será que sí. Verlo es cortar la fantasía.

Sí, verlo es real.



Me crucé con Aitana saliendo de casa. Atardecía. Me dio un beso rápido e iba a pasar de largo cuando la agarré de la mano. Fue algo extremadamente estúpido.

—¿Qué? —me miró intrigada.

—Me parece que hay algo que quiero decirte pero que vos no querés saber.

Es imposible que decir algo así no sea estúpido. Aitana me congeló con la mirada, soltó la mano y me dijo:

—No lo quiero saber, vos misma lo estás diciendo —hizo una pausa y agregó—: Rafaela, si es de tu padre, no hay nada que yo quiera saber.

—Pero esto es distinto —insistí dudando.

—No hay distinto, no hay igual, si es de él, no quiero saber. Puedo no querer, ¿no? —me dijo irónica y se fue.

Busqué la bicicleta en el garaje. Subí y pedaleé hasta la florería de los abuelos. Tenía razón Aitana, podía no querer saber. Pero no sé si se imaginaba qué era lo que yo quería contarle.

Frío. Gris. Como a punto de llover. Esas lluvias finitas. Me pregunté si nevaría. Nunca vi nieve y me muero de ganas. Dicen que la nieve cuando cae opaca todos los sonidos y el silencio es inmenso. Algo que opaque los sonidos y lo que siento.

Pedaleé con ganas. Llegué a la avenida de la florería, subí con la bici a la vereda, me bajé y empecé a atarla a la columna de la luz cuando la vi salir del local de los abuelos. Al principio no me di cuenta, no uní los puntos hasta que giró. La hija de papá, parada en medio de la vereda con un vestido rojo y un conejo blanco de trapo entre sus brazos.

Mi hermanita me miró.

Yo, inmóvil, no podía dejar de mirarla. Y no lo pensé, me salió. Levanté la mano derecha e hice un movimiento para saludarla.

Ella me miró intrigada, como diciendo “no te conozco”. Y ahí caí en que sola no debía estar. Adentro, con los abuelos, tenía que estar papá. Y yo no quería verlo antes de estar preparada si es que alguna vez estás preparada para ver a tu papá que desapareció hace como doce años.

Giré, desaté la bici, me subí. El corazón me latía como una manada de rinocerontes atravesando la tierra. Bajé a la avenida con la bici y empecé a pedalear. No quise ni mirar

adentro de la florería.

Pero llegando a la esquina no me pude contener y giré la cabeza. Mi hermanita me seguía con la mirada y había levantado su mano para devolverme el saludo.

Y mientras pedaleaba a casa se me empezaron a caer las lágrimas. ¿Qué onda los abuelos? El abuelo no lo puede ni ver a Manuel. Obvio que no dice nada. Es políticamente correcto pero es evidente. La abuela es distinto. Pensar que Manuel estaba en la florería con ellos y que por eso yo no había podido entrar me violentaba tanto que tuve que contenerme para no volver y decirle de todo a él y a ellos. ¿Qué hacían con Manuel? Los estaba envolviendo a todos. La bronca que me daba. Mamá parecía otra, decía “papá”. Los abuelos lo recibían. Me indignaba. Y a esa altura era obvio que todos sabían de la hija nueva. Menos nosotras. Bueno, yo sabía pero nadie sabía que yo sabía. La única que no tenía la menor idea era Aitana. Eso me indignaba peor que nada, “ey, habla primero con tus hijas que andás congraciándote con todo el mundo”. Bueno, la realidad era que estaba tratando de hablar con nosotras. Pero igual. Los había envuelto a todos y casi hasta a mí. Había estado a punto de decidir verlo. Una vez que necesitaba hablar con alguien y decía “bueno, hablo con los abuelos”, ellos con él. Parecía joda. Y lo increíble es que anda desfilando por la ciudad con su hija haciéndose el padre ejemplar. Es, qué sé yo, ni se me ocurre una palabra.

Llegué a casa, tiré la bici en el garaje. Se cayó contra unos tarros de pintura, mamá no iba a poder entrar el auto y me iba a decir de todo. Pero no me importó nada. La dejé tirada.

Subí la escalera de dos en dos. Entré a mi cuarto y cerré de un portazo. No alcancé a caminar a la cama, cuando Aitana abrió la puerta de una.

—¿Qué pasa?

Giré mientras seguía llorando.

—¿Qué?, habla —ella parada en medio del marco de la puerta mirándome inquieta—, ¿qué pasa?

Yo dudaba. ¿Le contaba o no? No podía ser la única en no saber. O enterarse como me había enterado yo.

—Rafaela, ¿qué pasa?, me estás preocupando.

↪ —Tenemos una hermana —tiré la bomba.

Su cara, demudada, pálida. Pero se repuso rápido.

—¿Y? —levantó una ceja.

—Y... que papá tiene otra hija.

—Sí, te entendí, era una probabilidad esa, o que estuviera muerto —Aitana versión hielo 2.0.

—Está vivo, con la hija, en la florería de los abuelos. O sea, todos saben menos nosotras.

Silencio. Aitana muda.

—¿Qué querés, Rafaela? —me dijo cuando pudo hablar—, siempre se manejó como el culo ese tipo —hizo una pausa—. ¿Y vos por qué parte de todo llorás? —me lo preguntó pero era

como si me estuviera retando.

—¡Qué sé yo! —le grité, y sí, era una pregunta de mierda.

Y de repente era todo tan dramático. Aitana me miró y se mordió el labio inferior, exactamente igual a como hago yo, y se rio.

—¿De qué te reís? —le pregunté entre mocos y lágrimas. Sí, era un asco—, “¿por qué parte de todo llorás?” es la peor pregunta del mundo —le dije empezando a reírme yo también. !!!

—Soy una yarará —me dijo.

—Sí, la reina.

Se acercó y me dio un abrazo. Tenía los ojos húmedos. Por ahí era la risa, pero tal vez todo, por ahí ella también hubiera llorado si se aflojaba.

—Pobre nena con ese padre —me dijo al oído.

Me separé de ella y la miré.

—¿Y nosotras?

—Nosotras estamos juntas, naba. ☆

León no me escribió en todo el día. Pensé en escribirle pero después me dije “no, que escriba él”. Me daba cosa haber estado hablando con Simón justo el día en que él había faltado, como si aprovechara el primer segundo sin tenerlo cerca para irme con Simón. Igual claramente no era eso lo que había sucedido. Y yo no tengo nada con León. No somos nada. Suena feo así. No soy su novia. Pero igual me daba cosa. Y lo peor es que estoy segura de que él ya sabe que me fui con Simón. Tiene que saberlo. Por ahí, por eso tendría que haber sido yo la que le hubiera escrito: *Hola, León, ¿cómo estás? Estuve charlando con Simón.* Pero eso sonaba bastante a dar explicaciones y yo no tenía que explicarle nada a nadie. Y además no había pasado nada. Habíamos tomado un café. Y yo ni lo había tomado.

Miré su whatsapp varias veces para ver si lo veía en línea pero nada. Tenía cosas que terminar del colegio y no me podía concentrar. Es increíble pero más mirás, más querés ver. Y me descubrí chequeando cada cinco minutos por si lo veía conectado.

Y en eso, un mensaje de Simón.

Sonreí. Una imagen. La abrí. Él, tan absolutamente guapísimo, sentado en un cordón mirando de costado. Abajo había escrito: *Waiting. Día 1.*

Me reí. Un boludo. Pero me hizo reír.

¿Qué había pasado?, ¿qué estaba pasando?

León. Simón. Papá. Una hermana. Mi corte de pelo. Sanciones. Túnica. Empezar a saber lo que creo que quiero estudiar, que tal vez no sea acá. Todo junto. Creo que pasé meses enteros de mi vida sin que pasara nada. Hasta hace poco. Un día atrás del otro, atrás del otro, que ya no sabía qué día era porque eran todos iguales. Ir al colegio. Actividades fuera del colegio. Casa. Películas. Comer. Comer. Comer. Club los domingos. Decir “no, no, no”. Esa, mi vida. Miraba mi cuarto, la cocina, donde estaba en ese momento, y pensaba: “¿Mi vida va a ser siempre así, entre estas cuatro paredes, hasta que me muera?”.

Parece que no.

Y que ya no soy más invisible. Ni me acuerdo de la última vez que quise desaparecer.



↪ Reunión con la psicopedagoga. Inútil. Completamente inútil. No me interesa que esa mujer sepa nada de mí. O sea que suprimí cualquier situación relacionada profundamente con mi vida, todo eso lo mandé al fondo del mar y le hablé de la superficie. El agobio de terminar el colegio, no tener la certeza de qué querer estudiar, de qué quiero de mi vida. Porque lo que estudie va a determinar eso. No saber con certeza se siente líquido. Hay veces que en medio de toda mi solidez me siento completamente líquida. El tema de dejar de cursar con mis amigas, inclusiveirme si lo que quiero estudiar no está acá. No es mentira, es superficie. Hay más. Y creo que ella lo sabe. Me escuchó atenta detrás de sus anteojos de marco grueso. Asentía con la cabeza, tomaba notas. Quedamos en vernos la semana que viene. Y más vale que invente algo porque ya no me queda mucho de qué hablar. A menos que bucee realmente en mí. Pero dudo.

↪ Y después de clases con Rosario teníamos la primera reunión con Veneno y sus secuaces. Todo el día estuve pensando en ir al despacho del director y decirle lo que pensaba de su decisión de hacerle dar una clase magistral de asesinos en serie a la víctima de asesinato. Cualquiera. Pero no junté el valor.

León faltó otra vez. Rarísimo. No mandó mensaje. Ni siquiera aparece en línea. Como sea, yo no le puedo escribir. Por momentos, mientras no escuchaba a una de las profesoras, pensé seriamente si León es real. ¿Existe o me lo imaginé? Me reí sola. Rosario me miró como diciendo “¿qué onda nena?”. Pero por ahí solo lo vi yo todo este tiempo.

Sonó el último timbre del día. Con Rosario nos miramos odiando el momento. Pero no quedaba otra. Habíamos arreglado con las otras reunirnos después de almorzar en la cafetería. Lugar público para no agarrarnos de una. Aunque probablemente era lo que iba a terminar sucediendo. Eso era un desastre asegurado. Wanda y Tania no lo podían creer.

Y nosotras tampoco.

Ellas menos.

Almorzamos un par de tostados de jamón y queso, café con leche y jugo de naranja. Obvio que me quedé con hambre y moría de ganas por comer algo dulce. Pero también me imaginé que tenía que ver con que León no hubiera aparecido, bueno, no habían pasado dos días todavía, pero igual. Y con tener que reunirnos con la comisión directiva de las yaras.

Aproveché para contarle a Rosario todas las novedades. Simón. Y hermana. Se indignó con Simón. Se quedó muda con lo de la hermana. La supera. No sabe qué decirme. Pero lo de Simón. “Qué forro —me decía—, es tan injusto que te venga a decir que tal vez terminan juntos cuando vos estás conociendo a otra persona. Lo leo a Simón. No te suelta, te dice eso como para que no puedas dejar de pensar en él”.

!!! Y estábamos debatiendo tema Simón cuando las vimos entrar. Se creen modelos. Abrió la puerta una de las del séquito, entró primero, luego la otra y ella, la Veneno en persona, con ese pelo largo. Las polleras del uniforme bien por encima de la rodilla, sin corbatas, las camisas abiertas hasta el escote. Pensé que a Veneno le iba a explotar la camisa. Ella sinuosa. Yo toda curva. Se pararon delante de nuestra mesa como si fueran tres esgrimistas y pensé que todo se iba a dirimir arriba de la mesa en la que estábamos terminando de tomar el café.

Se pararon ahí y no decían nada.

Nosotras levantamos la mirada en silencio.

Finalmente acomodaron tres sillas delante de la mesa y se sentaron al unísono. Como si fueran parte de una coreografía.

—Bueno —dijo Veneno—, acá estamos.

Mi cara. Mirada de hielo.

—¿Qué mirás? —me preguntó mal.

—Te miro a vos —le dije. ⚡

Así empezamos.

Su cara. No se lo esperaba.

Estaba por contestarme después de acomodarse el pelo hacia el otro lado de la cabeza cuando Rosario nos cortó:

—Todo bien discutir, buenísimo, discutamos todo el día, me encantaría, pero cuanto más nos peleemos, más vamos a tardar en terminar este trabajo de mierda. Y no sé ustedes, pero a mí ya me tiene harta antes de empezar.

Lógica pura.

Las Venenos se miraron.

—Sí, es verdad —aceptaron.

Pero es imposible hacer algo con ellas. Imposible. No hay forma. Diferencias irreconciliables, alegaría mamá. La reunión más fallida del mundo. Duró diez minutos. O quince. Nos terminamos levantando con Rosario. Porque ninguna de ellas cree básicamente que hicieron algo mal, o que lo que hacen puede lastimar a otros, o lo saben y les parece perfecto. Las ideas que tiraron oscilaban todas en mandarme al frente a mí a explicar lo que se siente ser así. Así = gorda. Así = una condición irrecuperable. La cara de Rosario, en mi vida la vi tan sacada. Y no tengo por qué someterme a eso. Como si ya no fuera suficiente con que me hubiera dicho “obesa” intentando insultarme. O que no sabe qué me ven Simón y León. Mañana vamos a hablar con el director para explicarle todo.

Y nos vinimos a casa con Rosario, a tomar mate y a comer unos alfajores. Música, tiradas en el sillón, cada una con la cabeza en un apoyabrazos. Nuestra posición histórica de charla preferida. Y Minerva ovillada al lado.

Segundo día. Segundo mensaje de Simón.

Un reloj de arena. Abajo: *Waiting*. Día 2.

Me hizo sonreír otra vez. Lo vi y no le dije nada a Rosario porque si le había parecido tan injusto lo que me había dicho, eso iba a hacer que se lo cruzara de por vida. Cuánta energía y creatividad que tenía de repente Simón para mí. !!!

Meindignahalaga.

Todo junto.

No le contesté. Dulce de leche repostero para Simón.

Y de León, nada.

Cuando Rosario se fue y me puse con las cosas del colegio miré trescientas veces el whatsapp de León, nunca lo vi en línea. Tampoco tiene la hora como para ver cuándo fue la última vez que se conectó. Y si ya no le había escrito antes, no le podía escribir ahora. Y no le escribí.

De repente todo lo que parecía expandido volvió a ser como antes. Estas últimas semanas habían pasado tantas cosas y fluían tan mágicas, tan posibles, tan reales. Pero todo se había detenido. La posibilidad de conocer a papá. Escribí: “conocer a papá”. Como si no lo conociera, es que no lo conozco. Conocer a papá es triste. Viví con él años pero no lo conozco. Voy de vuelta: la posibilidad de ver a Manuel. La posibilidad de tener una historia con alguien que me guste. La posibilidad con Simón, esa, creo que nunca existió. Por más mil fotos de *waiting* que me mande ahora.

Ni siquiera quiero volver a la escuela después de lo de las Veneno. Para colmo eso. La bronca que me da. La impotencia feroz.

Como que venía estos días con esa sensación en el centro de la panza de que algo bueno estaba por pasar, o que ya estaba pasando y de repente la nada. El vacío.

¿Tan poco duran los besos? ¿Tan poco dura lo bueno? ¿Y si al final del cuento yo nunca tengo nada?

Anocheió en mi ventana. Vi salir a Aitana, que descubrió la luz en mi cuarto y giró para tirarme unos besos mientras subía al auto.

Claro, la vida a los demás les pasa, y les sigue pasando. A mí, la muestra gratis. Un poco de

vida que pasa. Y se detiene.

Nada.Nunca.Pasa.Realmente.En.Serio.

Y acá, mirando la noche afuera.

Otra vez yo adentro.



Simón. Mensaje de whatsapp.

Imagen. La abrí debajo del banco. La cabeza apoyada en una de sus manos y mirando a la cámara. *Waiting*. Día 3.

Fruncí la boca mientras apagaba el celular.

¿Se la creyó? Se cree que está bueno. Lo sabe. Pero eso arruina todo. Sigue estando bueno, eso no se arruina, pero un chico que se la cree baja mil puntos.

Hoy sí apareció León. Por fin. Entró casi corriendo cuando el timbre ya había sonado y estábamos todos en el curso. Ni me miró. Y eso que giré medio cuerpo para buscarlo con la mirada. Él se dejó caer en su banco y miró hacia donde yo estaba pero no a mí, a través de mí, como si yo no existiera. No entendí nada.

Ni eso, ni cuando en el primer recreo desapareció del curso antes de que nadie más saliera, no sé ni cómo hizo. Tuve que ser rápida para alcanzarlo en el segundo recreo, antes de que pudiera volver a desaparecer. Lo agarré del brazo en el pasillo sin pensar en que medio colegio nos podía estar mirando.

—Ey, León —le dije.

Giró para mirarme. Frío. Levantó su cabeza haciendo un gesto para que yo hablara.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—A mí, nada —me dijo mientras se soltaba—, cuando termines tu película con el pelotudo este me avisás —dijo señalando con su cabeza el curso de Simón. !!!

Miré hacia el curso y lo vi a Simón ahí parado. Había escuchado todo. Los tres nos vimos. Fue un instante. León dio media vuelta, se encontró con uno de sus amigos del curso de Simón y bajaron juntos las escaleras.

↳ Yo, petrificada.

↳ Simón también.

Nos miramos un momento. Y se me llenaron los ojos de lágrimas. Dio un paso para acercarse. Y le dije un *no* tan rotundo que se volvió sobre el paso que había dado. Di media vuelta y busqué a Rosario, que estaba saliendo.

—¿Qué pasa? —me preguntó cuando me vio.

—Nada —le dije—, ¿vamos a hablar con el director?

Me miró como a punto de preguntarme algo más y después se arrepintió.

—Dale, vamos.

Bajamos. Pasamos junto al patio. León sentado en un escalón, charlaba con el compañero de Simón. Ni me registró.

Nos anunciamos con la secretaria del director y esperamos en el pasillo a que nos llamaran. Mirando el piso no podía dejar de pensar en que algo de razón tenía León. Algo, bueno, todo. Lo que menos me hubiera imaginado en el mundo era que iba a reaccionar así. León tan incondicional para mí. Siempre está. Igual que yo con Simón.

Me quedé helada, mirando el piso, mientras caía sin poder creerlo. Yo era el Simón de esta historia.

A veces basta eso, sentir el vacío, para tirarte. Nada más.

León no volvió a mirarme en toda la mañana. Con el director nos fue como el culo. Tenemos que hacer el trabajo igual, todas juntas. Que compartiéramos tiempo con las chicas del otro curso, teníamos que conocernos y encontrarle la vuelta, que tenía mucha expectativa en lo que podía salir. Cuando le dije que para mí era doble violencia recibir el maltrato y tener que hacer un trabajo con la persona que lo había generado sin haberme pedido disculpas, me dijo que lo lamentaba, pero que confiaba mucho en lo que estaba haciendo, que si podía confiar en él. Lo miré sin entender. Es obvio que no confío en él. No lo conozco. Nunca tuvimos un trato cercano. El director está muchas veces ajeno a nosotros. Nos dijo que él piensa que esto nace del desconocimiento. No estoy de acuerdo. Nace de alguna obstrucción del corazón o algo así. Si no, no se explica. Pero tampoco me iba a pelear con él. Ya tengo una lista de gente con la que no me estaría llevando muy bien como para seguir sumando.

Vacío.

Salimos del colegio. Frío afuera. Me despedí de las chicas en la puerta. Me puse la capucha del tapado y no pensé. Caminé sin pensar pero determinada.

Tirarme.

Llegué hasta la plaza y me detuve entre los árboles, frente a la casa donde está parando Manuel. Quise cruzar. Pero no encontré tanto valor en mi cuerpo. Cerré los puños. Me dije “un paso y cruzá”. Pero no pude. Y me quedé mirando la puerta como ordenándole que se abriera. Se ve que tengo un poder desconocido porque después de un rato la puerta se abrió.

Me quedé sin aire.

Vi salir a la mujer joven y a la niña-hermana. Su flequillo, un tapadito azul. Y atrás salió él. Giró después de cerrar la puerta y me vio. Se quedó inmóvil en el exacto momento en que supo.

Yo traté de respirar, pero no había aire cerca.

Manuel le dijo algo a la mujer, que me miró un segundo, le hizo upa a la hija y volvieron a entrar.

Y una vez que se cerró la puerta vi cómo papá cruzaba hasta mí.



Se paró en la calle, debajo del cordón. Yo no podía mirarlo a los ojos. Me detuve en sus manos de dedos largos que hacían girar un encendedor pequeño. Esas manos las conocía. ↘ Las manos del violín. Agradecí que no quisiera abrazarme ni besarme, que no dijera “hija” o algo semejante. Se quedó parado en silencio. Tenía puesto un jean chupín y unos zapatos de vestir. Levanté la mirada despacio, un chaleco gris, una camisa debajo, el montgomery abierto, su barba entre pelirroja y rubia, su pelo casi largo, casi lacio, la nariz recta, esas pecas; las mías, sus ojos. Manuel tiene la mirada suave. Tenía los ojos húmedos. Pensé que iba a llorar, pero no. Pensé que iba a hablar, pero no. Pensé que me iba a tocar, pero no.

Se quedó quieto mirándome. Me sostuvo la mirada. Sus ojos levemente grises, levemente amarillos. No es tan alto como lo recordaba pero mi recuerdo tiene doce años.

Y en algún momento sentí que me volvía a entrar el aire en el cuerpo, me di cuenta de que un auto pasaba por la calle detrás de él, que las palomas aleteaban en un jacarandá que había a mi lado. Volví a respirar.

Sacó un atado de cigarrillos del bolsillo, cigarrillos negros, hizo un gesto como diciendo “voy a fumar”. O eso entendí yo, no creo que haya querido ofrecerme o a lo mejor sí. Encendió un cigarrillo, inhaló todo lo que pudo, sostuvo, exhaló y ahí respiró él.

—Gracias —dijo por fin.

Asentí con la cabeza.

Y subió el cordón.

—¿Nos sentamos por acá? —me preguntó señalándome un banco de piedra.

Caminé detrás y nos sentamos mirando la plaza. Un par de hermanitos pasaron en bicicleta. Él a toda velocidad, ella con su bici con rueditas. Por un segundo me quedé mirándolos a ellos como si fueran todo.

Me bajé la capucha y Manuel miró mi pelo corto, sonrió y esa sonrisa no me la acordaba. Esa sonrisa de barba no me es familiar.

Giré mi cabeza para mirarlo de costado y el sol se reflejó en su cara, igual que el día de la carta con Aitana. Como una señal, como una confirmación.

—Me hace muy bien poder verte, Rafaela —me dijo.

Yo lo miraba. No había una sola palabra en todo mi cuerpo. La valentía me había alcanzado para llegar hasta ese espacio entre los árboles frente a la casa donde él paraba. Y sentía que no tenía una sola palabra para decir, que apenas podía entrarme una emoción más en todo el cuerpo.

Me pidió disculpas. En realidad dijo que no le iba a alcanzar la vida para pedirme disculpas a mí y a mi hermana. Que no tenía ninguna excusa. Una cosa había llevado a la otra y cuando se había dado cuenta se había alejado tanto que sentía que había un abismo del que no podía volver. Que no sabía cómo volver. Y había pasado años sin saber cómo acercarse. Hasta que había conocido a Marie. Y había sido papá otra vez. Y hablando mucho con ella había entendido que cuanto más tardara, más difícil iba a ser, y más nos íbamos a perder todos. Pero no sabía cómo. No tenía ninguna justificación. Sabía que podía ser irreversible. Entonces había decidido viajar. Y estar. Volverse presente por una carta y estar por si nosotras queríamos verlo. Darnos tiempo a que tal vez quisiéramos escucharlo. Hizo una pausa. Y después de encender otro cigarrillo dijo que tenía fe, usó esa palabra, en que pudiéramos reconstruir el vínculo, que nunca iba a ser como el que hubiera soñado y sabía que eso era su más absoluta responsabilidad, pero tenía fe.

“Qué suerte”, pensé. Yo no tengo mucha fe que digamos en lo que se refiere a él.

Cuando terminó de hablar lo que debía haber practicado, soñado, ensayado mil veces, me paré. Me miró. Yo no había dicho una sola palabra todavía.

Lo miré y le dije:

—Por hoy ya está. Por ahí te escribo para que nos veamos otro día.

—Sí, claro —me dijo mientras se paraba a mi lado.

Le di un beso, rápido, y giré mirando al sol sin volverme.

El corazón desintegrado y cálido, como si fuera el mismo sol. Estallado dentro de mí.

Ahora sí, lo sé. No lo inventé.

El olor que recordé siempre es el de él.



Y si había un lugar donde sentía estar era con León. Aunque él no debía tener muchas ganas de verme después de lo que había pasado esa mañana. Y no tenía energía para hablar con él, explicarle que con Simón nada y que había visto a mi papá. Sabía que lo más probable era que si le decía lo de Manuel se diluyera el resto. ¿Qué era lo de Simón al lado de eso?, pero si había una chance de que él a pesar de todo siguiera enojado, ese día de reencuentro con papá no podía sentir un rechazo. No me sentía con la energía suficiente. ↩

La casa es la misma, Minerva es la misma, los olores y objetos los de la mañana, y a la vez, todo parece otro. Como si hasta los espacios tuvieran otras dimensiones. Cada paso, otro peso. Ni tengo hambre. Y eso es rarísimo. !!!

Le abrí la puerta del patio a Minerva que me saltó, sus patas delanteras contra el pecho. La bajé mientras le acariciaba la cabeza y subí a mi cuarto. Entorné la puerta una vez que ella entró conmigo, dejé la mochila junto a la cama y me tiré así como estaba, con los zapatos puestos.

Me quedé en posición fetal mirando la ventana. Como si hubiera corrido mil maratones, agotada, extenuada, arrasada; respirando, solo podía respirar.

Ni sé cuánto tiempo pasó. Me quedé dormida. Y me despertó la puerta de entrada. Un golpe seco. Y ese segundo al volver del sueño cuando todavía hay inocencia. Ese instante en el que sentís que todo es como siempre. Y después te acordás. Me acordé de Manuel.

Los tacos de mamá unos segundos después en la escalera. Alcancé a incorporarme cuando abrió la puerta entornada de mi cuarto. Nunca le había visto esa cara a mamá. Desencajada.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien —le dije sin entender demasiado. Mi voz de dormida. Hasta ahí no entendía.

—Me avisó papá que lo fuiste a ver hoy —me dijo así sin anestesia. Otra vez “papá”, no “tu padre”, no “Manuel”.

—¿Y? —le pregunté empezando a entender.

—¿Cómo “y”, Rafaela?, ¿cómo estás?, me vine volando del trabajo, dejé todo sin terminar — hizo un gesto como abarcando todo lo que había quedado irresuelto por su ausencia, que debía ser un montón porque estiró sus brazos todo lo que pudo.

Y esa costumbre persistente de intentar hablar así, con preguntas que son como martillazos, de interrogatorio. Me saca. Me paré, pasé delante de ella y sus piernas largas, sus zapatos de taco alto y su perfume. Y bajé la escalera. Me siguió y nos enfrentamos en la cocina. Porque eso fue un enfrentamiento. Ella, brazos en jarra; yo, cara de “no me jodas”. Sé que soy insoportable, que soy extremadamente intolerante con mamá, pero puede que lo insoportable justo lo haya heredado de ella.

—Y nada, mamá —resalté cada letra.

Su cara.

—¿Nada? —levantó los hombros—, ves a tu papá después de doce años ¿y no te pasa nada?

—No —arrastré el *no*, giré y fui a la heladera para ver qué había para comer.

—No, claro, pero ya vas a volver a comer —me atacó.

—Mirá, Nadine, no voy a volver a comer porque para empezar no comí todavía, o sea que voy a comer por primera vez porque básicamente necesitamos comer para vivir —le hice una sonrisa por encima de la puerta de la heladera abierta y me hundí adentro.

—Sí, como sea, no tenés nada para decir de papá y comés —hizo una pausa y disparó—, comés y no hablás. O comés porque no hablás. !!!

Y esa sí no me la vi venir, hasta esas profundidades no habíamos llegado nunca.

Sentí la puerta de calle que se abría y se cerraba de golpe. Cuando salí de adentro de la heladera vi a mamá en primer plano y a Aitana detrás.

—Como porque no hablo. Descubriste América, Nadine —mi mirada de hielo. !!!

Y Aitana:

—¿Qué mierda pasa?

Así somos. A veces.

Mamá giró.

—No es tu problema.

—Si están a los gritos en casa, también es mi problema. ¿Qué pasa?

Pausa.

Tregua.

—Tu hermana vio a tu papá hoy, y vengo como loca a que me cuente cómo está y me hace el *acting* de que está como cualquier otro día.

—Tal vez lo que menos necesita mi hermana es que vengas como loca. —Aitana tiró la mochila en el sillón y se sacó su abrigo.

—Vos no me vas a venir a decir a mí cómo ser madre. Hago lo que puedo —dijo taladrándola con la mirada.

—Bueno, a veces no basta —le mandé y pasé de largo delante de ella, subí la escalera y me encerré en el cuarto de un portazo.

Malísima.

Puedo ser malísima.

Feroz. Implacable.

Las ganas de reventar algo contra el vidrio de la ventana, la compu, la silla, el escritorio.

Una ira en ola de tsunami adentro.

Una ira que no sé de dónde vino y me arrasó.

Una violencia.

Como que me di miedo de mí misma.



Era Simón. Ahora soy Veneno.

Media hora más tarde me sentía pésimo. La forma de mamá no es mi forma. Hace lo que puede, es cierto. Pero había desbarrancado con lo de que como porque no hablo. Aunque sea cierto en cada letra y espacio. Son las cosas que no le decís a tu hija. Por lo menos no así. Y son las cosas que ella insiste en decirme a mí.

Pasaron diez minutos de nuestra discusión feroz, que se prolongó entre Aitana y ella una vez que me encerré en mi cuarto. Escuché que mamá se iba. Arrancó el auto casi arando de la puerta de casa.

Me cambié porque no me soportaba un minuto más el uniforme y me volví a tirar en la cama. Y así me quedé hasta que Aitana me mandó un mensaje para que bajara.

Asomé mi cabeza virulenta por la escalera y bajé con Minerva, que había permanecido refugiada en mi cuarto durante la discusión.

Aitana no me preguntó nada de papá.

—¿Almorzaste? Yo estoy famélica —me dijo—, podría preparar una ensalada con esas milanesas que quedaron de ayer y nos sentamos ahí afuera a comer al sol.

No me gustan mucho las ensaladas pero Aitana le estaba poniendo onda. Miré el patio. Ese era uno de nuestros lugares y hacía mil años que no nos sentábamos al sol.

—Dale —le dije.

Aitana abrió su notebook sobre la barra desayunadora y puso música.

La ira-ola tsunami se replegó en mi interior. Y me aquieté. Pero ahí está. Ya lo sé.

Nos sentamos contra la pared de la puerta-ventana mirando los papiros. Comimos en silencio. Cuando terminamos me dijo que cuando necesite hablar le avise. Le pregunté si había sido muy dura con mamá y levantó los hombros.

—Todas hacemos lo que podemos —fue su conclusión.

Lavando los platos, mientras Aitana subía a estudiar, me quedé pensando si ella se pregunta algo. Hermética. No parece tener una sola emoción. Nada de curiosidad, como si realmente no le importara absolutamente nada de Manuel. Y conociéndola sé que es imposible. ↪ Le importa. Le importa tanto, le duele tanto, que solo puede reaccionar así. No hay otra posibilidad. Ella lo

conoce más que yo, se acuerda más, ella se acuerda de todo. Ni siquiera tuvo el violín para que la sostenga. Se preocupa por mí, se pelea con mamá, me defiende, me dice que cuando quiera hablar le diga, y a mí me preocupa ella. Que no habla, ni come por no hablar, hace como si nada. Y es imposible que papá con Marie y su hija-niña a unas cuerdas sea como si nada.

Hubiera querido poder ir a abrazarla, pero no sabía cómo empezar. Y sé que su reacción más probable va a ser la ironía. Su escudo. Y no quiero que me lastime, pero quiero estar cerca. No quiero que me duela, pero no quiero que se sienta sola. No quiero que me diga de todo de papá porque en mí hay una posibilidad.

Necesito que me abracen y no sé cómo abrazar. Chicas difíciles, las Rivera. No sé si aprendés a abrazar siendo abrazado o abrazando. El huevo o la gallina. Como sea. Aitana en un cuarto. Yo en el de al lado.

Las rectas paralelas.

I m p o t e n c i a .

Adormecida.

Y después, la vida sigue. Nada se detiene. El mundo frente a mí sigue rodando. En mi cabeza el día que volviera a ver a papá iba a haber un antes y un después. Nada iba a ser igual. Y había esperado ese día por años.

Ya estaba. Había pasado.

Yo sigo siendo la misma. El mundo no se detuvo. Y algo sutil y mínimo, no. Ahora hay una brecha a un mundo más amplio. No tengo la menor idea de qué clase de mundo es, ni cuánto me interesa o cuánto puedo habitarlo. Pero definitivamente un mundo con Manuel presente es **un mundo expandido**. Porque están él, Marie y la hermana-niña. Esa era la pregunta que tenía para hacerle: “¿Cómo se llama tu hija?”. Pero en mi falta de palabras me quedé también sin preguntas. Ya voy a saber. Es insólito no saber cómo se llama tu propia hermana.

Caminar a casa había sido igual a siempre y, sin embargo, más liviano. Vivir con una fantasía de papá es más fácil, siempre podía pasar que apareciera y tuviera una verdadera razón que lo hubiera tenido alejado de nosotras, algo que yo no hubiera pensado, algo que él no hubiera podido controlar ni decidir, un espía internacional con una amenaza de muerte sobre su familia; esa, debo confesar, me la había imaginado bastante, pero en la fantasía papá siempre podía aparecer con una razón. Y mientras no apareciera había algo bueno que podía pasar, algo realmente bueno. También había una buena razón para estar triste, para que las cosas no salieran. Había una excusa. Una excusa y una ilusión. Era más fácil la fantasía. Y más pesada. Un ancla.

↪ Haber visto a papá es real. Nunca me hubiera imaginado que iba a ser así. Simple y cotidiano. Y poco dramático. No había llorado acongojada, él tampoco. Parecía que por años mi vida había girado sobre la posibilidad de volverlo a ver. Su desaparición definía todo. Haberlo visto me corre de ese lugar y abre la posibilidad para que otras cosas ocupen un espacio tan importante. Poder verme, por ejemplo.

Nada es como lo imaginaba.

La realidad es áspera y más liviana.

Y mientras más tardás en hacer lo que tenés que hacer, más difícil se vuelve. Es un hecho. Hoy parecía imposible acercarme a León en el colegio y simplemente hablarle. O sea, ponele que nos estábamos besando hace setenta y dos horas, menos de una semana, y ahora directamente no le puedo hablar. !!! Me pregunté si no me estaré volviendo invisible otra vez. Porque Simón tampoco me mandó ayer su mensaje diario de *Waiting*. Día 4. Puede haber dos razones:

1. Entendió, cuando escuchó a León decirme en el pasillo que lo buscara cuando hubiera terminado mi película con el pelotudo, que me estaba trayendo algún tipo de problema. Y decidió abrirse.

2. Perdió todo su interés cuando vio que León ya no quiere estar conmigo. Eso sería muy Simón. Y decidió abrirse.

Dos razones que estarían conduciendo a lo mismo. Como sea, puede que simplemente me haya vuelto nuevamente invisible, lo que me sale bastante bien. Fue hace dos minutos que era completamente invisible.

Anoche al final en casa las cosas fluyeron un poco.

Cenamos las tres juntas. Algo casi extraordinario. En casa no hay una mesa grande, como para tener una idea de lo que estoy hablando. Tenemos una mesa ratona, canchera, sí, todo bien, pero no muy cómoda. Eso es todo. Pero nos sentamos las tres en el piso, ni siquiera sé cómo se dio, y tuvimos una cena en paz. Bueno, paz tampoco, calma. Tensa calma. Comimos las tres juntas. No me acuerdo muchas veces en las que haya sucedido algo así. Sí con los abuelos, solas no.

Con los abuelos ni hablé. En estos días voy a pasar a verlos. Ya a esta altura se deben haber enterado de que vi a papá. Porque parece que la no-comunicación por años de mamá y papá ahora se recicló en una comunicación fluida. Ahora son los padres que necesitábamos hace doce años. *Delay*, lo llaman. Me indigna un poco. Mamá se preocupaba ayer por cómo me había caído ver a papá y no recuerdo que se haya preocupado por cómo lidiaba con eso a los cinco o seis años. Y no sé cómo hacía. Igual mamá en ese momento tampoco debía entender mucho, la situación estaba sucediendo en vivo y en directo, tenía una casa, un trabajo y dos hijas de que ocuparse. Como dice Aitana, todas hacemos lo que podemos. Pero nosotras dos no decidimos tener hijos. Ellos tienen otra responsabilidad. Es así. Punto. Sé que tengo razón y que soy dura.

Todo a la vez. Al final, hoy lo que me queda, como hablé con León, es disfrutar lo que hay. Lo que no hicieron, no se hizo. Lo que pasó, quedó atrás. Solo tengo de acá para adelante. Lo sé y lo siento. !!!

Hoy les conté a Wanda y a Tania que apareció papá. Sus caras. Un fantasma. Y sí, papá es un fantasma. Pero no les pude decir que hablamos. Aunque la verdad es que solo habló él. Ni a Rosario. Todavía no se lo pude decir a nadie. No pude decir en voz alta “estuve con mi papá después de doce años”. Lo estoy escribiendo pero no puedo decirlo.

↳ Y si no lo puedo decir ni siquiera se me ocurre volverlo a ver, o pensar en hablarle. Ciencia ficción para mí hoy. Y sé que se va. Ni siquiera sé adónde.

Así, hoy.

Segundo día seguido con ganas de mandarle un mensaje a León. Abrí el whatsapp como treinta veces. No sé. Escribí diez mensajes posibles. Todos me parecieron cualquiera. Escribía. Borraba. Escribía. Borraba. Ocho de la noche estuve segura de que si dejaba pasar otro día jamás le iba a poder hablar. Un día más; un abismo.

Lo decidí. Respiré hondo. Apreté el dibujito de tubo en el celular y lo llamé. ⚡

Mi corazón bombo.

Tardó un momento en atenderme, el momento en que dudé, corto o no, pero igual la llamada perdida le iba a quedar. Si había dado el paso, había que bancarla. Aunque no tuviera la menor idea de qué le iba a decir.

Atendió, la voz más suave pero distante.

—¿Qué hacés? —me preguntó.

—Vi a mi papá, ¿podemos vernos? —le conté de una.

Lo dije.

Pausa. Un instante.

—Obvio —su voz cambió—, ¿venís a casa? Estoy solo.

Mi cabeza, ¿¿¿¿QUÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉ???? !!!

Esa no me la esperaba. Y... soy lenta. Muy lenta.

—Rafaela —me volvió a la conversación—, podemos comer algo acá y no tiene por qué pasar nada —me imitó repitiendo lo que le había dicho el día en que había venido a casa.

—Ja, ja, ja —le dije—, bueno.

—Dale, te paso la dirección por mensaje.

—Listo. Ey, León.

—¿Qué?

—Gracias —murmuré.

—Todo bien —me contestó y cortó.

Diez minutos antes pensaba que un día más sin hablar iba a crear un abismo y ahora acabo de dar un salto tan grande que voy a ir a su casa. El drama es lo mío.

Todo el vértigo. Ni siquiera sé por qué. O sí.

Y si no escribía antes de irme, me iba a morir en el camino.

Además dije lo de papá. Ya está. Es real. Pasó.

Y ahora estoy yendo a lo de León. Y esto también está pasando.

Me llevó Aitana. Todo el camino pensé en que tengo que aprender a manejar. Estoy harta de que me tengan que llevar o ir a buscar. Suerte que estaba ella, porque me puse tan nerviosa que me agarró y me dijo:

—¿Te calmás? Vas a la casa de tu amigo.

—No estaría siendo solo un amigo.

—¿Y? —me dijo abriendo esos ojazos que tiene.

!!! Y nada. Qué va a entender Aitana. Me ayudó a decidir la ropa. Tenía la túnica nueva o la túnica nueva y también la túnica nueva. Las ganas de llorar que me dio algo tan mínimo. Aitana y su lógica. Que ya me voy a comprar ropa nueva, que la ropa es lo de menos. Sí, claro, para ella porque tiene variedad para elegir. Igual sí, es lo de menos, pero no. Y al final, qué me tenía que vestir de una forma tan especial. Solo estaba yendo a su casa a comer algo. Aitana rescató una camisa celeste lavada de manga larga, de esas grandes que se usan ahora, pero a mí no me quedaba ni tan grande ni tan ajustada. Me quedaba perfecta. Casi como en la imagen que había tenido de mí trabajando en la playa. Le dije a Aitana que los colores claros engordan y me dijo que me callase la boca. Me callé. Una copada, Aitana, muy democrática. Me puse un jean y unos borceguíes de ella que son lo más. Me miré en mi espejo. Y estaba bien. Muy bien. Me delineé los ojos. Y perfume de mi hermana.

Subiendo al auto me di cuenta de que no sabía nada de León, no sabía de sus papás, sí que es hijo único, ni por qué se mudó a nuestra ciudad en quinto año pudiendo haberse quedado en Buenos Aires a terminarlo. No sabía nada. Recién me acababa de enterar de que vivía justo en el otro extremo de la ciudad, en un barrio de casas grandes con jardines, a una cuadra de un campo de golf.

—Este candidato sí que le va a gustar a mamá —me dijo Aitana mientras me llevaba.

Revolé los ojos. No podía ni hablar de los nervios que tenía. Como si no lo conociera. Tampoco es que lo conocía tanto. Pero le había dado cincuenta besos por lo menos.

Aitana me dejó en la puerta. Y arrancó. Por un momento pensé en presentársela, quería que se conocieran, y después me dio vértigo lo que fuera a pensar él. Qué sé yo.

La casa, de esas modernas, cuadrada, ventanales largos. Un camino hasta la puerta. Y yo

caminándolo. Los borceguíes contra la piedra. Un perro ladrando lejos. Había un portero. Lo toqué y esperé sin poder moverme, mirando la puerta. León me avisó que ya bajaba.

Y mientras esperaba a que abriera, caminé unos pasos por el césped para asomarme al campo de golf vecino, iluminado y desierto. Cerré los ojos y respiré hondo. Olor a verde. Y a frío. A noche. Afuera.

Otra vez afuera, yo. ⚡

Un grillo. Y mis ojos cerrados.

Escuché que la puerta se abría, pero me quedé quieta hasta que sentí que unos brazos me envolvían desde atrás. Me aflojé en ese abrazo. Es tan desconcertante. Es mi lugar más nuevo y es mi lugar más seguro.

León no dijo nada. Apoyó su cabeza junto a la mía, sobre mi hombro. Podía olerlo. Lo sentía respirar. Tiene esa pausa. Esa pausa que no es nada habitual. La gente pregunta, quiere saber, insiste, habla, habla, habla. Él, la mayor parte del tiempo está en silencio. Estamos juntos. Simple. ★

Y en algún momento giré, abrí los ojos y lo miré. Las cejas anchas. Su mirada suave. Ya no estaba enojado.

Entonces me animé.

—De lo de Simón... —le empecé a decir.

—Eso no es importante ahora —me cortó, me agarró de la mano y caminé detrás de él hasta la casa.

Él, descalzo. Un jean, una remera amarilla de mangas largas. El pelo, esa parte arriba que tiene más larga, revuelta. Giró para mirarme antes de entrar y sonrió.

!!! Es imposible ser más lindo. Ponele que lo intenten. Imposible.

Nos esperaba un perro negro en la puerta, de esos cachetones, inmenso. Me miró y ladeó la cabeza como midiéndome. Minerva parecía mini al lado de él.

—Don Otto —lo señaló y me señaló a mí—. Otto, Rafaela.

Pasamos al lado de Otto. León cerró la puerta y acaricié el lomo del perro. Ese pelo oscuro tan suave, aterciopelado.

León me soltó y me preguntó si quería tomar algo, y al no tenerlo adelante pude ver la casa. Despojada. Vidrio de doble altura que daba a un jardín con pileta y un palo borracho todo pelado. Me acerqué al vidrio a mirarlo.

Y me salió, no lo pude contener:

—Esa es una pileta a la que no me voy a meter.

Lo hubiera pensado pero jamás hubiera hecho un comentario como ese de haberlo podido

evitar. Es patético pensarlo. Es más patético decirlo.

—¿Por? —León me acercó un vaso de jugo.

—Por esto —hice una seña con ambas manos recorriendo mi cuerpo como si fuera una azafata mostrando las salidas de emergencia.

León no se inmutó. ¿Cómo hace para no inmutarse nunca? ¿Qué le pasa? ¿Es humano?

—Esa —miró el jardín— es una pileta a la que creo que te vas a meter así como estás —repitió mi seña con ambas manos sin alcanzar a tocarme el cuerpo y sentí que me electrificaba.

Es imposible que me guste más. Ponele que lo intente. Imposible. ...

Y al instante él ya estaba en otra cosa.

—Dale, vení que te muestro mi cuarto. Igual no tiene mucho todavía.

Lo seguí por la escalera, con Otto atrás. Los pies descalzos de León sobre cada escalón, mis borceguíes en el silencio, aunque en su cuarto, a medida que nos acercábamos, descubrí que sonaba música.

El cuarto en penumbras. La cama grande a ras del piso. Zapatillas tiradas. Me asomé. Un equipo de música junto a un ventanal alargado y la guitarra apoyada contra el parlante. Estantes pelados sobre la pared. Cajas de cartón apiladas en una esquina. En la otra esquina junto al ventanal, una pecera iluminada. De ahí venía la luz. Me acerqué despacio. Nunca había visto peces tan bellos. Ondulaban en el agua, abriendo y cerrando su boca. Ahí y allá unos globitos mínimos trepaban a la superficie.

—Los heredé —me dijo.

Rarísimo heredar peces. Pero no pregunté nada.

Y ahí estábamos en medio de su habitación, en su casa, como me había dicho esa primera vez que habíamos salido, él y yo.

—De lo de Simón... —empecé otra vez mientras me sacaba el tapado. Lo dejé sobre la silla junto a un tablero que hacía las veces de escritorio.

—Ya te dije, no es importante.

—Bueno, para mí sí.

Nos quedamos parados uno delante del otro.

—¿Nos sentamos? ¿Pedimos pizza primero?

Algo íbamos a tener que comer aunque no tenía hambre. Asentí y él bajó a pedir.

✧ Me acerqué a la ventana y me asomé. El palo borracho y cielo. La voz de León abajo. La respiración pesada de Otto. La música tenue. La noche.

Cuando volvió, nos sentamos en la cama y le conté de Simón. Obvié los mensajes. León me escuchó, me dijo que sabía que me había ido con Simón del colegio cuando había faltado y que como Simón ya me había estado esperando la noche del sábado cuando me dejó en casa, le parecía mejor que primero terminara esa historia porque iba a ser un quilombo salir los tres a la vez en el mismo colegio. Le dije que las únicas historias que pueden terminar son las que

empiezan. Y con Simón nunca habíamos empezado. Medio de novela mi frase, sí. Pero es la verdad. No hay nada que terminar. Hubiera amado con todo mi cuerpo, con cada una de sus partículas, que hubiera habido una historia. Pero la verdad es que no. Y ya lo había entendido hacía mucho tiempo. Y ahí me resonó en algún lugar del cuerpo la frase de Simón: “A lo mejor terminamos juntos”. Me descolocó. Rosario tenía razón. La había dejado picando para que se replicara en mí. “Cancelo y transmuto”, pensé, frase de la abuela.

Y Simón fue.

Le conté de papá. Lo conté todo.

Sonó el timbre. León bajó y lo seguí.

Me dijo de comer en la cocina. Sacó un jugo de la heladera, platos, servilletas y unos vasos. Y nos sentamos en unos bancos altos en la isla que había en medio de la cocina.

Abrió la caja y me sirvió una porción de pizza. Agarró otra para él mientras yo le servía jugo.

—Vuelvo a ver —me dijo de repente.

—¿A quién? —me sorprendió su comentario.

—A tu papá. No va a ser a Simón —frunció la boca, levantó una ceja y sonreí.

—A mi papá, ok.

—Vuelvo a ver. Te acompaño si querés. Que sea natural. O bueno, lo más natural posible. No sabés cuándo se va, adónde. A lo mejor hasta podés ir a visitarlo en algún momento —asintió con la cabeza, masticó y agregó—: Y te acompaño.

Lo miré y sonreí.

—Ponele que vive en Alaska, estaría bueno —abrió sus ojos grandes—, o en Japón —siguió.

—No tengo la menor idea de dónde vive. Es triste.

—Es. Punto. No es triste. Es. Que viva lejos es la perfecta excusa para ir a verlo.

Lo miré comer y me di cuenta de que ya estaba pensando en otra cosa.

↪ Y con solo decirlo lo volvió posible. Podía volver a ver a Manuel. Una vez más. Eso no quería decir nada. Y a lo mejor un día podía viajar de vacaciones adonde fuera que él viviera y de paso visitarlo. Nunca salí del país. Él vive afuera. Afuera para mí significa fuera de la Argentina. Bastante paradójico que él viva afuera y yo sienta que siempre estoy adentro. Como para que podamos encontrarnos. Complicadísimo. Sonreí y León me miró.

—Te gustó la idea —me dijo sonriendo.

—Vos me gustás —le mandé.

Y me reí. Era la chica con más personalidad del colegio que dibujaban sus ojos. Porque yo, Rafaela, jamás hubiera dicho eso antes.

Pero a él, sí. ⚡

Mis dedos sobre su tatuaje, mis dedos sobre la delgada línea casi invisible sosteniendo los pájaros. Mis dedos sobre su piel. Tiene pecas. No me había dado cuenta. Me gusta tanto. Me gusta todo. Me gusta tanto que no puedo dejar de sonreír. Nos quedamos sentados en el piso de su cuarto, apoyados contra la cama, mirando la ventana, el palo borracho, la pecera iluminada, los peces oscilantes. Nos quedamos mirándonos. Las caras, una a centímetros de la otra, sus pestañas, las cejas, el pelo revuelto, esa boca. Y como León tiene esa pausa, no me besa de una, se queda así mirándome y sonríe despacio, de a poco. Y me desintegro. Literalmente. Fragmentos de mí.

Feliz.

Y me besa como si yo le gustara mucho. No necesito que me lo diga. Me mira como si yo le gustara mucho. Me habla, pero me escucha como si yo le gustara mucho. Y me doy cuenta porque no me había pasado nunca antes y cuando te pasa, sabés. ↪ Simple.

Y en algún momento entre besos, me quedé sentada entre sus piernas, mi espalda contra su pecho y él abrazándome desde atrás. Ese instante. No lo puedo creer. No lo entiendo. Y a la vez, ¿por qué no? ¿Por qué no a mí?

Nos quedamos juntos hasta que volvieron sus papás de la cena. Yo no quería quedarme a conocerlos. O sea, sí, obvio, pero me agarró un ataque de miedo/vergüenza/timidez.

Mi primer pensamiento: qué iban a pensar de mí.

Mi subpensamiento: qué iban a pensar de mí con mis kilos de más.

Mi subsubpensamiento: van a pensar que no me merezco estar con su hijo.

Mi pensamiento subsuelo: no me lo merezco por los kilos de más.

Aunque sé que no está bien, que no es propio, me cuesta tanto desprenderme de estos pensamientos que me limitan. Me cuesta tanto pensar y actuar realmente distinto. Veneno tiene la mirada distorsionada, pero por ahí todos la tenemos, por ahí todos estamos un poco obstruidos.

Cuando me dijo “esperemos a que vuelvan mis viejos así te llevo”, me quedé helada. Y después intenté encontrar excusas. León se dio cuenta, ignoró mi inútil resistencia. Le sale bastante bien.

Esperamos.

Y cuando llegaron sus papás, me presentó. No me esconde. No duda. Es contundente. Contundencia no es algo a lo que esté acostumbrada de parte de los hombres. Bueno, *hombres* tal vez es mucho decir.

Su mamá joven, su papá unos veinte años más. Amables. Él parecía cansado pero atento. Ella, muy cálida en su mirada. Como de bienvenida. Me pregunté si les habría hablado de mí. Fue un instante la presentación, casi que nos saludamos en la puerta.

León se puso su buzo con capucha y unas Converse negras y nos fuimos.

Ya era tarde.

☆ A veces cierro los ojos mientras él maneja y me digo “estás con el chico que más te gusta del mundo”. A veces lo veo y no lo puedo creer. Está pasando. Sigue pasando. Y se siente tan feliz. No sé cuántas veces uno se sentirá así de feliz, pero no deben ser tantas.

Y en la puerta de casa nos dimos más besos. Y como no puedo dejar de tocarlo, sí, me río mientras escribo, pero no puedo. Me encontré con su tatuaje y le pregunté. Nunca pregunto mucho, pero le pregunté.

—¿Y el tatuaje?

Me miró.

—¿La verdad?

—Siempre la verdad.

¿Qué podía esconder un tatuaje? Un tatuaje celebra lo bueno.

—Bueno, hace un par de años, papá estuvo muy enfermo. Costó bastante que se pusiera bien otra vez. Cuando mejoró nos tatuamos los tres. Papá, mamá y yo. Imaginate papá haciéndose su primer tatuaje a su edad...

No pude disimular mi cara.

—Ey, Rafaela —me tocó la mano que seguía cobijada debajo de su manga.

Quería preguntarle de todo. Pero no daba. Por algo no me estaba contando más.

León parecía leer otra vez mis pensamientos o tal vez estaba hablando en vez de pensar y no me di cuenta.

—Está bien ahora —me dijo mirándome a los ojos—, de la enfermedad solo quedó el tatuaje —hizo una pausa—, y Otto. Lo trajo mamá cuando papá volvió.

Ahí entendí algunas cosas, algunos de sus comentarios. Esa aura de no me importa nada que no sea realmente importante. Por eso me decía que lo vea a Manuel, que la vida es corta. ↩

Me costó bajarme del auto. Le agradecí por confiar en mí. Como si no viniéramos los dos confiando bastante en el otro. Yo por lo menos, más de lo que confié en alguien antes. Le di un beso largo y bajé.

En los pasos que me separaban de casa, me emocioné. Se me nubló todo. Pero no sé si por León, por su papá que ya está sano o mi papá que nunca fue, o sí, pero no, y ahora está acá y no

se siente muy feliz, no como me hubiera gustado.

No es como esperaba.

“Es”, diría León.

Dos meses antes no existía León.

Y ahora no me puedo imaginar un mundo donde León no esté.

Ahora entiendo, esos ojos determinados vienen también de la tristeza. Así. Como los míos.



Vulnerable. Así, cuando le escribí a Manuel.

Manuel, podríamos vernos antes de que te vayas.

Rafaela



Como si hubiera que firmar en un mensaje.

Hielo. Pero hielo es lo que hay. Que se la banque. Intenté escribir papá, pero no, no puedo, no hay forma. Me es violento decirle así, forzarme. Aunque lo es. A veces se me escapa. Decir papá, nombrar papá, es mucho más que serlo biológicamente. ↪ Y menos pude ponerle “un beso” o algo así. “Saludos” tampoco daba.

Me contestó bastante rápido.

Rafaela, claro. ¿Podría presentarte a alguien cuando nos veamos?

Sí.



Me imaginé, tampoco es que soy la deducción caminante, que era a Marie y a su hija-niña.

Y me invitó a un asado en la casa de su amigo el domingo.

Pensé en decirle “bueno flaco, dale, que no sean cuarenta personas”. Un asado un domingo me sonó a los tuyos, los míos, los de aquel y los del de más allá. Ni ganas. No me divierte la gente en montón. Y la realidad es que yo quiero conocer a la hija. La mujer ni me va ni me viene. Qué sé yo. Ponele, en el mejor de los casos es lo más y no la madrastra de Cenicienta. Pero la hija, sí.

Tardé tanto en contestarle que creo que se dio cuenta. Al final soy su hija y se nota.

Vamos a ser los cuatro para almorzar y vamos a tener tiempo para charlar nosotros dos.

Me aclaró.

Al final un día iba a llegar esa presentación, al menos decir “ah, mirá, te conozco, sos la esposa de mi progenitor, y sobre todo, vos sos mi hermana, por si nos cruzamos en la calle un día y sabemos quién es la otra”.

Recordé que uno teme lo que más desea. O algo así.

Y escribí:



La alegría de vivir, mi respuesta.

Tampoco que me pidiera alegría. Lo estoy dejando acercarse. Me estoy acercando.

Por ahora, con eso basta y sobra.

Vulnerable mil.

Hoy, colegio.

Simón, lejos. Volvimos al movimiento de cabeza sutil para saludarnos. Hace varios días que no me manda foto ni mensaje. En algún momento de la mañana me lo cruzo y lo veo mirarme. Pero lo veo porque lo estoy mirando. No sé cómo se hace para dejar de querer así de repente. No supe el año pasado, menos sé ahora. Calculo que se irá deshilvanando como las nubes en el cielo. Y un día ya no está.

Salí del colegio y decidí ir a lo de los abuelos. Hacía tanto que no los veía y en realidad parecía más por todo lo que había pasado en el medio.

Frío y viento. Esta ciudad siempre es viento. Atajándome la pollera del uniforme en cada esquina. El cielo azul. Azul nítido. Y lo nítido me hace acordar a León. Y pensar en León me hace sonreír.

Crucé la avenida de la florería de los abuelos sonriendo. Los autos incesantes. Y a mitad de cuadra, íntima y bella, la florería. La amo. Es uno de mis lugares en el mundo. Es el lugar de los abuelos. Mi abuela con su delantal delicado acomodando ramos en la parte de atrás. El abuelo recibiendo a los clientes, atendiendo, cobrando con esa caja registradora prehistórica. Hacen ramos agrestes y ramos secos. La abuela usa mucho flores silvestres que no sé dónde consigue.

Entré y es como si te remontaras cien años atrás, suena una campanita que colocaron sobre la puerta. Es entrar y ver la cara de alguno sonriente al verme. Pero no había nadie. Me pareció raro. Porque siempre uno de los dos está ahí. Las mesas, los floreros, los ramos, las orquídeas. El mostrador vacío.

Caminé unos pasos, inquieta. Y vi salir a la abuela del cuarto de atrás con su delantal y un repasador entre las manos. Su cara, sorprendida.

—Rafaela —dijo.

Ya rarísimo que me diga “Rafaela”.

—¿Qué pasa? —le pregunté de una, acercándome al mostrador. Apoyé mi mochila sobre la madera oscura.

—Es que... —empezó la abuela, hizo una pausa y siguió—: Justo está acá la hija de tu papá,

él tenía que hacer un trámite y nos la dejó un momento.

—Los abuelos del mundo —le dije ácida mientras abría grandes mis ojos. Pero no estaba molesta. Era raro. Pero la vida es bastante rara.

La abuela, que no es mamá y por suerte tiene humor, sonrió.

—Tampoco tanto.

—Bueh, pasé el otro día, la hija jugando afuera. Paso ahora, la hija adentro. ¿Y tu nieta menor qué?

Escena de nieta celosa, jugando y un poco no.

La abuela se rio.

—Seguís siendo mi nieta menor, eso no cambia. Tu abuelo salió a comprarle algo al kiosco, acá ya no hay más golosinas.

—Estamos grandes con Aitana, necesitan chicos ustedes —le dije mientras pasaba al cuarto de atrás y veía a la hija-niña dibujando con unos crayones en unas hojas grandes, las mismas con las que se envolvían encargos.

Levantó sus ojos claros y me miró.

—Hola —dije y la saludé con la mano, como había hecho la primera vez que nos habíamos visto.

La hija levantó su mano, que sostenía un crayón azul. Estaba pintando un cielo. Sus ojos grandes y el flequillo largo rozándole las pestañas. Creo que es un poco pelirroja como yo.

La abuela desde atrás dijo:

—Ella es Rafaela; Rafaela, ella es Clara.

Se llama Clara.

Y rápida, más rápida que yo, más natural, preguntó con un rústico español:

—¿Rafaela, mi hermana?

—Sí —le contesté.

Sonrió.

★ Y sonreí. Y volví a dibujar con crayones en hojas grandes solo por dibujar, sin ningún otro fin, porque así es ser chico. Y comí caramelos y paragüitas de chocolate. Charlamos un poco cuando nos fuimos aflojando. Lo que pudimos, así, a medias. Porque Clara habla francés, lo que no me sorprendió nada porque la abuela por parte de papá era francesa, y su español es bueno pero limitado. Mi francés todavía es básico. Pero para dibujar y reírnos nos entendimos, hasta que apareció su papá, el mío, pero que probablemente sea más suyo, a buscarla.

Después del primer instante incómodo hubo un momento casi natural, casi cotidiano. Clara en francés pero con algunas palabras en español le contó a papá de sus dibujos y le dijo algo de mí. Los cinco casi como si fuéramos una familia, que un poco lo somos.

Y cuando nos despedíamos, me agaché para estar a la altura de Clara y mirarla a los ojos, y ella no dudó, me abrazó. Me quedé helada, su carita tibia cerca de mi hombro. Clara no me

soltaba. Y la abracé. Como me salió. Y así nos quedamos hasta que casi pierdo el equilibrio y se me llenaron los ojos de lágrimas, que me estaba tratando de tragar. Pero no pude. Me las sequé rápido con la manga de la camisa mientras me incorporaba.

Nos despedimos con Manuel hasta el domingo. Con la misma distancia del día de la plaza. Y me despedí de los abuelos.

Tan raro todo.

Los abuelos. La florería. Él, Clara y yo.

Y papá, que antes me decía “Pequeña Flor”. Eso quedó tan lejos. Inasible. Y está bien.

Ahora es esto. Como diría León, “es”. Punto. Y nada es como esperaba que fuera. Ni se le parece. Y a la vez hay instantes, mínimos, luminosos como faros, que reparan.

Volviendo a casa, caminando contra el viento, imaginé que no falta mucho para que pueda abrazar a Aitana. Ir, abrazarla y no dudarlo.

A mitad de camino me di cuenta de que la ciudad parecía desierta. Alguien paseando a su perro. Un auto que me crucé en una esquina. Parecía que la habían despejado solo para mí. Siempre voy un poco tensa. Pendiente. Me relajé. No sé, algo en el tapado abierto, flotando como una capa por detrás, en el sol de frente, en el aire frío atravesándome el cuerpo. Había algo bello en ese momento, que no era el instante en que pasaba lo trascendente. En ese momento intermedio había algo mágico. Me había encontrado con papá. Había un papá. Hay un papá. Así y todo, hay un papá.

Caminando por una calle desierta de la ciudad que apenas estoy empezando a conocer algo se sentía bien. Algo, en medio de todo, se siente bien.

Aparecí y acá estoy. Aunque a veces todavía quisiera desaparecer.

Luciérnaga, yo.

Agradecimientos

Les agradezco profundamente sus miradas lúcidas a María Amelia Macedo, Florencia Escande, Ana Lucía Salgado, Guadalupe Rodríguez, Candela Insua y María Belén Pozzi.



Pasó tiempo hasta que pude volver a escribir. Me quedé sin palabras cuando Simón se borró. Y el dolor fue tan fuerte que por momentos quise desaparecer. Porque lo que más me pesa es la ausencia. Más que los kilos, más que las miradas. Primero, papá. Después, Simón. Pareciera que si ellos no están, yo tampoco. Tantas veces esperé que alguien pueda verme y nada. Pero al final me vi. Me dibujé con la mirada y me sentí viva. Dejé de esperar y empecé a hacer. Y acá estoy, hablando con León, el nuevo del curso. Esta que se anima se parece más a mí que cualquier otra. Bienvenida, Rafaela Rivera. ⚡

La entrañable voz de Rafaela regresa para contar su último año de secundaria. Con una escritura profunda y reflexiva, Mariana Furiasse ahonda en los miedos y las inseguridades de un personaje que se abre paso en el mundo, que duda, se asoma y avanza, intermitente, con luz propia.

MARIANA FURIASSE

Nació en Rosario, Santa Fe. Es escritora de novelas y cuentos infantiles y juveniles. Publicó los libros *Candela*, *Rafaela*, *Intermitente Rafaela*, *Ramona revelada* y *Constelación de nado*, y cuentos en las antologías *Diez en un barco* y *Los olímpicos*. A lo largo de su carrera, recibió los premios El Barco de Vapor (SM, Argentina), Julio C. Coba (Libresa, Ecuador) y el Gran Premio ALIJA 2020-2021 por *Constelación de nado*. Algunas de sus novelas se publicaron en España, Colombia, Ecuador y Brasil.



Otro título de la autora en penguinlibros.com

Furiasse, Mariana

Intermitente Rafaela / Mariana Furiassse. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Nube de Tinta, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1997-71-8

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.9283



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Ilustración y diseño de tapa: Candela Insua

Edición en formato digital: mayo de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-1997-71-8

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: [penguinlibrosar](https://www.facebook.com/penguinlibrosar)

Twitter: [penguinlibrosar](https://twitter.com/penguinlibrosar)

Instagram: [penguinlibrosar](https://www.instagram.com/penguinlibrosar)

Índice

Intermitente Rafaela

Epígrafe

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otro título de la autora

Créditos